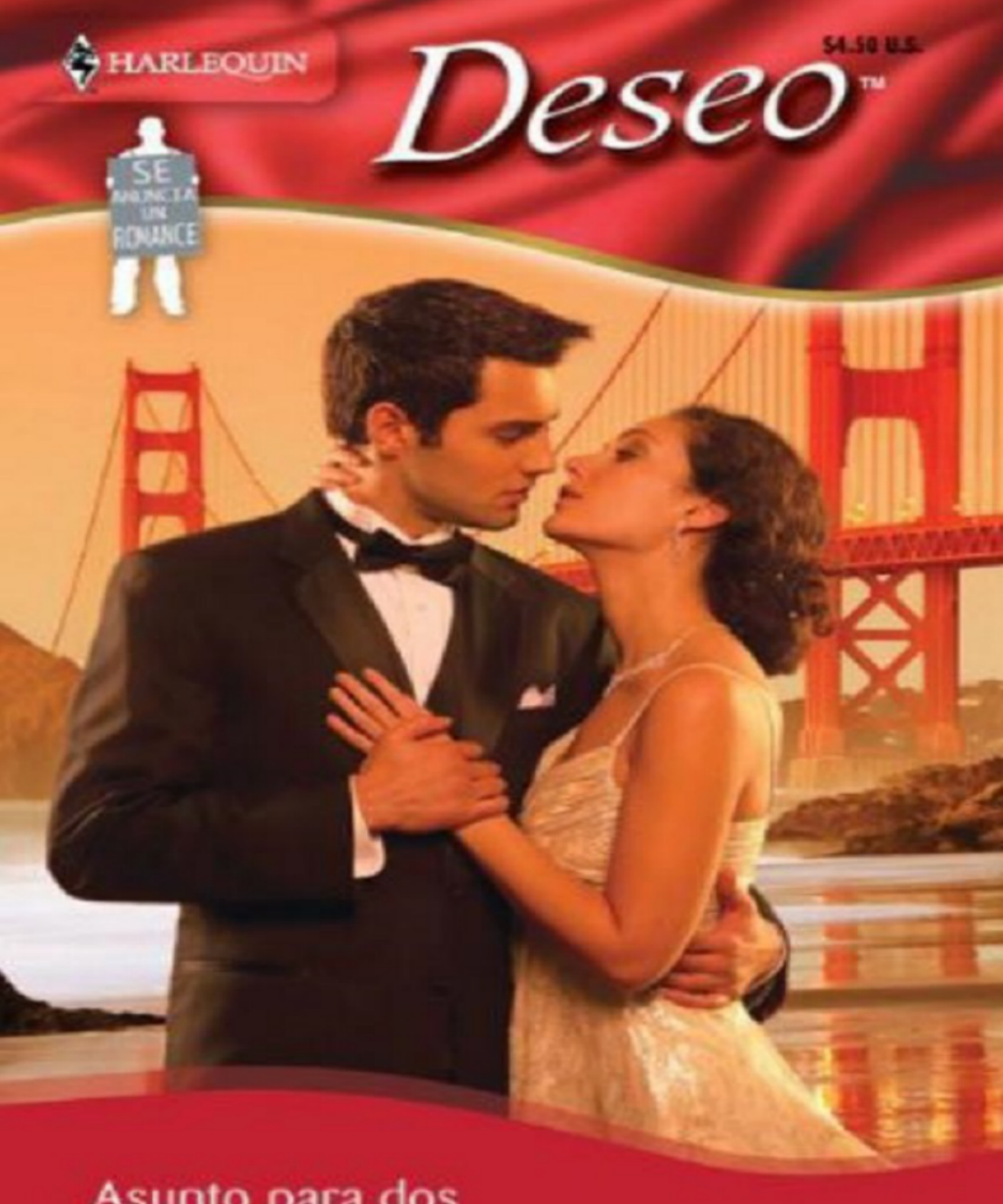

HARLEQUIN
$4.50 U.S.
Deseo™
SE ANUNCIA UN ROMANCE
Asunto para dos
JENNIFER LEWIS

Asunto para dos
Jennifer Lewis
Serie Se anuncia un romance 05

ASUNTO PARA DOS, N.º 65 - mayo 2011
Título original: Bachelor's Bought Bride

Argumento

Atractiva, dulce y tremendamente rica… Bree Kincannon era la novia que el publicista Gavin Spencer había estado buscando. Y el padre de Bree le había ofrecido mucho dinero a Gavin para quitársela de en medio. Con la oportunidad de montar su propia agencia, el soltero no tardó ni un instante en convertir a la heredera en su esposa.

Sin embargo, Bree descubrió el verdadero motivo por el que Gavin la había cortejado de repente. Y le cerró la puerta del dormitorio en la cara…

Él se percató de que sus sentimientos eran reales demasiado tarde. Pero ¿podría convencer a la esposa que había adquirido de que los motivos por los que había contraído matrimonio con ella habían cambiado?

Capítulo Uno

–¡Vaya! ¿Y ahora qué?

El padre de Bree Kincannon la saludó desde el otro lado del salón de baile. Bree se puso derecha al ver que él se acercaba a ella entre la multitud. Él se había levantado de la mesa nada más terminar el postre, para ver a la gente y que lo vieran.

Como de costumbre, Bree se había quedado sentada escuchando la música y esperando a que terminara la velada. Había asistido únicamente porque los fondos iban destinados a una de sus asociaciones benéficas favoritas.

Recelosa, miró a su padre y se fijó en el hombre alto que estaba detrás de él.

Oh, no. Otra presentación. Creía que él ya había decidido dejar de presentarle a cada uno de los codiciados solteros de San Francisco.

–Bree, cariño, hay alguien a quien me gustaría presentarte.

Bree había oído aquellas palabras muchas veces durante veintinueve años y normalmente nunca la llevaban más allá de una primera cita.

Aun así, se puso en pie y forzó una sonrisa.

–Gavin, ésta es mi hija Bree. Bree, éste es Gavin Spencer. Trabaja como publicista en Maddox Communications.

Gavin Spencer le tendió la mano y ella se la estrechó.

–Encantada de… –«oh, cielos», pensó al levantar la vista y sentir que se le paraba el corazón. Llevaba el cabello peinado hacia atrás y tenía una boca muy sensual.

Era muy atractivo.

–¿De conocerme? –sus ojos grises se iluminaron alegremente.

–Sí, encantada de conocerlo –retiró la mano. Su padre debía de estar loco si pensaba que un hombre como aquel podía alguna vez interesarse en ella.

–Maddox ha hecho campañas realmente buenas últimamente. Los anuncios de Porto Shoes fueron muy llamativos.

–Gracias. Yo trabajé en esa campaña –sonrió él–. Tu padre me ha dicho que eres fotógrafa.

Bree miró a su padre. ¿Se lo había contado? Una mezcla de sorpresa y orgullo se apoderó de ella. Él nunca se había molestado en hablar de lo que consideraba que era un hobby para su hija.

–Sí, me gusta hacer fotos.

–Acaba de ganar un premio –intervino su padre con una sonrisa–. El Black Hat o algo así.

–Black Book –lo corrigió ella. Es un concurso de fotografía publicitaria.

–Conozco los Black Book Awards –Gavin asintió con la cabeza–. Es un buen premio.

El padre de Bree saludó a alguien al otro lado del salón, se disculpó y se alejó entre la multitud.

Dejándola sola con el hombre más atractivo de aquella habitación.

Ella tragó saliva, se alisó la parte delantera del vestido y deseó haberse puesto algo menos horrible.

–¿Qué clase de fotografías haces?

–Retratos, en su mayoría –habló con bastante tranquilidad a pesar de que le inquietaba que aquel hombre ejerciera tanto efecto sobre ella–. Intento captar la personalidad de la gente.

–Eso parece un gran reto.

–Se trata de elegir el momento adecuado –se encogió de hombros–. Creo que se me da bien.

–Eso significa que tienes el tipo de talento que hace que destaques entre los demás –comentó con una sonrisa.

–Bueno, sin duda no destaco entre esta multitud –movió el brazo indicando a los invitados más importantes de San Francisco e inmediatamente se arrepintió de sus palabras.

Por supuesto que destacaba. Por ser la persona menos interesante y elegante.

–Todas las personas que están aquí se han esforzado mucho por destacar –dijo él, y se le formaron hoyuelos en las mejillas–. La gente que no lo intenta es la más interesante. ¿Te apetece bailar?

–¿Bailar? – ¿se refería a bailar con él? Nadie le había pedido nunca bailar en un sitio así.

–¿Hay eco?

–No. Quiero decir, sí, me gustaría bailar.

Durante un instante deseó que se la tragara la tierra. Por supuesto que él no quería bailar con ella. Sólo estaba siendo educado. Sin duda, habría agradecido que ella hubiera rechazado su invitación.

Pero él estiró los brazos y la guió hasta la pista de baile, donde la banda tocaba *In the Mood,* un clásico de los años treinta.

Gavin se detuvo en el medio de la pista y rodeó a Bree por la cintura, lo que provocó que se estremeciera. La habitación comenzó a dar vueltas a su alrededor cuando Gavin empezó a girar agarrado a ella. Él seguía el ritmo de la música moviéndose entre las demás parejas sin esfuerzo. Su masculino aroma era hipnótico y

embriagador. Bree movía los pies al mismo ritmo que él. Su brazo apenas rozaba sus hombros debido a su altura, pero ella consiguió moverse al ritmo de los trombones y trompetas hasta que cesó la música.

Pestañeando y con la respiración entrecortada, Bree se liberó de entre los brazos de Gavin.

–Eres una bailarina estupenda –le susurró al oído.

–¿Yo? Has sido tú. Yo sólo tenía que seguirte.

–Eso ya es todo un arte. Te apuesto a que la mitad de las mujeres que hay en esta sala habrían intentado marcar el paso y me habrían hecho tropezar.

Bree se rió.

–Posiblemente sea verdad.

–Tienes una sonrisa muy bonita.

–Gracias a seis años de ortodoncia.

Él se rió.

–También tienes un buen sentido del humor –la guió hasta la barra.

Todo el mundo los miraba. Al parecer, nadie pasaba por alto la presencia del hombre más impresionante de la sala.

Y él iba firmemente agarrado a su brazo.

Bree pestañeó al ver que recibían tanta atención. Probablemente, todos se preguntaban qué diablos estaba haciendo con ella.

Como futura heredera que era, resultaba sencillo imaginarse lo que un hombre podía querer de ella. Pero aquel hombre podría casarse con cualquier mujer rica que hubiera en aquella habitación. Y había muchas aquella noche.

¿Por qué ella le resultaba especial?

Una vocecita en su cabeza le indicó que dejara de preocuparse por ello y que disfrutara de la atención que estaba recibiendo y que provocaba que su corazón latiera más deprisa que nunca.

–¿Te apetece una copa de champán? –se volvió ofreciéndole una.

–Gracias –aceptó la copa y bebió un sorbo.

Él se inclinó hacia delante, hasta casi rozarle la mejilla con su barba incipiente.

–¿Cómo puede ser que no te haya conocido antes?

–No salgo mucho. Adopté a mis dos gatos en Oakland Animal Society y por eso quería venir esta noche a la fiesta para recaudar fondos para los animales. ¿Tienes alguna mascota?

Él negó con la cabeza.

–No tengo tiempo. Trabajo muchas horas y viajo a menudo. Estoy seguro de que tus gatos son afortunados por haberte encontrado.

–Me gusta pensar lo mismo. Sobre todo desde que Ali necesita que le inyecten insulina todos los días. Es difícil encontrar dueños que quieran tener animales con problemas de salud.

–Eres una buena persona.

–O una idiota –sonrió ella–. Pero feliz. Son mis bebés.

Gavin puso una expresión extraña que sólo se reflejó en su mirada.

¿Se estaría preguntando por qué perdía el tiempo con una mujer soltera horriblemente vestida mientras otras mujeres despampanantes lo miraban de manera sugerente?

En cualquier caso, ella hubiese preferido estar en casa con sus gatos. Se ponía nerviosa al lado de Gavin. Era demasiado atractivo.

–Estoy aquí porque un cliente compró una mesa para la agencia. Sé que son por una buena causa pero a mí tampoco me gustan mucho este tipo de actos –murmuró él–. Demasiada gente. Discursos muy largos y carne correosa –se le formaron los hoyuelos otra vez.

–¿Qué te gusta hacer?

–Es una pregunta interesante –dudó un instante–. Paso tanto tiempo trabajando que a veces se me olvida que hay otras cosas –sonrió–.Últimamente estoy pensando que me gustaría bajar el ritmo y disfrutar más del camino. Quizá incluso… –se pasó la mano por el cabello, como avergonzado–. Incluso sentar la cabeza y formar una familia. Igual suena un poco ñoño.

–Para nada –su manera de mirarla hacía que Bree se sintiera mareada–. Creo que es algo natural. Todo el mundo necesita cierto equilibrio en su vida.

–Por cierto, ¿te apetece bailar otra vez? Esta canción es una de mis favoritas.

La banda había comenzado a tocar una canción latina. La idea de moverse al ritmo de aquel hombre provocó que Bree se estremeciera. ¿Era verdad todo aquello?

Gavin entrelazó los brazos con los de Bree y la guió de nuevo hasta la pista de baile. Deseó no llevar puesto el traje para poder sentir su piel suave contra la de ella. Toda ella reflejaba suavidad, sus grandes ojos grises semi escondidos detrás de las gafas, sus mejillas sonrosadas y su boca tentadora. Él sospechaba que bajo su vestido gris también había un cuerpo exuberante.

Su padre había insinuado que ella era poco atractiva y deseable, y que el hecho de que continuara soltera lo avergonzaba. Su propia hija suponía una carga por la que estaba dispuesto a pagar por deshacerse de ella. ¿De veras que Elliott Kincannon podía tener tales sentimientos hacia la mujer que tenía agarrada de su brazo en ese mismo momento?

Gavin la rodeó por la cintura. Tenía un cuerpo en el que cualquier hombre podría perderse con facilidad. Al abrazarla, sus senos redondeados rozaron contra su pecho. Tenía el cabello castaño, recogido en un moño, y él se preguntaba cómo le quedaría suelto sobre los hombros.

También le gustaba su manera de moverse, y cómo permitía que él la girara con suavidad mientras sonreía.

Él la miró y sonrió también.

Si su primera impresión era certera, Bree Kincannon podría convertirse en la agradable esposa de Gavin Spencer. Quizá no fuera el tipo de mujer ante la que los hombres se volvían para mirarla pasar pero, ¿y qué? Él no necesitaba una mujer retocada gracias a la cirugía estética para demostrar su virilidad.

Y Bree Kincannon contaba con un buen incentivo económico. Un millón.

Sus miradas se encontraron y un sentimiento de culpa le invadió el corazón.

¿Podría casarse con una mujer por dinero?

Durante diez años se había esforzado mucho por conseguir una buena reputación como ejecutivo de cuentas. Desde el primer día en el puesto supo que quería abrir su propia agencia. Juntar a los mejores talentos creativos y revolucionar el mundo de la publicidad.

Si diez años antes alguien le hubiera dicho que a los treinta todavía trabajaría para otra persona, se habría reído en su cara.

Pero la vida no le había concedido muchas oportunidades para reírse.

El plan de pensiones de su padre había quebrado y él había tenido que ayudar a sus padres a pagar la hipoteca. En realidad, se alegraba de haberlos podido ayudar. El mayor error de su vida había sido confiarle gran parte de sus ahorros a un asesor financiero que los dilapidó en carreras de caballos y violines de época.

Gavin estrechó a Bree contra su cuerpo, disfrutando del roce de sus senos en su pecho. La miró a los ojos y se imaginó contemplándolos el resto de su vida. Bree Kincannon le daba buenas sensaciones y él no solía equivocarse.

Encontrar novia o esposa nunca había sido una prioridad para él. Sus amigos siempre bromeaban diciéndole que estaba casado con su trabajo. Y era cierto. Le encantaba su trabajo y se conformaba con alguna aventura ocasional. Al menos así nadie salía decepcionado.

Si continuaba adelante con aquella locura de plan, se esforzaría para no decepcionar a Bree y por ser un buen marido.

La inclinó hacia atrás y ella se dejó llevar hasta reposar el peso de su cuerpo sobre su mano con confianza. No tenía ni idea de qué era lo que él estaba pensando. De haberlo sabido, se hubiera horrorizado.

Pero nunca lo sabría. Nunca.

Bree se rió mientras él la enderezaba de nuevo. A Gavin le invadió una extraña sensación. Ella estaba disfrutando de aquello, y él también.

Bree se detuvo frente al espejo del cuarto de baño con el pretexto de atusarse el cabello. En realidad sólo quería ver qué era lo que Gavin Spencer miraba con tanto interés y brillo en la mirada.

La gente siempre le había dicho que tenía unos ojos bonitos. Se quitó las gafas de montura fina que guardaba para las ocasiones especiales y se miró los ojos en el espejo. No le parecían tan especiales. Quizá eso era lo que la gente decía cuando no tenía otro cumplido que decir. Se colocó las gafas de nuevo y se rehízo el moño.

No llevaba nada de maquillaje y su vestido era horroroso. Su tía Freda le había asegurado que le disimulaba los fallos del cuerpo, pero ella consideraba que le quedaba muy mal.

No tenía mejor aspecto que otras veces. Si acaso, incluso peor.

Entonces ¿por qué Gavin parecía tan interesado en ella? Había estado a su lado desde que su padre los había presentado. Ella suponía que en algún momento él se encontraría con alguien y se despediría, pero no había sido así.

De hecho, estaba casi segura de que la estaría esperando en la puerta del baño.

Suspiró con fuerza. Tenía las mejillas sonrosadas y no le parecía algo demasiado atractivo. También le brillaban los ojos.

Pero era normal. Nunca había bailado así. ¡Ni en su imaginación! ¿Cómo no iba a sentirse como Cenicienta en el baile?

Algo curioso, teniendo en cuenta que era una de las mujeres más ricas de San Francisco. Había llegado a tener esa fortuna porque la

había heredado. Y no estaba orgullosa de ello. Al contrario. A menudo imaginaba que la gente murmuraba: «Con todo ese dinero y mira lo poco que ha conseguido por sí misma».

Su padre pensaba de esa manera e incluso se lo había dicho en un par de ocasiones.

Bree respiró hondo y se colocó un mechón que le había quedado suelto detrás de la oreja.

«Bree Kincannon, eres una mujer deseable y atractiva».

No. No era convincente.

«Bree Kincannon, eres una gran fotógrafa y una gran cuidadora de gatos».

Mejor.

Esbozó una sonrisa y se percató de que la mujer rubia que estaba a su lado la miraba. Rápidamente, se dirigió hacia la salida.

Gavin no estaba esperándola en la puerta. Una leve sensación de decepción la sorprendió. ¿De veras creía que un hombre como aquel la estaría esperando como si fuera un perrito fiel?

Lo más probable era que estuviera bailando con otra mujer.

Bree miró hacia la pista de baile. Era pasada la medianoche y ya había menos gente. Todos los hombres iban vestidos con esmoquin, pero ella sabía que reconocería a Gavin inmediatamente.

¿Era posible que se hubiera marchado sin despedirse? Probablemente no lo volvería a ver.

Alzó la barbilla y se abrió paso entre las mesas donde había estado sentada con algunos de los socios de su padre. Gavin no estaba por ninguna parte. Tenía una fuerte sensación de frío. Eso había sido todo. Una velada estupenda. Un rato fantástico.

Posiblemente la mejor noche de su vida.

Tragó saliva. Sin duda, todos aquellos que la habían visto entre los brazos de Gavin estarían pensando lo de siempre. «Pobre Bree».

Se dirigió hacia la salida. Habitualmente tomaba un taxi para regresar a casa cuando asistía a ese tipo de eventos, ya que su padre solía quedarse hasta más tarde. Por supuesto, pensaba que era patético que viviera todavía en la mansión familiar pero le gustaba el estudio del ático, que había convertido en su apartamento privado y que estaba lleno de recuerdos de los años felices que había vivido antes de la muerte de su madre. Ella solía pintar allí cada tarde mientras Bree jugaba en el suelo cerca del caballete.

Bree se mordió el labio inferior. Estaba contenta con su vida. No necesitaba a un hombre alto, de cabello moreno y atractivo para crearle problemas.

Retiró el abrigo del guardarropa y se lo puso sobre los hombros.

Estaba a punto de cruzar el recibidor hacia la salida cuando el corazón se le detuvo de golpe.

Gavin estaba hablando con su padre.

Bree frunció el ceño. ¿De qué se conocían tanto? Su padre sólo solía tratar con empresarios muy ricos que pudieran hacerle ganar dinero. Si Gavin no era más que un publicista, ¿por qué su padre hablaba con él como si fuera Bill Gates?

Bree terminó de ponerse el abrigo y se dirigió hacia ellos. Ambos posaron la vista en ella al verla llegar y Bree sintió que se le formaba un nudo en el estómago.

–¡Bree, cariño! –su padre estiró el brazo–. Gavin y yo estábamos hablando sobre lo maravillosa que ha sido la velada. Tengo que darte las gracias por haberme insistido en que comprara una entrada para el evento –se volvió hacia Gavin–. Bree tiene debilidad por los animales.

Bree forzó una sonrisa.

–Ha sido un placer conocerte, Bree –Gavin la miró a los ojos.

–Lo mismo digo –contestó con el corazón acelerado.

–¿Estás libre el viernes? La agencia organiza un cóctel en el Rosa Lounge para celebrar una nueva campaña. Me encantaría que vinieras.

Bree sintió que la cabeza le daba vueltas. ¿El viernes por la noche? Era la noche de las citas. ¿Y él quería que conociera a sus socios? Sintió que se le secaba la boca.

–Um, claro. Estaría bien –pestañeó.

–Te recogeré en tu casa, si te parece bien.

–Me parece estupendo –sonrió–. Te veré entonces.

–Hasta luego, cariño –su padre le dedicó una sonrisa–. Tengo que ir a hablar con unos amigos.

–Claro, tomaré un taxi.

Gavin se dirigió a ella.

–Te llevaré a casa. Así sabré dónde tengo que recogerte el viernes.

Le dijo al portero que avisara al aparcacoches antes de que Bree pudiera protestar.

Ella respiró hondo, lo agarró del brazo y lo acompañó a fuera. La luz de la luna iluminaba los edificios de Market Street. Gavin la ayudó a subir a su deportivo y durante el trayecto a casa conversaron sobre la nueva exposición de Louise Bourgeois. Gavin admitió que estaba al tanto de ese tipo de eventos para impresionar a los clientes. Además de ser atractivo ¿sabía de arte?

Cuando el coche se detuvo frente a la casa, Bree se bajó

enseguida. ¿Intentaría besarla?

Imposible.

El terror se apoderó de ella al ver que Gavin rodeaba el coche para llegar a su lado. La agarró de la mano y ella se estremeció.

–Buenas noches, Bree –sus miradas se encontraron–. El viernes te recogeré a las siete, ¿de acuerdo?

–Perfecto. Hasta entonces –sonrió y se volvió hacia la puerta.

Una vez dentro de la casa, se apoyó contra la puerta con una amplia sonrisa.

El viernes tenía una cita con el hombre más atractivo de San Francisco.

Y si no estuviera tan asustada, estaría entusiasmada por ello.

Capítulo Dos

–Gavin, cariño, ¿cómo estás? –Marissa Curtis se acercó a él al verlo entrar en el Rosa Lounge con Bree agarrada del brazo. Lo abrazó y lo besó en las mejillas, asfixiándolo con el aroma del perfume que llevaba siempre–. Te he echado de menos esta semana. ¿Fuiste a Cannes?

–Sí. He tenido algunas reuniones –lo había pasado muy bien en el festival de cine y había tenido tiempo de planear su campaña para conseguir a Bree Kincannon, que esperaba pacientemente a su lado.

–Marissa, ésta es Bree. Bree, ésta es Marissa.

–Ah, encantada de conocerte –contestó la rubia con una amplia sonrisa–. ¿Eres la hermana de Gavin?

Gavin soltó una carcajada.

–¿Mi hermana? Ni siquiera tengo una hermana.

–Ah… –Marissa ladeó la cabeza–. Creía que… –miró a Bree con malicia.

–¿Que Bree y yo nos parecemos tanto que podríamos ser gemelos? –Gavin rodeó a Bree con el brazo. Ella estaba rígida como una tabla.

Era evidente que Marissa insinuaba que Bree no podía ser su pareja aquella noche.

–Bree es mi acompañante por esta noche.

–Ah, qué bien –abrió los ojos sorprendida–. He de irme. He visto a Jake. Me dijo que me traería algo bonito de Cannes.

Gavin se volvió hacia Bree.

–No le hagas caso. Está loca.

Bree sonrió de nuevo con dulzura y él experimentó una cálida sensación en el pecho. Le gustaba su sonrisa.

–Y sabes, sí que nos parecemos un poco –le acarició el hombro–. Los dos tenemos el cabello oscuro y los ojos grises. O espera, ¿los tuyos son verdes? –la miró fijamente–. La otra noche no pude vértelos muy bien. Estaba muy oscuro en la gala.

–Son más grises que verdes –dijo Bree–. A mí me da un poco igual. Sólo los uso para mirar.

–Y tomar fotos. He visto tus fotos del Black Book. Hay unos retratos estupendos.

–Unos rostros interesantes –sonrió tímidamente–. Hacen que mi trabajo sea más fácil.

–¿Quiénes eran? –preguntaba acerca de una pareja mayor que aparecía en la calle de una ciudad, con rostros alegres y la

evidencia de un feliz matrimonio.

–No lo sé. ¿No es vergonzoso? –se mordió el labio–. Estaba de pie en la puerta de la biblioteca esperando a alguien, no lo recuerdo bien. Les pregunté si podía tomarles una foto.

–No habría imaginado que no los conocías.

–Eso es lo que dice todo el mundo –se encogió de hombros–. Es un poco raro, supongo.

–Es arte –sonrió él. Ella empezaba a relajarse–. Hola, Elle. Ven a conocer a Bree –llamó a la secretaria de Brock Maddox. La mujer se acercó a ellos–. Bree es fotógrafa.

–¿De veras?

–Y ganadora de premios –comentó Gavin–. ¿Puedo dejar a Bree en tus manos un momento, Elle? Tengo que hablar con Brock.

–Claro. Primero le conseguiremos una copa. Acompáñame al bar –Elle guió a Bree entre la multitud.

Gavin buscó a Brock por la sala. Había tenido una reunión en Cannes con un director checo que quizá estuviera dispuesto a rodar una campaña por una determinada cuantía. Gavin no estaba seguro de que Brock aceptara la cifra de Tomas Kozinski, pero merecía la pena intentarlo. Él tenía un estilo único que hacía que incluso el decorado cobrara vida.

–Hola, Gavin, ¿cómo va todo? ¿Todavía intentas quedar bien con la gente de los yates Rialto? –Logan Emerson se materializó frente a él con una copa de vino en la mano.

–Eso intento –dijo Gavin.

–Eso sería un buen tanto. Ya imagino a los Rialto navegando bajo el Golden Gate en el descanso de la Super Bowl.

–Eso quizá sea un poco predecible.

–Supongo que por eso soy ejecutivo de cuentas y no redactor de anuncios –Logan se rió y le dio una palmadita en la espalda.

Gavin respiró hondo. Había algo en aquel hombre que lo molestaba, y no sólo eran sus bromas pesadas. Logan Emerson sólo llevaba unas semanas en la empresa, pero parecía un auténtico estorbo. Se lo encontraba en cada reunión, perdiendo el tiempo junto a la máquina de café, e incluso entraba en el baño al mismo tiempo que Gavin. A veces, era todo sonrisas y regocijos, pero la mayor parte del tiempo permanecía allí. Observando.

Quizá intentaba empaparse del modus operandi de Maddox para poder ganar a los otros ejecutivos de cuentas en su propio campo. Algo que no era tan malo. Al menos, así, Gavin no se sentiría del todo mal cuando montara su propia agencia y dejara a Brock plantado.

Y confiaba en que fuera pronto.

Miró alrededor de la sala y se alegró al ver que Bree hablaba con Elle con una copa de vino en la mano.

–De hecho, me licencié en Filología Inglesa –Bree bebió un sorbo de su copa.

Elle le había pedido un vino blanco y la había llevado a un rincón tranquilo para que pudieran hablar. Al principio, Bree se sintió una pizca intimidada por ella. Elle era una mujer elegante con el cabello liso y unos ojos azules llenos de inteligencia y buen humor. Sin embargo, al cabo de unos momentos, empezó a relajarse y contestó a todo aquello que Elle le preguntaba con interés.

–Después incluso pensé en hacer el doctorado pero me tomé un tiempo libre para viajar y cambié de opinión.

–Qué bien. Mucha gente lleva a cabo un plan que tenía pensado desde hacía años y termina haciendo algo que no es su pasión. He de admitir que a mí siempre me ha encantado la fotografía. Recibí muchas clases en la universidad, pero supongo que nunca me he atrevido a intentar publicarlas o exponerlas. ¿Cómo empezaste a hacer fotografía?

–Me avergüenza admitir esto pero fue por pura casualidad. Mi padre me regaló una cámara por mi cumpleaños hace cuatro años. Creo que un cliente se la regaló a él. Era una Nikon con un juego de lentes. El tipo de cámara con la que incluso un profesional salivaría al verla. Empecé a jugar con ella sacando fotos a los robles del parque y a los edificios interesantes de Russian Hill y de Marina District.

Elle asintió, mirándola con interés.

–Un día estaba sacando una foto de San Francisco de Asís en Vallejo Street.

–Ah, sí. La que tiene muchas puertas.

–¿Has visto a la mujer que lleva un abrigo azul y que a menudo está allí?

–Dando de comer a las palomas. ¡Sí, la he visto! –sonrió Elle.

–Me intrigó algo de ella. No tengo ni idea de por qué está allí, y nunca se lo pregunté. Soy demasiado tímida. Pero quería ver si podía sacar una foto de esa pose de dignidad que tiene.

–¿Qué le dijiste?

–Sólo le pregunté si podía sacarle una foto –sonrió Bree–. Ahora sé que debería haberle ofrecido dos dólares y un formulario de autorización, pero en aquel momento no tenía ni idea.

–Y te dijo que sí.

Bree asintió.

–Así que tomé la foto. Sólo me llevó unos segundos. Ella estaba de pie frente a la puerta más pequeña, llevaba el abrigo abotonado hasta el cuello, como siempre, y había un montón de palomas a su alrededor. Las copias salieron muy bien, así que presenté una a un concurso de la biblioteca local. Gané y la gente comenzó a comentar mi fotografía, así que decidí seguir sacando fotos.

–Me encantaría ver esa foto.

–Puedes venir a mi estudio cuando quieras.

–¿De veras? ¡Me encantaría! Nunca he estado en el estudio de un fotógrafo de verdad.

–Bueno, yo no lo llamaría así –se sonrojó–. Pero tiene una vista estupenda de los tejados de la ciudad. Mañana estaré por allí, si quieres puedes pasar.

–¿Puedo? No tengo nada que hacer hasta las cinco. Estaría bien ver algunas fotos que no sean comerciales –le guiñó un ojo–. Si voy por la mañana puedo llevar café y pastas de Stella.

–Muy bien. Nunca puedo decir que no a esas pastas. La dirección es 200 Talbot Street. El edificio de piedra que tiene verjas de hierro. Si lo rodeas por la derecha hay una puerta que lleva a mi estudio.

–¿Estáis planeando una cita secreta? –la voz de Gavin hizo que Bree se volviera.

–Así es –dijo Elle–. Quiero ver la obra de Bree antes de que se haga demasiado famosa como para hablar conmigo. ¿Sabías que le han pedido que haga una foto para la revista *San Francisco*?

–¿Es eso cierto?

–Lo es –Bree se sonrojó de nuevo–. Voy a retratar a Robert Pattison. Les ha costado decidir entre Annie Leibowitz y yo. Sospecho que yo cobro menos –vio que a Gavin se le formaban los hoyuelos–. Me han llamado de repente. Han visto mis fotos en Black Book.

–Es estupendo –dijo Gavin con admiración–. A mí también me gustaría ver tus fotos.

–Ponte a la cola –bromeó Elle–. Ahora en serio, ¿a Robert Pattison? Me encantaría ser fotógrafa de famosos y no una humilde secretaria de administración –frunció los labios.

Bree dudaba de que Elle fuera simplemente una humilde secretaria de administración. Saludaba y hablaba con todo el mundo como si fuera la dueña de la empresa, y no la mano derecha del dueño.

–Tranquila, Cenicienta. Algún día irás al baile. Entretanto, será

mejor que encuentres a tu jefe. No lo he visto por ningún sitio.

–Iré a buscarlo. Encantada de conocerte, Bree. Nos veremos mañana.

Elle se marchó entre la multitud.

–Brock está un poco distraído últimamente –Gavin se acercó a Bree hasta invadirla con su aroma masculino–. Están pasando muchas cosas.

El ruido de una cuchara golpeando una copa llamó su atención.

Bree se volvió para ver a un hombre sonriente de cabello gris vestido de traje. Al momento, toda la sala quedó en silencio.

–Es nuestro cliente más antiguo –murmuró Gavin–. Walter Prentice. Hemos venido a celebrar el lanzamiento de una nueva campaña de su empresa, ideada por Celia, una de nuestras ejecutivas. Está yendo muy bien.

–Es un gran placer para mí pasar la velada con los talentos más destacados de los Estados Unidos –dijo el hombre–. Durante los años que mi empresa ha trabajado con Maddox Communications, he tenido el placer de conocer personalmente a muchos de vosotros. Acabo de enterarme de que Flynn Maddox y su encantadora esposa, Renee, están esperando su primer hijo. Me gustaría que brindarais conmigo por la nueva familia.

Los camareros estaban sirviendo copas de champán por la sala.

–Flynn es el hermano pequeño de Brock Maddox. Ha vuelto con su esposa después de una larga separación –la respiración de Gavin acariciaba la oreja de Bree.

–Qué bien –sonrió ella, y aceptó una copa de champán–. Y es todo un detalle por parte de vuestro cliente brindar por ellos.

–Es un buen hombre. Muy familiar. Lleva casado con su esposa cuarenta años.

–Impresionante. Casi todos los amigos de mi padre están divorciados. Algunos de ellos varias veces.

–Es una lástima –Gavin bebió un poco de champán–. El matrimonio debería durar toda una vida, si no, ¿qué sentido tiene?

Al ver cómo la miraba, Bree se bebió el champán de un trago.

–Estoy segura de que tienes razón. Sin embargo, nunca he estado casada así que no tengo ni idea de cómo es –dijo de forma apresurada. Era extraño hablar del matrimonio en la primera cita.

–Yo, tampoco –sonrió él–. Pero espero que cuando lo haga pueda brindar por mi matrimonio cuarenta años después.

Bree apartó la mirada hacia otro lado. Aquello no podía ser real. Debía de estar soñando. Un hombre atractivo y exitoso no podía desear permanecer casado con la misma mujer durante toda una

vida.

¿O sí?

Walter Prentice levantó la copa de champán.

–¡Un brindis por la feliz pareja! Que su familia tenga muchos años de felicidad y no muchas noches sin dormir –sonrió–. Mis hijos me han dado muchas alegrías. Sé que Flynn y Renee serán unos padres estupendos.

Miró a un hombre de cabello oscuro y Bree pensó que podía ser Flynn.

–Ya conoces el lema de nuestra empresa… La familia lo es todo. No es sólo un lema, es una forma de vida –alzó la copa.

La gente comenzó a gritar de júbilo.

–Oh, cielos, ése es su lema de verdad ¿no? –se rió Bree–. He visto sus anuncios en la televisión.

–Supongo que a veces no es tan malo creer en tu propia publicidad –dijo Gavin–. Mira, ahí está Brock. Ven a conocer al gran jefe.

Bree se sorprendió al ver que él posaba una mano en su espalda y la guiaba por la habitación como si estuviera enseñando a su pareja de la noche a todo el mundo.

Ella se contuvo para no pellizcarse. Pensaba que en cualquier momento despertaría en su cama, con Faith y Ali ronroneando junto a ella. Pero hasta entonces, decidió que lo mejor era seguir sonriendo.

Hacía poco tiempo que Bree se había despertado cuando Elle apareció en su puerta. Gavin y ella habían estado en la fiesta hasta la una de la madrugada y, una vez más, él la había llevado a casa y no había intentado pasar.

Tampoco había intentado besarla.

–¡Hola, Bree! –Elle la besó en la mejilla como si fueran grandes amigas–. Te he traído pastas y café. Estoy segura de que lo necesitas después de la fiesta de anoche. Gavin debió de presentarte a todos los invitados –le entregó una taza de café humeante.

–Puede que incluso me presentara a algunos dos veces. Pasa.

En una de las paredes había un ventanal estilo victoriano que se extendía hasta parte del techo.

–Oh, cielos, mira que vista –Elle dejó la bolsa de la pastelería sobre una mesita y se dirigió junto a la ventana–. Estoy segura de que en un día claro puedes ver Japón desde aquí.

–Casi –sonrió Bree–. Me encanta ver los barcos en la bahía.

–Supongo que echarás de menos la vista cuando te mudes a vivir con Gavin –Elle arqueó una ceja.

Bree se quedó de piedra.

–¿Qué? No hay nada entre Gavin y yo. Acabo de conocerlo.

–¿De veras? Anoche me dio la sensación de que erais pareja.

–Él fue muy amable conmigo pero lo había conocido la noche anterior.

–Bromeas. Sé que acabamos de conocernos y que no debería preguntarte esto pero ¿os habéis besado, verdad?

–Ni un pico –un sentimiento de vergüenza se apoderó de ella. Si fuera tan guapa como Elle, Gavin lo habría intentado–. Creo que sólo trata de ser amable.

–Pero no dejaba de rodearte con el brazo. Eso no es lo que se hace con una amiga. No. Está claro que le gustas. Probablemente prefiere ir despacio.

Bree se encogió de hombros, confiando en que no se notara que se había sonrojado.

–Voy a buscar unos platos.

Hablaron sobre la casa y el vecindario mientras se tomaban las pastas y el café. Después de desayunar, Bree le mostró algunas fotos a Elle.

–Tienes un talento estupendo. En cada foto sacas la esencia del individuo. Sé que eso es muy difícil de captar. Yo no he podido sacar un retrato decente en mi vida. Tengo suerte si salen con los ojos abiertos.

–Ojalá pudiera mostrarte algunos trucos, pero me temo que no estoy segura de cómo lo hago.

–Eres un genio. Tienes talento. Todo lo que yo no tengo como fotógrafa –sonrió Elle–. No es difícil entender por qué Gavin está loco por ti.

–¡Basta! Lo primero, no está loco por mí. Y segundo, no ha visto mis fotos.

–Sí, las ha visto. El viernes le estaba mostrando a todo el mundo el Black Book.

–¿De veras? –Bree se mordió el labio inferior.

–Una palabra. Enamorado –Elle se cruzó de brazos–. Un hombre enamorado. A veces sucede así de rápido.

–Oh, vamos. ¿Qué iba a ver Gavin en mí? No soy el tipo de mujer por el que un hombre se vuelve loco.

–¿Por qué dices eso?

–Veamos. Mi pelo tiene vida propia y cambia según varía la presión atmosférica. Tengo que adelgazar. Y la única persona

famosa a la que me parezco es a Duncan Kincannon, décimo Terrateniente de Aislin. Puedes verlo a mitad de escalera, con un marco dorado.

Elle se rió.

–Estoy segura de que a Gavin le encanta tu sentido del humor.

–Eso es lo único que podría encantarle.

–¡Qué tontería! Aunque… –ladeó la cabeza y dijo–: Si no te importa que lo comente, veo alguna cosilla que se podría mejorar.

–Me temo que más de una.

–Eres encantadora tal y como eres, pero podrías serlo un poco más. Pasé un verano trabajando en un spa en Santa Bárbara. Allí aprendí un montón de trucos.

–¿Cómo cuál?

–Tu cabello. Lo tienes rizado, ¿verdad?

–Creo que encrespado lo definiría mejor.

–No, en serio. ¿Te importa soltártelo un momento?

Bree se quitó la coleta dejando que la melena le cayera sobre los hombros.

–Oh, sí. Tienes unos tirabuzones preciosos. Sólo tenemos que liberarlos.

–¿Y cómo se hace?

Elle sonrió.

–Tenemos que encontrar algunas herramientas.

Eran casi las cuatro de la tarde cuando Elle terminó su trabajo satisfecha. Habían pasado una hora al sol mientras Elle le hacía la manicura a Bree y esperaban a que hiciera efecto el zumo de limón que le había puesto para aclararle el cabello.

Después, Elle le puso una mascarilla en el pelo y se la aclaró, haciendo que Bree le prometiera que no volvería a permitir que se le secara el cabello de esa manera.

Elle también revisó el armario de Bree y al final decidió llevarla de compras por Union Street, donde la animó a comprarse tres sujetadores caros y varias prendas de una boutique. Elle consiguió que Bree disfrutara de todo aquello. Se sentía como si fueran dos buenas amigas en lugar de dos mujeres que se habían conocido la noche anterior.

Después de encontrar unos zapatos a juego, regresaron al apartamento y Elle le aplicó a Bree un poco de maquillaje en el rostro. También, sombra de ojos verde grisácea y una pizca de pintalabios de color rosa.

–Por fin se te ha secado el pelo. ¿Por qué no te miras en el espejo?

Un poco temerosa por lo que iba a encontrar, Bree cruzó el estudio con las botas de tacón que se había comprado después de que Elle la hubiera convencido.

Detrás de la puerta del baño había un espejo y ella respiró hondo antes de mirarse en él.

Entornó los ojos y soltó una carcajada.

–¿Quién es la mujer que está en mi espejo?

–Eres tú, cariño.

–No es posible. Esta mujer es fina y elegante, y tiene unos tirabuzones sedosos con reflejos rubios.

–Eres tú. Y estás recta. Las chicas altas como tú a veces os encorváis porque tenéis miedo de destacar. Si una vez al día haces las posturas de yoga que te he enseñado, notarás una diferencia en tu postura.

–¡Nunca se me ocurrió pensar que la ropa de mi talla me haría parecer más delgada!

–Tienes una figura estupenda y deberías mostrarla.

–¿Quién lo sabía? –Bree sonrió ante el espejo–. Y prometo que nunca dejaré que mi pelo se seque otra vez.

–Esa es mi chica. Bueno, ¿y cuándo vas a ver a Gavin otra vez?

Capítulo Tres

Gavin llamó a Bree el domingo para invitarla a la inauguración de una exposición de fotografía el martes por la noche y le dijo que quería su opinión acerca de la obra del artista.

Por supuesto, ella aceptó la invitación.

Para ir a la exposición eligió un vestido color berenjena que resaltaba las curvas de su cuerpo y su altura. Por primera vez en muchos años se calzó zapatos de tacón. Se había puesto una mascarilla y el cabello le había quedado sorprendentemente bien. Mientras se ponía el maquillaje que Elle le había dejado, se preguntaba cómo reaccionaría Gavin al verla.

A las siete en punto oyó que llamaban a la puerta de su estudio.

Con el corazón acelerado, atravesó el salón y se dirigió a abrir.

–Hola, Br… –Gavin se quedó boquiabierto.

–Hola, Gavin –sonrió ella–. ¿Qué tal tu día?

–Estupendo. Ha sido bueno –pestañeó y la miró con curiosidad–. Pareces diferente.

–Sólo un poco –se encogió de hombros–. El vestido es nuevo.

–Te queda de maravilla –dijo él. Iba vestido con un pantalón oscuro y una camisa blanca de rayas grises casi imperceptibles.

–Gracias. Sólo tengo que agarrar el bolso –se colgó un bolso que había sido de su madre–. Tengo ganas de ir a la exposición.

–Yo también –contestó él.

Ella se volvió y vio que tenía el ceño fruncido.

–¿Ocurre algo?

–Oh, no –pestañeó–. Nada –la miró de arriba abajo provocando que a ella le ardiera la piel.

«Me encuentra atractiva».

La sensación era nueva y extraña para ella. Enderezó la espalda, tratando de mantener la postura que Elle le había enseñado e intentó ocultar que tenía el corazón acelerado y le sudaban las manos.

Gavin se aclaró la garganta.

–Tengo el coche abajo.

Entraron en la galería Razor agarrados del brazo. Con los zapatos de tacón, ella sólo medía unos cinco centímetros menos que él y tanto hombres como mujeres se volvían a mirarlos.

Bree se atusó los tirabuzones y aceptó una copa de vino blanco.

–¿Vamos a ver las fotos?

Incluso su voz parecía más seductora, como si de noche se hubiese transformado en una versión más moderna de sí misma.

Miraron las fotos con detenimiento. Casi todas eran de gente en fiestas nocturnas y muy coloridas.

–Casi se puede oír la música –dijo ella, mirando a una pareja que bailaba en la pista con el cuerpo sudoroso.

–Por eso me gustan las fotos de Doug. Invocan otros sentidos. Espero que haga la campaña publicitaria que tengo pensada de un vodka. Es difícil hacer que un pedazo de papel diga bébeme, pero creo que este chico podría hacerlo.

Le dijo a Bree quién era el artista. Era un chico delgado con muchos piercings y perilla.

–Desde luego que parece un artista –susurró ella–. Quizá debería hacerme un piercing en la nariz. ¿Qué te parece? –ladeó la cabeza tratando de no sonreír.

–Desde luego que no. Tu nariz es perfecta –Gavin posó la mirada de sus ojos grises en su rostro–. Tienes los ojos verdes.

–Sí –se sonrojó ella–. Llevo lentillas –Elle la había convencido de que se pusiera unas lentillas de colores.

–Son bonitas. Y te puedo ver mejor sin las gafas de por medio.

–¿No habíamos venido a ver arte? Empiezo a sentirme cohibida.

Aunque tenía que admitir que sentirse admirada era una buena sensación. Cuando Gavin fue a por otras dos copas de vino, un hombre alto, con el pelo rubio y de punta, se acercó a ella para hablar de las fotografías.

La expresión que puso Gavin al regresar no tenía precio.

Tenía que sacar a Bree de allí.

Gavin trató de no fruncir el ceño al punk que se había acercado a ella en el momento en que él se había dado la vuelta. Conocía a aquel hombre, era un editor de video finlandés con el que había trabajado alguna vez.

–Hola, Lars. ¿Cómo va todo?

–Bien, Gavin. Bien –se volvió hacia Bree–. ¿Así que tú también eres fotógrafa?

–Sí –Bree sonrió con dulzura.

Gavin no se había fijado en lo sensuales que eran sus labios.

–Más o menos. Aunque todavía no he hecho fotografía profesional.

–Bree y yo estábamos a punto de irnos a cenar –dijo con un tono más duro del intencionado.

Todos los hombres de la habitación la estaban mirando. ¿Y quién podía culparlos? El vestido que llevaba resaltaba sus curvas y

con los zapatos de tacón era la mujer más alta del lugar. Su cabello con mechas doradas la hacía parecer una diosa.

–Me encantaría echar un vistazo rápido a las fotografías de la otra sala. Lars me estaba hablando de ellas. Son retratos de los amigos del artista.

Gavin pensó que le gustaría decirle un par de cosas a Lars, pero se contuvo.

–Claro, vamos a verlas.

Agarró a Bree del brazo y la guió hasta la otra habitación.

–Oh, mira a esa pareja –exclamó ella.

Él se fijó en una foto de un par de amantes adolescentes que estaban con los cuerpos entrelazados en un banco del parque.

Gavin podía imaginarse estando así con Bree. Sus curvas le llamaban la atención, y deseaba explorar su cuerpo.

Al sentir que se excitaba dejó de mirar el escote de Bree y se fijó en las fotos otra vez.

–Muy buenas –murmuró.

Ella movió su melena hacia atrás de los hombros. Él estaba casi convencido de que su pelo tenía un aspecto diferente al de la última vez que la vio. Quizá fuera que lo había llevado recogido.

No sólo era el cabello. Bree tenía algo diferente. Cuando la conoció era una mujer guapa, pero esa noche era deslumbrante. Incluso su manera de moverse era distinta.

Gavin tuvo que contenerse para no soltarle el lazo de la espalda y desnudarla allí mismo.

–¿Tienes hambre?

«Porque yo estoy hambriento. Y no de comida».

¿Y el padre de Bree iba a darle un millón de dólares para que se casara con ella? Él se había acercado al conocido empresario para hablar sobre una inversión en su posible negocio y Kincannon lo había sorprendido con su oferta: un millón de dólares y su hija soltera. Gavin había estado a punto de rechazar la oferta, pero había aceptado conocer a su hija. Su buena fortuna le parecía increíble.

–Um, claro. ¿Qué habías pensado? –preguntó ella–. Hay un restaurante tailandés a una manzana de aquí.

–Perfecto. Vamos –la rodeó por la cintura y regresaron a la sala principal. No iba a permitir que otro chico posara sus garras sobre Bree Kincannon.

Miró alrededor de la sala como diciendo, manos fuera. Es mía.

Bree contoneaba sus caderas bajo su brazo, provocando que él se excitara aún más. El interés que sentía por Bree estaba pasando

rápidamente de tener una motivación económica a una motivación personal. No recordaba la última vez que una mujer lo había excitado tanto.

En el restaurante pidieron una mesa tranquila donde pudiera hablar. Gavin ayudó a Bree a sentarse y admiró su trasero.

Ella se colocó la servilleta en el regazo.

–El *pad thai* está muy bueno.

–Pediré eso –a Gavin no le apetecía leer el menú. Estaba más interesado en mirar a Bree. Llevaba colgado del cuello un pequeño corazón de plata que se movía entre sus senos.

Lo único que le quedaba por hacer era convencer a Bree para que se casara con él.

Sirvió un poco de San Pellegrino en su copa.

–¿Siempre has vivido en San Francisco?

–Solíamos pasar el verano en Napa Valley cuando era pequeña, antes de que mi madre muriera, pero aparte de eso, sí. He vivido en la misma casa de Russian Hill desde que era pequeña.

–Es un vecindario muy agradable.

–Supongo que eso es lo que pensaron mis antepasados cuando construyeron la casa hace cien años. Ha resistido varios terremotos y es lo bastante grande como para compartirla con mi padre sin volvernos locos el uno al otro, así que estoy contenta con ella.

–¿Se te hace raro vivir en casa de tu padre todavía?

–Estoy acostumbrada, así que no se me hace raro. Estoy segura de que hay gente que piensa que es patético y que debería irme a vivir sola –bebió un poco de agua–. Supongo que algún día lo haré. Cuando llegue el momento.

–¿Tu familia vive en San Francisco? –preguntó ella.

–En San Diego, pero me fui de casa a los diecisiete años y nunca volví. Mi padre quería que siguiera la tradición familiar y me alistara en el ejército. Se puso furioso cuando solicité plaza en UCLA, conseguí una beca para estudiar marketing. Tuvimos una gran bronca y me marché esa misma noche.

–¡Qué horror! ¿Y solucionasteis las cosas?

–Tardó como cuatro años en olvidar su sueño de verme vestido de uniforme y cubierto de medallas, pero está contento de ver que estoy haciendo algo que me gusta.

–Eso es todo lo que importa en realidad. Mi padre no podía comprender por qué aceptaba trabajos en asociaciones benéficas que me pagaban muy poco. A mí me gustaba el trabajo y estaba encantada de poder ayudar. Y puesto que tenía un buen sitio para vivir no necesitaba ganar mucho dinero.

–Eres afortunada. Yo lo pasé mal al terminar los estudios. Estaba preparado para comerme el mundo y convertirme en el director ejecutivo de General Electric, y me jefe se empeñaba en que le organizara los documentos y contestara el teléfono.

Bree se rió.

–Créeme, en las asociaciones benéficas es parecido. Aunque hay menos gente y uno tiene que arrimar más el hombro. Creo que es bueno empezar por abajo, así se tiene la oportunidad de ver cómo la gente hace las otras cosas.

–Y aprender de sus errores.

–Eso también –sonrió ella–. ¿Te gusta trabajar para Maddox Communications?

–Claro. Es una de las agencias más importantes de West Coast. Tenemos algunos de los clientes más importantes de los Estados Unidos.

–Hmm, esos son motivos muy generales.

–También me caen bien Brock y Flynn Maddox. Heredaron la empresa de su padre pero han hecho muchas cosas con ella.

¿Sería una buena idea decirle que quería montárselo por su cuenta? Probablemente no. Bree podría preguntarse si no estaría más interesado en su dinero que en ella.

Pidieron la comida al camarero y éste regresó enseguida con las cervezas.

–Me temo que mi padre está un poco decepcionado por el hecho de que no quiera convertirme en empresaria –Bree arqueó las cejas–. No comprende cómo se puede hacer algo sin que se obtenga beneficio.

–Una locura –Gavin consiguió mantener una expresión seria.

–¡Creo que el motivo por el que nunca se ha vuelto a casar es porque no ha encontrado a nadie más rico que él!

Bree se rió y Gavin se esforzó por reír también. Tenía que asegurarse de que ella nunca descubriera la propuesta que le había hecho su padre.

–¿Y cuál crees que es un buen motivo para casarse?

–Por amor, supongo. ¿Qué otro motivo puede haber?

Él sintió un nudo en el estómago.

–¿Has estado enamorada alguna vez?

–No desde tercer grado. Randy Plimpton me rompió el corazón cuando se sentó con Jessica Slade en el picnic de fin de curso y nunca me he recuperado.

–Suena a algo tremendo. Comprendo que nunca hayas entregado tu corazón a otro hombre.

–Supongo que eso explicará por qué nunca he tenido un novio de verdad –se sonrojó una pizca.

–Ese Randy tendría que dar respuesta a muchas cosas. Por otro lado, si hubieses tenido un novio a lo mejor te habrías casado con él. Entonces no estarías aquí, tomándote una cerveza conmigo –levantó el vaso.

–Supongo que todo tiene un lado bueno –Bree brindó con él y bebió un sorbo–. No suelo beber mucho. En realidad he llevado una vida bastante sosa.

–A lo mejor eso está a punto de cambiar.

–¿Tú crees?

–Sí. Tengo una extraña sensación al respecto –la miró y vio que ella separaba los labios, como si deseara que la besara.

Bree bebió un poco de cerveza y preguntó:

–¿Sabes qué? Estoy lista para un cambio. Estoy cansada de mantenerme al margen de la vida. Estoy preparada para salir y disfrutar más.

Les sirvieron la comida y comieron en silencio durante unos momentos. Después, Gavin decidió adentrarse en terreno peligroso.

–Yo he tenido algunas novias, pero ninguna me pareció la adecuada.

–Me pregunto cómo será, si de pronto descubres a la persona con la que pasarías el resto de tu vida. Debe de ser una sensación maravillosa.

–He oído que sucede deprisa.

–¿Amor a primera vista?

–Algo así. De pronto, una persona encaja contigo.

–Espero encontrarla algún día. Una persona con la que me sienta cómoda en todos los aspectos.

«A lo mejor ya la has encontrado».

–Podría ser que suceda de repente mientras estás conociendo a la persona.

–¿Quieres decir que se pasa de ser amigos a no poder apartar las manos de la otra persona? –se rió.

–Estoy seguro de que eso le pasa a la gente a menudo. Probablemente cuando menos se lo esperan.

Gavin llevó a Bree a casa y se despidió de ella con un simple beso en la mejilla. Ella no lo invitó a pasar, aunque parecía que le apetecía. Él prefería ir despacio para no asustarla.

En la siguiente cita él la invitó a un concierto de jazz en el

Palace of Fine Arts. Para cenar llevó un picnic preparado de la tienda gourmet que había cerca de su apartamento y una botella de champán. Bree, resplandeciente con su vestido de noche azul y sus pendientes de plata, se acomodó sobre la manta que él extendió bajo la sombra de un árbol. Hacía un día cálido y tranquilo.

–Siempre había querido hacer un picnic aquí –dijo ella–. Ha de ser uno de los lugares más románticos de la ciudad.

–Hoy teníamos la oportunidad perfecta.

–Mira la puesta de sol sobre el lago –el agua parecía oro líquido y a su alrededor había otras parejas y grupos disfrutando de la tarde primaveral–. La ciudad tiene muchos sitios interesantes. Se podría vivir aquí durante años y no conocerlos todos.

–Sería una lástima –Bree abrió una caja llena de hojas de parra rellenas–. Oh, uno de mis platos favoritos. Estoy segura de que los Kincannon teníamos antepasados griegos. A todos nos encanta la comida griega.

–Entonces encajas a la perfección con la arquitectura de este lugar. ¿O es romana? –se fijó en las columnas de estilo corintio que adornaban los edificios de alrededor del lago.

Bree se rió.

–Se construyeron en 1915 para la World´s Fair que se celebró en San Francisco. Me encantan. Los edificios originales eran de papel y estaban pensados para durar un año. Resultó que duraron mucho más tiempo y cuando empezaron a caerse la gente estaba tan acostumbrada al lugar que decidieron reconstruirlos para siempre.

El sol se reflejaba en su cabello. Su tez brillaba y sus mejillas estaban sonrosadas. Él deseaba besarla…

Pero se resistió.

–¿Cómo sabes tantas cosas?

–Por pura curiosidad, supongo. Y porque he vivido aquí toda mi vida.

–¿Piensas pasar aquí el resto de tu vida?

–No lo sé. Supongo que dependerá de hacia dónde me lleve la vida.

–Como fotógrafa podrías trabajar en cualquier sitio.

Ella se rió.

–No me considero fotógrafa. Hasta el momento sólo me han ofrecido un trabajo como profesional. Ni siquiera lo he hecho todavía. ¿Y si es un desastre?

–Será fantástico. ¿Es el de *San Francisco Magazine*?

–Sí, es la semana que viene. ¡Con Robert Pattison! Estoy paralizada por los nervios.

–Te mueves muy bien para estar paralizada –le ofreció un plato con aceitunas rellenas y ella tomó una–. ¿Tienes que volar a Nueva York para las fotos?

–No, él va a venir a un estreno de cine. Al menos si todo sale como está planeado. Puede que cancele en el último minuto –se acarició un mechón de pelo y se mordió el labio inferior.

–No lo cancelará. Es un profesional. Y tú harás un trabajo estupendo. Piensa que muy pronto tu foto estará circulando por Internet.

–¡Basta! Espero no incomodarlo, y que no se me caiga la cámara o algo. Tienes que ser en papel, no digital. Creo que ése es uno de los motivos por el que me lo han encargado a mí.

–Te lo han pedido a ti porque tienes mucho talento y saben que todo el mundo hablará de las fotos. Relájate y trata de disfrutarlo –le acarició el brazo. La tela de su vestido era muy suave y resaltaba las curvas de su cuerpo. Gavin sintió un fuerte calor en la entrepierna y tuvo que contenerse para no continuar acariciándole el resto del cuerpo.

«Todo a su tiempo», se prometió. Necesitaba algunas citas más antes de dar un paso adelante. Aunque la tentación lo estaba matando.

Sobre todo cuando ella se movía y el vestido se pegaba a sus senos.

Gavin sintió como si los pantalones le quedaran pequeños.

Bree bebió un sorbo de champán.

–Estoy entusiasmada con el concierto. El año pasado fui a varios conciertos de jazz y estoy empezando a comprender la música.

Él sonrió.

–Entonces, puedes enseñarme. Lo único que hago es disfrutar de ella.

–Eso también vale. Es muy agradable conocer a alguien a quien le gusta hacer muchas cosas de las que me gustan a mí.

–Me encanta salir contigo. Sabes muchas cosas acerca de la ciudad.

A Bree se le iluminaron los ojos.

–Me encantaría seguir explorándola contigo.

Él le ofreció un poco de pollo marinado en pan de pita y ella se lo sirvió en el plato.

–¿Qué recomiendas?

–¿La Marina? O Painted Ladies… Las casas victorianas, por supuesto, no las prostitutas, de cerca del parque. Alcatraz es impresionante. ¿Has estado alguna vez?

–No, y ahora no puedo esperar a ir a todo esos sitios.

¿Por qué no la había besado todavía? Bree se miró en el espejo con detenimiento. Gavin estaba a punto de llegar otra vez. Durante las últimas dos semanas se habían visto día sí día no. Habían paseado por la ciudad y comido en montones de sitios, e incluso habían ido agarrados de la mano.

Pero no habían compartido ni un solo beso. Él la besaba en la mejilla cuando se despedían, pero nada más.

¿Quizá no se sentía atraído por ella?

Ella debía de sentirse emocionada después de la sesión de fotos. A pesar de que se había retrasado el inicio todo había ido bien y las copias habían salido estupendas. El modelo era encantador y ella consiguió no sonrojarse ni tartamudear en su presencia. Incluso le había mostrado su carpeta para que se hiciera una idea de quién le estaba tomando las fotos. Él le había hecho un montón de preguntas y parecía interesado en su trabajo.

Debería estar entusiasmada. Su primer encargo profesional había salido bien y tenía otra cita con el hombre más atractivo de San Francisco.

Entonces, ¿por qué se sentía tan inquieta?

Gavin parecía interesado en ella. Le brillaban los ojos cuando la miraba y ella lo había pillado mirándole el escote de reojo.

Él se reía con sus bromas y parecía intrigado con las anécdotas que ella le contaba de su vida. En un momento dado, en la penumbra de una de las celdas abandonadas de Alcatraz, ella tuvo la sensación de que él se disponía a besarla. Bree sintió que se le erizaba el vello del cuerpo y esperó a que él se acercara.

Pero no lo hizo. Y una vez más, después del trayecto en ferry, se despidió de ella besándole la mejilla con delicadeza.

Pobre Bree. Quizá la veía más como una amiga. O incluso como una hermana, tal y como había sugerido aquella mujer en la fiesta de su oficina.

La llamada en la puerta hizo que regresara a la realidad. Bree sintió que se le aceleraba el corazón bajo la blusa. Se aplicó un poco más de pintalabios para que le diera suerte. Quizá él se fijara en ellos y quisiera besarla esa noche. Si no, tendría que ocuparse ella del asunto.

Como si tuviera valor para hacerlo.

Abrió la puerta y puso una amplia sonrisa.

–Hola, Gavin.

–Hola, Bree –la besó en la mejilla provocando que le flaquearan las rodillas.

¿Cómo un hombre podía oler tan bien después de pasar todo el día en la oficina? Olía a viento, brisa marina y aventura. Se había vestido con una camisa azul y unos vaqueros que resaltaban sus piernas musculosas.

–¿Te apetece caminar hasta Coit Tower en Telegraph Hill?

–Estupendo –«sí, estupendo». Era un lugar famoso por ser donde las parejas se proponían matrimonio, y ella iba a ir con Gavin y, si tenía suerte, harían manitas.

A menos que…

Tragó saliva. No. Gavin Spencer no iba a proponerle matrimonio aquella noche. Era el siglo XXI y ningún hombre le pedía matrimonio a una mujer tras haber salido a pasear del brazo varias veces.

–También hay un pequeño restaurante italiano donde podemos cenar algo.

–Suena muy bien –su respuesta parecía algo forzada.

–¿Estás segura? Porque no hace falta que vayamos si no te apetece.

–No, en serio, me encantaría –agarró su bolso.

–Se me había ocurrido que después, si te apetece, podrías venir a mi casa para tomar una copa.

–Oh, claro. Será estupendo –de pronto mostraba pura excitación. Tenía las mejillas coloradas. Él no iba a invitarla a su apartamento a menos que…

Sintió un nudo en el estómago. ¿Qué era lo que tenía en mente? Probablemente algo más que un beso.

–Vamos –le tendió la mano y ella la aceptó antes de cerrar la puerta.

Caminaron hasta Telegraph Hill, donde el capitel de la torre se elevaba sobre las casas de alrededor. El ascenso por la colina hasta la torre dejó a Bree jadeando.

–No puedo creer que ni siquiera estés sudando.

–Entreno habitualmente –Gavin le apretó la mano–. Me gustan las subidas. ¿Quieres que te lleve en brazos? –arqueó una ceja.

–La situación no es tan desesperada. Pero en la torre también hay escalones. Puede que ahí te tome la palabra.

Cuando llegaron a la cima, contemplaron la vista de Bay Bridge y Gavin sugirió que quizá ya habían subido bastante.

–De ninguna manera. Crees que no puedo más, ¿no es eso? –flexionó los brazos bajo la blusa de rayas–. Sería terrible si ni

siquiera llegáramos a ver todos los murales. ¿Has oído el rumor de que la torre se diseñó para que pareciera la boquilla de una manguera de incendios gigante? Aparentemente, la mujer que donó el terreno y el dinero para construir la torre era una gran admiradora del parque de bomberos local.

Gavin se rió.

–Veo cierto parecido. Estoy seguro de que Sigmund Freud habría encontrado otros parecidos.

–No eres la primera persona que ha hecho esa observación. Un gran símbolo fálico se erige sobre San Francisco. ¿Entramos? –sonrió y Gavin se rió.

Una vez dentro de la torre él la rodeó por la cintura y miraron los murales que se habían pintado durante la crisis. Había escenas de agricultores recogiendo la cosecha, una calle de San Francisco con un accidente de tráfico y un carterista, una familia pobre buscando oro mientras una familia rica los miraba…

–Todos se encargaron durante la depresión económica, para dar trabajo a los artistas bajo el programa del Work Progress Administration.

Bree disfrutaba al notar el calor del brazo de Gavin a través de la blusa.

–Lo sé. ¿No son impresionantes? Supongo que siempre se saca algo bueno incluso de los peores desastres.

–Es una visión muy positiva. Estoy de acuerdo –la estrechó una pizca contra su cuerpo mientras se volvía para contestar. Sus rostros estuvieron muy cerca durante un instante. Bree contuvo la respiración, sin duda iba a besarla…

Peor él retiró el brazo de su cintura y se acercó a ver un detalle del cuadro.

Ella respiró hondo. Si él no daba el paso pronto, iba a volverse loca.

Después de cenar y de regresar caminando a Russian Hill, Bree se subió al coche de Gavin con una intensa sensación de anticipación y terror.

¿Y si él no intentaba nada? Quizá moriría.

Gavin posó la mirada en sus mejillas sonrosadas y después la deslizó hasta su pronunciado escote y ella sintió un nudo en el estómago.

No podía creer que durante los últimos días hubieran hablado con tanta facilidad. ¿No se suponía que los hombres eran

misteriosos y difíciles de comprender? Era más fácil hablar con Gavin que con algunas de sus amigas.

Su apartamento estaba en un edificio en Stockton Street y aparcaron el coche en el aparcamiento subterráneo.

–Esto es muy cómodo –Bree llamó al ascensor para subir al apartamento–. Es como si no estuviera en San Francisco. ¿No deberíamos haber puesto el freno de mano y haber subido una colina para llegar a casa?

Gavin puso una sonrisa.

–Antes de conocerte me había perdido gran parte del encanto de la ciudad. Me mudé aquí para estar cerca del trabajo. He vivido en este apartamento desde que llegué de Los Ángeles hace cinco años.

Gavin entró en el ascensor después que ella. Se había arremangado la camisa y tenía los antebrazos al descubierto. Tenía la piel bronceada, salpicada de un vello oscuro y varonil. Ella se preguntaba cómo sería sentir sus brazos alrededor de la cintura.

Notó que se le aceleraba el corazón y lo miró tímidamente cuando se abrió la puerta.

–Ya hemos llegado. Es la tercera puerta de la derecha. Me temo que no es tan estiloso como tu estudio.

Bree observó mientras Gavin abría la puerta y pasó al interior de la casa cuando él se lo indicó. La puerta principal daba a un salón en el que había un sofá de cuero negro. Sobre una mesita de cristal había tres revistas de publicidad y el mando a distancia del televisor.

–¿Te apetece beber algo? –Gavin se dirigió a la pequeña cocina–. Tengo vino blanco, vodka y ron.

–Será mejor que beba vino. No estoy acostumbrada a las bebidas fuertes –sólo con estar junto a Gavin ya se sentía mareada–. Tienes el apartamento muy recogido.

–Hay que agradecérselo a la asistenta. No paso mucho tiempo en casa. Últimamente trabajo todo el día para Prentice. Están preparando una campaña que empieza el mes que viene.

–No puedo imaginar trabajar tantas horas. Debes de estar agotado.

Gavin sirvió dos copas de vino y le entregó una.

–No tanto. Uno se acostumbra. Me gusta el trabajo, me resulta estimulante.

Bree aceptó la copa y sonrió.

–Tienes suerte por haber encontrado un trabajo que te gusta.

–Lo sé. Ambos somos afortunados en ese aspecto. Brindemos por tu carrera como una de las mejores fotógrafas jóvenes de West

Coast –alzó la copa y la chocó contra la de Bree.

–No estoy segura de ser lo bastante joven para entrar en esa categoría.

–Por supuesto que sí. No seas ridícula –frunció el ceño–. A menos que tengas setenta años y te hayas hecho una operación de cirugía estética muy buena.

Bree se rió.

–Estamos en California. Deberías comprobar mi edad en el carnet de conducir.

–No. Correré el riesgo y brindaré por la fotógrafa más bella de California –bebió un sorbo y la miró de manera seductora.

–Exageras.

–Para nada –la miró de arriba abajo–. Eres la mujer más guapa de San Francisco, y te lo digo con conocimiento puesto que he conocido a muchas modelos en mi trabajo. A tu lado, todas quedarían en la sombra.

Bree se mordió el labio inferior. Era muy halagador. No debía olvidar que trabajaban en publicidad. Aun así, era muy convincente.

–Ven a sentarte en el sofá.

Gavin se dirigió al salón. Su camisa de rayas azules revelaba sus anchas espaldas y sus pantalones su bonito trasero. Una ola de deseo invadió a Bree al pensar en el cuerpo que se ocultaba tras aquella ropa.

Él se volvió y gesticuló para que se sentara. Ella se acomodó en el sofá de cuero y cruzó las piernas. Una vez más, notó que Gavin posaba la vista sobre su escote provocando que se le endurecieran los pezones.

No le gustaba tener los pechos grandes porque sentía siempre que le estorbaban, pero con el sujetador nuevo que llevaba se habían transformado en una parte deseable de su cuerpo.

Desde que había conocido a Gavin se sentía sexy y muy cómoda con su cuerpo. Por primera vez en su vida.

Él dejó la copa sobre la mesa. Bree dejó la suya al lado.

Cuando Gavin se acercó, inhaló su aroma masculino y seductor. Se fijó en la barba incipiente que cubría su mentón y en la sonrisa sensual de sus labios.

«Oh, cielos».

Bree respiró hondo al ver que él acercaba su boca a la de ella.

«Va a besarme».

El corazón comenzó a latirle con fuerza.

Durante un instante, sus rostros estuvieron tan cerca que ella

podía sentir el calor de la cara de Gavin en su mejilla. Una mezcla de pánico y deseo se apoderó de ella.

Entonces, Gavin la besó en los labios con delicadeza.

Capítulo Cuatro

Bree se estremeció al sentir que Gavin la estrechaba contra su cuerpo y la besaba de manera apasionada. La presión de los dedos sobre su espalda indicaba la intensidad de su deseo.

Sus lenguas se encontraron y ella se acomodó en el sofá de cuero mientras acariciaba el pecho de Gavin a través de su camisa.

Él gimió un momento y la abrazó con más fuerza hasta que notó la presión de sus senos contra su torso. La excitación se apoderó de ella.

Cuando por fin se separaron, Bree estaba jadeando.

–Madre mía –dijo Gavin.

–Lo mismo digo –suspiró Bree.

Había besado a otros hombres pero nunca había sentido algo así. Otras veces se habían acariciado y besado, e incluso en dos ocasiones había tenido sendas experiencias sexuales decepcionantes, pero nunca había experimentado esa mezcla de emociones y tan intensas.

Agarró la copa de vino y bebió un trago largo. El apartamento estaba en silencio y ella podía oír el latido de su corazón.

Bree se retiró un mechón de pelo y dijo:

–Supongo que eso es lo que llamamos química.

Gavin sonrió.

–Sin duda. Y sospecho que si la manejásemos correctamente podríamos solucionar los problemas energéticos del mundo.

–Y sería menos peligroso que la fisión nuclear.

–O eso pensamos –la miró de arriba abajo–. Habría que seguir experimentando.

Bree inhaló despacio y notó el movimiento de sus senos dentro del sujetador.

–Si es por el bien de la ciencia, no podemos negarnos.

Gavin se inclinó hacia delante y la besó de nuevo, jugueteando con su lengua. Bree llevó la mano a su cintura y le sacó la camisa del pantalón. Al sentir que él le acariciaba un pezón y cubría su pecho con la mano, gimió.

Bree metió la mano bajo la camisa y le acarició la piel. Estaba más caliente de lo que esperaba, y él tensó los músculos de la espalda al sentir sus dedos.

Gavin metió la mano bajo la blusa y le acarició el pezón a través del sujetador. Ella arqueó el cuerpo y continuó acariciándole la espalda. Nunca había acariciado un cuerpo tan poderoso.

Él le desabrochó la blusa y dejó sus pechos al descubierto,

ocultos únicamente por el sujetador de encaje.

Gavin se retiró una pizca y contempló sus senos. Suspiró y dijo:

–Es lo mejor que he visto en mucho tiempo.

–Y estoy segura que desde aquí arriba puedes ver muchas cosas.

–Los tejados y las gaviotas no tienen nada que ver con las montañas y los valles que estoy viendo ahora –le quitó la blusa del todo.

A pesar del sujetador, ella se sentía desnuda bajo su hambrienta mirada.

Gavin acercó la boca a su pecho y le lamió el pezón por encima de la tela. Bree se estremeció mientras él llevaba la mano a su espalda para desabrocharle el sujetador.

Ella respiró hondo mientras él le retiraba la prenda y la dejaba completamente desnuda.

–Eres terriblemente atractiva –dijo mientras le miraba los senos.

–No es justo que sólo tú disfrutes de la vista –le desabrochó la camisa y añadió–: Mucho mejor.

Una fina línea de vello varonil cubría su vientre y se ocultaba bajo la cinturilla del pantalón. Bree sintió un nudo en la garganta al ver un bulto bajo la tela. Sin poder evitarlo, llevó la mano para acariciarlo a través de los vaqueros. Duro y poderoso, su miembro erecto la hizo pestañear.

–Creo que estaremos más cómodos en el dormitorio.

–De acuerdo –contestó ella.

Gavin le dio la mano y la guió hasta su habitación. Encendió una luz cálida que iluminaba una cama de madera con sábanas azules. Unas cortinas cubrían los ventanales. Gavin se quitó la camisa y estiró los brazos para abrazar a Bree.

Ella empezó a desabrocharle el cinturón. No tenía experiencia en esas cosas, pero sabía que no podía esperar que él lo hiciera todo. Lo más probable era que él estuviera acostumbrado al tipo de mujer que volvía loco a un hombre con tan sólo mover un dedo.

Bree se sorprendió al ver con qué facilidad podía quitarle el cinturón. Al hacerlo, rozó con los nudillos su miembro erecto y notó su pulsación.

«Me desea», pensó. No podía creerlo. ¿Cómo había sucedido todo tan deprisa?

Había pasado de ser Bree Kincannon, una chica sencilla que vivía de manera rutinaria a estar en ropa interior en el apartamento de un hombre con el que parecía que iba a hacer el amor.

¿El amor?

No. Nadie había hablado de amor. Pero no podía negar que

sentía una conexión especial con Gavin. Y era evidente que él también la sentía hacia ella. ¿Y eso no era enamorarse?

–¡Oh! –exclamó sorprendida cuando él le desabrochó los pantalones, y empezó a acariciarle el cuerpo con la boca mientras se los bajaba.

–Eres impresionante –murmuró él.

Bree terminó de desabrocharle el pantalón y Gavin la ayudó a quitárselos.

«Oh, cielos». Ella nunca había visto algo así. Con un nudo en la garganta, le retiró la ropa interior y liberó su miembro erecto.

Gavin la llevó hasta la cama y le quitó las bragas.

Pasó por encima de ella y se tumbó a su lado.

La besó en los labios y le acarició el vientre. Ella se tensó una pizca cuando él le acaricio la entrepierna, pero separó los muslos y lo dejó acceder.

Con un dedo, le acarició el punto más sensible de su ser. Ella movió las caderas al sentir que él le estimulaba sitios que nadie más se había molestado en explorar.

Con los ojos cerrados y la expresión de placer de su rostro, Gavin estaba más atractivo que nunca. Bree sintió que se le encogía el corazón. ¿Sería el hombre de su vida?

Más o menos había perdido la esperanza de encontrar a su príncipe azul. Casi todas las niñas soñaban con encontrarlo, pero a los veintinueve años, ella había aprendido que la mayor parte de las ranas no se convertían en príncipe por mucho que las besaran.

Gavin continuó acariciándola y ella gimió. Estaba más excitada que nunca. Gavin se acercó más a ella, hasta que sus cuerpos entraron en completo contacto. Entonces, se incorporó apoyándose en un brazo y se puso un preservativo antes de colocarse sobre ella.

Ella se estremeció al sentir que la penetraba. Cerró los ojos y se dejó llevar por la sensación. Mientras él se movía para adentrarse en su cuerpo, ella le acariciaba la espalda, clavándole los dedos en su poderosa musculatura.

Una vez dentro, Gavin gimió con una mezcla de alivio y placer. Comenzó a moverse y Bree lo acompañó en el baile, tal y como habían hecho sobre la pista el día de la fiesta. Quizá estaban hechos para estar juntos…

Gavin le acariciaba cada rincón de su cuerpo, provocando que el deseo la invadiera por completo mientras experimentaban en diferentes posiciones. Sus cuerpos sudorosos se movieron al unísono hasta que ella comenzó a jadear, arqueó las caderas y todo estalló.

Su cuerpo empezó a convulsionar mientras una ola de placer se

apoderaba de ella.

Un fuerte gemido rompió el silencio de la habitación y sintió que Gavin la abrazaba con fuerza y la penetraba una y otra vez hasta llegar al clímax.

–Uf –dijo él, después de besarla.

–Ajá –murmuró ella, sorprendida de poder hablar. Abrió los ojos y miró a Gavin. Sus ojos grises estaban llenos de pasión.

Bree sintió una fuerte presión en el pecho. Gavin Spencer era demasiado para ella. Dulce, amable, cuidadoso y tremendamente atractivo. A ella no le sucedían cosas así. Bree era una chica aburrida, con la que siempre se podía contar porque nunca estaba ocupada.

¿O eso era antes?

Quizá, después de los cambios que le había hecho Elle y de las caricias de Gavin, se había convertido en otra persona. Alguien excitante y deseable, cuya vida florecería como un capullo en primavera.

–Nunca he conocido a nadie como tú, Bree –Gavin apoyó la cabeza en la almohada y la miró con los ojos entrecerrados.

–¿Yo? No tengo nada de especial.

–Toda tú eres especial –le acarició la barbilla con el dedo pulgar–. Eres cariñosa y dulce. Inteligente, creativa y artista.

Bree tragó saliva. Había oído esas palabras otras veces. Eran el tipo de cumplidos que solían hacerle sus tías antes de criticar su postura y lamentar que no tuviera planes de boda.

–Y eres la mujer más atractiva de San Francisco.

–¿Sólo de San Francisco? –bromeó Bree.

Él la miró de arriba abajo, haciendo que se sintiera la mujer más guapa del mundo.

–Y sin duda de todo el estado de California. Y de West Coast.

Bree frunció los labios.

–Esperaba que también de Midwest.

–No he pasado mucho tiempo allí, así que no puedo opinar.

–No importa –se atusó un tirabuzón. Gavin lo agarró y se lo puso como si fuera un anillo–. Eso es muy sugerente –murmuró ella.

–Quizá sea mi intención –ladeó la cabeza.

Ella se mordió el labio inferior para no sonreír.

–¿No deberíamos dormir un poco? Mañana hay que trabajar.

–Yo estoy de vacaciones. O las tomaba ahora o las perdía.

–Qué suerte.

–Pero si tú tienes un día complicado, lo comprendo –le acarició el tirabuzón que tenía en el dedo.

–No –de hecho, no tenía ningún plan.

–Entonces, tengo una idea. Una gran idea. Una locura, pero maravillosa.

–¿Qué?

–Enseguida vengo.

Con una toalla alrededor de la cintura, Gavin se dirigió al estudio.

Era una locura, pero la idea le gustaba. Quizá porque le gustaba todo acerca de Bree. Habían hecho el amor de maravilla. Bree era tan erótica y apasionada como él había imaginado, y su cuerpo… Frunció el ceño al sentir que estaba sufriendo otra erección.

Una locura.

Sin duda, estaba loco. Todo el mundo le diría que lo estaba. Incluso Bree. Sólo se conocían desde hacía dos semanas y media. Pero a veces el universo se ponía de su lado y todo salía bien, como cuando le pasó lo de Stayco.

No. Aquello no tenía nada que ver. Eso fue una cosa relacionada con el trabajo. Y lo de Bree sería un compromiso para toda la vida.

Sintió un nudo en la garganta. Toda una vida con Bree. En aquellos momentos le parecía una idea muy atractiva.

En el estudio, la pantalla del reloj digital iluminaba lo suficiente como para que él pudiera abrir los cajones.

Sí, el millón de dólares que le había ofrecido el padre de Bree era un incentivo. Pero no era el único. Era como un collar de perlas alrededor del cuello de una mujer bella, sólo aumentaba su atractivo.

Todo podría ser maravilloso si las cosas salían según había planeado. Bree y él podrían comprarse una casa. Incluso en Russian Hill, al fin y al cabo, a él siempre le había gustado esa zona.

Por fin podría montar su propia agencia y llevar el rumbo de su vida.

Abrió el cajón de arriba y buscó una caja de cuero que había en su interior. El grabado de color dorado que tenía en los laterales brillaba bajo la luz verde del reloj. Cuando le dieron aquel anillo no tenía ni idea de qué podía hacer con él pero, de pronto, le parecía que encajaba perfectamente en el puzzle de su vida.

Abrió la caja y miró un instante el anillo. Tenía tres diamantes, uno grande y dos pequeños. La mayor parte de la gente lo habría vendido, pero él no podía hacer tal cosa. Había pertenecido a su abuela, una de las mejores personas que había conocido. Ella siempre había apoyado su creatividad, lo había llevado a clase de teatro y de música, y le había pagado los campamentos de arte de

verano cuando sus padres no querían que fuera.

Ella le había dejado el anillo como herencia. En su momento, él se preguntó por qué. Pero ya lo comprendía todo. Su abuela quería que se lo diera a la mujer que amaba.

Gavin respiró hondo y sacó el anillo de la caja. ¿Se ofendería Bree por el hecho de que le ofreciera un anillo usado? Ella podía comprarse todo lo que quisiera sin pensárselo dos veces.

Pero Bree no era una mujer pretenciosa. En el fondo, sospechaba que le importaría más el valor sentimental del anillo que su precio en el mercado.

No tenía ni idea de si le quedaría bien, pero eso sería fácil de solucionar. Dejó la caja en el escritorio y guardó el anillo en su mano.

Bree estaba tumbada en la cama con el cabello sobre la almohada y el cuerpo cubierto con una sábana. Al verlo en la puerta, sonrió. Gavin se preguntaba cómo iba a reaccionar. ¿Y si lo rechazaba? Entonces, no le saldrían sus planes y tendría que decirle al padre de Bree que había fracasado en lo que a su parte del trato se refería.

Bree lo miraba expectante y probablemente se preguntaba qué hacía allí de pie con una mano detrás de la espalda.

Gavin se acercó a la cama y se sentó junto a Bree. Al sentir el calor de su piel a través de la sábana se relajó.

–Bree, sé que no nos conocemos desde hace mucho tiempo pero, a veces, la vida te ofrece una extraña oportunidad, algo que no estabas esperando y que nunca habías imaginado –tragó saliva con nerviosismo–. Bree, ¿quieres casarte conmigo?

Capítulo Cinco

Bree pestañeó. Era evidente que estaba soñando.

Pero parecía tan real.

Gavin estaba sentado junto a ella en la cama, con la toalla alrededor de la cintura. Tenía algo brillante en la mano. Un anillo. Igual que en los cuentos de hadas donde el príncipe se arrodilla y…

–Sé que es muy repentino –la voz de Gavin interrumpió su pensamiento–. Estoy seguro de que estás sorprendida. Yo también. No tenía ni idea de se pudiera sentir algo tan intenso por una mujer tan deprisa.

Con el corazón encogido, Bree se incorporó sobre un codo.

–No estoy soñando, ¿verdad?

Gavin sonrió.

–No, no estás soñando. Soy tan real como tú –le acarició el muslo a través de la sábana–. Y me gustaría que fueras mi esposa.

Ella tragó saliva. ¿Gavin Spencer quería casarse con ella?

No podía ser cierto. Para empezar, sólo se conocían desde hacía menos de tres semanas. Además, el era un hombre muy atractivo y seguramente tenía un montón de mujeres detrás. ¿Por qué iba a querer estar junto a una mujer el resto de su vida? ¿Y con ella?

–Es demasiado repentino, ¿verdad? –preguntó él.

–No. Quiero decir, no sé –no sabía cómo responder. ¿Quería casarse con él? Todo su cuerpo decía que sí.

Pero la Bree de siempre decía algo diferente.

«Ten cuidado. Hay algo extraño. Es demasiado pronto. Él es demasiado bueno para ser cierto».

Bree respiró hondo pero no consiguió calmar sus nervios.

–No sé qué decir.

–Un sí me valdría –dijo Gavin con brillo en la mirada.

–Pero acabamos de conocernos. No sabes cómo soy –¿y si se casaba con ella y después se daba cuenta de que era la Bree de siempre y no la mujer que se había creado en su imaginación?–. Probablemente creas que soy más interesante y emocionante de lo que soy en realidad.

–Deberías tener más confianza en ti misma –se acercó a ella y colocó la mano que tenía libre en su cintura–. Hemos pasado horas hablando y, sin duda, eres la mujer más inteligente e interesante que he conocido nunca.

–¿De veras? –la pregunta se escapó de los labios.

–Estoy seguro. Y eso no es todo. También estoy cautivado por tu belleza.

–Oh, vamos –se sonrojó–. No soy tan llamativa.
–Ahí es donde te equivocas. La gente se vuelve a mirar por donde pasas.
Bree se mordió el labio inferior. Al parecer el maquillaje de Elle había surtido efecto. Ella nunca había llamado tanto la atención en toda su vida como lo había hecho en las dos últimas semanas. Ni siquiera el día que fue al colegio con dos zapatos diferentes.
–Seré un buen marido.
–Estoy segura de ello.
Pero ¿por qué intentaba venderse tanto? ¿No podían salir juntos durante una temporada y comprobar qué tal?
–Te apreciaré, te honraré y te devoraré –la miró con picardía provocando que a ella la invadiera el deseo–. ¿Por qué no pruebas? –se encogió de hombros como si fuera algo casual.
Bree lo miró tratando de disimular la mezcla de sentimientos que surgían en su interior.
–¿Por qué no? –el tono de voz delató nerviosismo.
Gavin le sujetó el anillo. Ella levantó la mano. Casi nunca llevaba joyas, y mucho menos en ese dedo. Todo el mundo sabía que daba mala suerte ponerse otra cosa que no fuera un anillo de compromiso. Ella nunca había imaginado que se pondría un anillo en ese dedo, puesto que estaba resignada a vivir su vida tranquila con sus gatos.
Estiró el dedo y se estremeció al sentir el frío del metal sobre su piel. ¿Sería demasiado pequeño? ¿O sería del tamaño adecuado y no habría quién se lo quitara?
Eso sería una señal.
–Es del tamaño perfecto –dijo Gavin en tono triunfal.
–Lo es. ¿Cómo lo has conseguido?
–Pura suerte. Y creo que el hecho de que encaje tan bien es un mensaje del destino –le acarició la mano–. No sé qué pensarás sobre esto, pero es un anillo especial. Perteneció a mi abuela, quien estuvo casada con el amor de su vida durante cincuenta y siete años.
Bree lo miró y pensó que debía de ser un diseño de los años veinte.
–Es precioso.
Bree no estaba segura de cómo se sentía acerca de llevar el anillo de boda de otra mujer. Era como si reforzara la sensación de haber entrado en la vida de alguien de forma accidental.
–Mi abuela era muy especial para mí. Me dejó el anillo de herencia para que algún día pudiera dárselo a mi esposa. No puedo

creer que te quede tan bien. Como si estuviera hecho para ti.

Bree tragó saliva. ¿Haberse puesto el anillo significaba que había aceptado su propuesta?

–Es muy bonito. ¿Estás seguro de que quieres desprenderte de él?

Gavin le dio la mano.

–No quiero desprenderme de él. Quiero verlo en la mano de la mujer que amo.

Bree sintió que se le encogía el estómago. La palabra amor flotaba en el aire como si fuera el humo de un truco de magia.

Eso era lo que pasaba. Ya sabía por qué la propuesta le parecía extraña, porque él no le había dicho que la amaba.

Hasta entonces.

–Te quiero, Bree –le acarició la mano–. Es un amor nuevo, desconocido. Lo admito. Pero nunca he sentido esto por nadie. Hay algo en mi corazón que me indica que eres la mujer de mis sueños.

Y ella, ¿lo amaba? Ni siquiera sabía qué se sentía cuando se estaba enamorada. Por supuesto que deseaba a Gavin y que lo consideraba un hombre encantador, inteligente y divertido. Y muy muy atractivo.

Todo eso es lo que habría buscado en el marido de sus sueños. Si es que hubiese estado buscando marido. Algo que todo el mundo que conocía le decía que debía de empezar a hacer. Estaba acostumbrada a sospechar que el motivo por el que los hombres se acercaban a ella fuera la fortuna de los Kincannon y no porque estuvieran interesados en ella.

–Hay algo especial entre nosotros, ¿no crees? –la voz de Gavin interrumpió su pensamiento.

–Sí, lo hay –Bree frunció el ceño. Nunca se había sentido tan cómoda con un hombre, tan segura. Y desde luego nunca se había sentido deseable e interesante–. Lo noto.

Bree se fijó en los tres diamantes que brillaban en su dedo.

–¿Te casarás conmigo? –Gavin repitió la pregunta con una mirada de esperanza.

–Sí, lo haré –contestó ella con mezcla de terror y emoción. Pero también con el convencimiento de que estaba haciendo lo correcto.

Gavin la abrazó con fuerza. El calor de su cuerpo se mezcló con el de ella y, por primera vez en su vida, desde que su madre murió, Bree se sintió completamente protegida y cuidada.

Y amada.

Mientras cruzaban el Golden Gate Bridge en el coche de Gavin, Bree miró hacia la ciudad que habían dejado atrás. Cuando regresara, sería una mujer casada. La señora de Gavin Spencer. Iban a casarse justo al otro lado del puente, en Sausalito.

Gavin quería que la boda se celebrara lo antes posible. Sin invitados, sólo ellos dos, y los gatos de Bree. Gavin había insistido en que los llevara, puesto que eran miembros de su familia. Uno de sus clientes era el propietario de un hotel que tenía una terraza con vistas a la ciudad y donde a menudo se celebraban pequeñas bodas. Él les había prometido encontrar a alguien que oficiara la boda, a un fotógrafo y a dos testigos.

Todo había sucedido muy deprisa. Y una boda sin amigos ni familia resultaba extraña.

Aun así, Bree debía admitir que tenía sentido. No quería celebrar una gran boda del tipo que le hubiera gustado a su padre, de esas que se tardaban un año en organizar. Era mejor hacerlo de esa manera. Rápido y en privado. Curiosamente, su padre no había protestado al enterarse de su improvisado plan. No parecía demasiado sorprendido por la noticia, aunque, en realidad, le había presentado a Gavin con la esperanza de que Bree por fin encontrara pareja. ¡Al fin había conseguido hacer algo que su padre aprobaba! O al menos, lo haría muy pronto.

–Sausalito es un lugar divertido para ir. Aunque esté justo al otro lado del puente da la sensación de que uno está a miles de kilómetros de distancia –ese día, Gavin estaba más atractivo que nunca. Llevaba una camisa negra arremangada, unos vaqueros, y el cabello alborotado. Ella no podía creer que estuviera sentada a su lado, rumbo a Sausalito para casarse.

El anillo de diamantes todavía brillaba en su dedo. Bree no se lo había quitado desde que él se lo había probado.

–Podemos vivir en mi apartamento hasta que encontremos un sitio. Pero creo que deberíamos comprar una casa, para que haya sitio suficiente y puedas montar un estudio. ¿Qué te parece?

–No sé qué pensar –sonrió ella–. Nunca he vivido en otra casa que no sea en la que vivo ahora. Estoy abierta a cualquier cosa. Siempre podría alquilar un estudio para mi negocio.

–De ninguna manera. Encontraremos una casa con un gran estudio para ti. Y es imprescindible que tenga vistas a la bahía, puesto que estás acostumbrada a tenerlas.

¿Cómo era de rico? Hablaba como si tuviera todo el dinero del mundo a su disposición. ¿O esperaba que ella comprara la casa nueva? Era extraño que estuvieran a punto de casarse y no hubieran

hablado de los aspectos prácticos.

Excepto por el acuerdo prematrimonial. Y normalmente ese tipo de acuerdos no tenían ni el valor del papel en el que se habían escrito. Si él no hubiera insistido ella no habría pensado en ello. ¿Si no podía confiar en su marido, en quién podría confiar? No permitiría que el dinero gobernara su vida.

Condujeron por las colinas de Gateway National Recreation Area, y después subieron por las calles empinadas de Sausalito. Gavin aparcó frente a un edificio de estilo mediterráneo con un jardín lleno de flores.

–La boda se celebra esta tarde a las seis así que tenemos tiempo de sobra para prepararnos.

–¿Esta tarde? –el pánico se apoderó de Bree. Por algún motivo había pensado que tendría un par de días para… ¿Qué? Si iban a casarse era mejor que lo hicieran cuanto antes.

Apenas había tenido tiempo de acostumbrarse a tener pareja y ya estaba a punto de ir hasta el altar. Era curioso cómo él había hecho todos los planes, y ella se lo había permitido.

Gavin salió del coche y lo rodeó para abrir la puerta de Bree. Cuando ella bajó, le temblaban las piernas. Él puso la mano en su espalda y ella se estremeció.

–Esta noche será nuestra noche de boda –la miró como sugiriendo varias posibilidades.

Bree pestañeó y suspiró.

–Así es.

Él le apretó la mano.

–No puedo esperar para convertirme en tu marido, Bree.

–Ni yo para ser tu esposa –le apretó la mano también y la felicidad inundó su corazón, apartando la inquietud–. ¿Pero qué voy a ponerme?

–Lo que quieras. Tenemos toda la tarde para comprar.

Aunque Bree dudaba acerca de su capacidad para elegir un vestido adecuado sin Elle, encontró uno bastante rápido en una tienda cerca del muelle. El vestido blanco plateado se amoldaba perfectamente a las curvas de su cuerpo. Los zapatos de tacón de color azul cielo conjuntaban con el vestido. En una joyería, eligieron las alianzas para la ceremonia. Una vez en el hotel, Bree recibió la visita de una peluquera que le recogió los tirabuzones en

un moño. Bree se puso los pendientes de perlas y diamantes que habían elegido juntos. Gavin insistió en pagarlo todo y estaba encantado de ver que Bree se había transformado en una novia radiante.

–Estás preciosa –se acercó por detrás de ella mientras ella se daba el último retoque con el pintalabios.

Al ver su rostro reflejado junto al de ella en el espejo, Bree sonrió.

–Tú también estás estupendo –se fijó en la pajarita negra que llevaba. El esmoquin resaltaba su atractivo.

–Hacemos una buena pareja –la rodeó por la cintura.

–Y nos complementamos bien –se rió–. De hecho, preferiría no tener que salir de la habitación.

–Merecerá la pena –la besó en la mejilla–. Y tenemos toda la noche para celebrarlo –el tono de Gavin era prometedor–. ¿Estás preparada?

–Más preparada que nunca.

Cuando salieron a la terraza del hotel, una mezcla de pánico y emoción se apoderó de Bree. El sol iluminaba el cenador donde los esperaba el hombre que oficiaría la ceremonia. Gavin le apretó la mano con fuerza y le dedicó una mirada tranquilizadora. Había muchas petunias en macetas y la mesa estaba decorada con grandes lazos.

El director del hotel se acercó a ellos, seguido de una mujer rubia que sujetaba una flor para Gavin.

–Bienvenidos y enhorabuena en vuestro día especial.

Bree pensó que el discurso parecía un poco falso y se amonestó por ello. Sólo intentaban ser amables y que se sintieran como en casa.

Se fijó en la impresionante vista de la bahía, donde había varios veleros repartidos por el agua. Era un bonito lugar para casarse. Incluso perfecto. Además, lo importante era que iba a casarse con aquel hombre maravilloso y comenzar una etapa nueva y emocionante de su vida.

Aun así, de camino al cenador notó que se le entrecortaba un poco la respiración.

¿Podía ser permanente algo que había sucedido tan deprisa? A pesar de que Gavin la agarraba fuertemente de la mano, a Bree le invadían las dudas.

Quizá Gavin pensara que se estaba casado con la mujer tentadora en la que Elle la había convertido. ¿Qué pasaría cuando descubriera que se había casado con una timorata y no con la mujer

excitante de sus sueños?

–Te quiero, Bree –sus palabras difuminaron sus preocupaciones.

–Yo también te quiero, Gavin –contestó ella con convicción. ¿Cómo había podido tranquilizarla en el momento adecuado?

Porque era perfecto para ella.

Tras una pequeña conversación y antes de que ella tuviera oportunidad de calmarse, empezó la ceremonia.

–Bree Kincannon, ¿desea que este hombre se convierta en su fiel esposo para honrarlo y amarlo hasta que la muerte los separe?

–Sí –contestó ella con decisión, para no mostrar ninguna de sus dudas.

Gavin también pronunció los votos con entusiasmo y Bree estuvo a punto de reír.

–Puede besar a la novia.

Delante de todos aquellos desconocidos, Gavin la rodeó por la cintura, la atrajo hacia sí y la besó. Ella se estremeció.

–Estamos casados –susurró–. Nunca he estado tan emocionado en mi vida.

–Yo tampoco –dijo Bree–. Todo ha sucedido tan deprisa que apenas puedo creerlo.

–Cuando algo es lo adecuado, parece que se unen todas las fuerzas del universo para que salga bien. Esa fuerza llevaba en movimiento desde el momento en que te conocí.

–¿Aunque llevara aquel horrible vestido gris?

Gavin soltó una carcajada.

–Un vestido no puede ocultar el brillo que se desprende de tu interior, Bree. Al instante supe que eras especial. Y cuando bailamos… –silbó, lo que provocó que ella se riera–. Luego vamos a ir a bailar –dudó un instante–. O mañana. Es nuestra noche de boda y tengo planes muy concretos para hoy –arqueó una ceja y Bree sintió que el deseo se apoderaba de ella y se le endurecieran los pezones.

Estuvo a punto de meter la mano bajo su chaqueta para sentir el torso musculoso que se ocultaba bajo la ropa.

Entonces recordó que todavía estaban en la terraza del hotel bajo la mirada de los testigos.

Miró a su alrededor y dio un paso atrás.

–¿Y si nos vamos a un lugar más íntimo?

Una vez en la habitación, que también tenía unas vistas maravillosas de la bahía, Bree comprobó que Gavin tenía la noche

planificada al detalle. Incluso los gatos estaban disfrutando de una comida especial y tenían un montón de cojines junto al sofá. Cuando llamaron a la puerta confirmaron que todo estaba sucediendo según lo planificado.

–Debe de ser la cena –besó a Bree en los labios antes de ir a abrir. Había pedido la mejor comida del hotel para degustarla en privado.

Todo lo mejor para Bree. No porque fuera una mujer rica y estuviera acostumbrada a ello, sino porque quería cuidarla y ver cómo se le iluminaba el rostro con una sonrisa.

–Pensé que íbamos a salir –Bree miró hacia la puerta.

–¿En nuestra noche de boda? Prefiero la intimidad –la miró.

El camarero entró con un carro lleno de platos, los felicitó y se marchó. Bree levantó la tapa de la primera fuente y percibió el aroma de una gran variedad de pequeños entrantes.

Se dieron de comer mutuamente, riéndose. ¿Cuándo había hecho algo tan simple con una mujer y lo había pasado tan bien?

Nunca.

Bree tenía una manera de ver la vida muy refrescante. Incluso aunque no hubiese habido un millón de dólares de por medio, él habría estado muy contento con su elección.

La sopa era una *vichyssoise* con cebolletas. Después, solomillo tierno con verduras y patatas, bañado en salsa como plato principal. De postre, profiteroles, *éclairs* y tartas diversas. Gavin le lamió los labios a Bree para limpiarle la crema y después brindó por su matrimonio con una copa de Moet.

–Creo que deberíamos retirarnos al dormitorio –recogió la botella de champán y las dos copas–. Estaremos más cómodos allí.

Esperó mientras ella se ponía en pie. Estaba radiante, completamente diferente a la mujer que había conocido la primera noche en la gala. Ella había florecido desde que se habían conocido. Fueran donde fueran todo el mundo los miraba, y ella parecía cómoda y tranquila bajo la mirada de todos aquellos hombres envidiosos.

La cama estaba abierta y las sábanas blancas brillaban bajo la luz tenue. Bree se sentó en el borde y aceptó una copa de champán.

Gavin se sentó a su lado y le retiró una de las horquillas que le sujetaban el moño, permitiendo que escapara uno de sus tirabuzones.

Bree tiró con suavidad de uno de los lados de su pajarita y le retiró la prenda de seda del cuello.

–Es un juego de dos –dijo ella con brillo en la mirada.

La llama del deseo se apoderó de Gavin, pero él mantuvo la compostura y retiró otra horquilla del moño de Bree.

Bree le soltó el primer botón de la camisa. Después, el siguiente, y le acarició el torso con un dedo.

Gavin se excitó de golpe. Le levantó el cabello que le había soltado y encontró el tirante de su vestido. Lo retiró a un lado, la besó en el hombro y en el cuello e inhaló su aroma.

–Bree, me vuelves loco.

–Al parecer, lo bastante loco como para que te casaras conmigo.

–Soy el hombre más afortunado del mundo –encontró la cremallera del vestido en un lateral y se la abrió–. Por tener a la mujer de mis sueños entre mis brazos.

Le acarició los pechos con la palma de la mano y las deslizó hasta sus caderas para disfrutar de su cuerpo cubierto de raso. Con la respiración acelerada, la besó de manera apasionada.

Bree lo estrechó contra su cuerpo, apretando sus senos contra su torso y metiendo las manos bajo su chaqueta.

–Tu ropa me molesta –comentó al separarse de él.

Le quitó la chaqueta y le abrió la camisa del todo para quitársela también.

Atrapado por el deseo, Gavin ayudo a Bree a quitarse el vestido hasta que quedó tumbada en la cama, y contempló su cuerpo desnudo decorado únicamente por la ropa interior de encaje blanca que llevaba.

Le quitó el sujetador y dejó al descubierto sus pezones rosados. Después le bajó las bragas despacio, disfrutando de la curva de sus caderas y sus muslos. Su piel sabía a miel.

Bree se movió bajo su lengua juguetona y se incorporó para sujetarlo por la cintura. Se encontraron, piel contra piel, de forma deliciosa. Excitado, la besó mientras ella recibía su miembro en su húmedo interior.

Ella arqueó la espalda y gimió mientras la penetraba.

–Te quiero, Bree.

–Yo también te quiero, Gavin.

Con los cuerpos entrelazados bailaron de manera ardiente para celebrar la inesperada boda.

Daba igual cómo hubiera empezado, aquel romance llevaría a ambos hasta las estrellas.

Capítulo Seis

Hacer el amor despacio después de desayunar en la cama era una buena manera de comenzar el día. Bree sacudió las migas del cruasán de la cama y después acarició el torso de Gavin. Curiosamente, estar casada con él le parecía algo completamente natural. Quizá el sexo húmedo y apasionado había actuado como pegamento entre ambos.

–¿De qué te ríes? –preguntó él.

–De una broma privada.

–¿Y esas no deberían compartirse entre un matrimonio?

–No lo sé. Nunca he estado casada –sonrió.

–Yo tampoco. Supongo que eso significa que tendremos que crear las reglas a medida que pasa el tiempo. Regla número uno: tenemos que ducharnos juntos.

Bree sonrió.

–La ducha es lo bastante grande para los dos –Gavin la llevó en brazos hasta el mármol blanco. Abrió la puerta de la ducha y reguló la temperatura del agua, sujetando a Bree entre su brazo y la rodilla.

–Estás haciendo que me sienta demasiado delicada.

–Eres demasiado deliciosa –le mordisqueó el cuello y después la besó hasta llegar a su boca. El agua caliente mojó sus cuerpos y Bree le lamió las gotas de agua del pecho. Tenía la piel salada. Cuando él la dejo en el suelo, comenzó a besarlo de manera apasionada mientras el agua los cubría a ambos.

Se enjabonaron el cuerpo con un jabón de aroma de jazmín y se enjuagaron mutuamente con la mano. Entre las caricias de Gavin y su manera de mirarla, Bree se sentía como una diosa.

El deseo se había apoderado de cada poro de su cuerpo, manteniéndola en un estado de excitación constante. Gavin era corpulento y el agua caía sobre su piel color aceituna y sobre el vello varonil que resaltaba la musculatura de su pecho.

La acariciaba con las manos como si fuera un objeto preciado. Al parecer, no llegaba a saciarse de ella. Y la sensación era mutua. Ella nunca hubiera imaginado que pasar una mañana entera haciendo el amor con un hombre, y menos después de haber hecho el amor durante toda la noche. El placer que sentía era como una droga adictiva que hacía que no pudiera separarse de Gavin.

Se acariciaron con las manos y con la lengua hasta que la intensidad de la excitación era insoportable. Gavin la penetró y ambos alcanzaron el clímax casi inmediatamente, bajo el agua de la

ducha.

–Eres perfecta, Bree. Perfecta –gimió él, estremeciéndose entre sus brazos mientras descansaban contra la pared. Bree hacía todo lo posible por mantenerse en pie. Sus músculos se habían convertido en agua y su cerebro estaba demasiado lleno de felicidad como para poder pensar.

–Eres… Impresionante –ni siquiera podía describir al hombre que había puesto su vida patas arriba y la había hecho tan feliz. Más feliz de lo que nunca había imaginado posible. Era cierto que los sueños se convierten en realidad cuando uno menos se lo espera.

Pasaron ese día y el siguiente disfrutando de Sausalito. Un paseo en barco por la bahía, una exquisita comida francesa y una noche de baile en un club local.

En todos sitios parecía que la gente les sonreía como si brillaran de manera especial. Y probablemente así era.

«Todo es demasiado bueno como para ser cierto. Él es demasiado bueno para ser de verdad».

Cuando las dudas se apoderaban de ella, Bree las apartaba de su mente. Sólo eran sus viejas inseguridades, los años que había pasado siendo un patito feo que sólo interesaba a los hombres por su dinero.

Pero Gavin no necesitaba su dinero. Parecía no estar interesado en él. Ella podría ser pobre como un ratón de iglesia y no habría ninguna diferencia para él.

Ella se rió. Gavin, que iba caminando a su lado mientras subían a una colina, se volvió y le apretó la mano.

–Esta vez ni siquiera te voy a preguntar de qué te ríes.

–¿Por qué no?

–Porque lo sé –puso una amplia sonrisa–. Me siento exactamente de la misma manera.

De vuelta en San Francisco, Bree fue a su apartamento para recoger algunas cosas y llevarlas a casa de Gavin. Su apartamento era lo bastante grande para ellos dos y sus gatos ya habían encontrado un lugar acogedor donde tumbarse.

Oficialmente estaban viviendo juntos.

–¿Te das cuenta de que nunca he tenido la oportunidad de vivir en pecado? –le clavó el dedo despacito mientras estaban tumbados en la cama, después de pasar la primera noche en lo que sería su

casa temporal.

–Siento haberte privado de ello. Estoy seguro de que se nos ocurrirán otros pecados que cometer.

–¿No es extraño lo poco que ha protestado mi padre respecto a todo esto? No parecía nada sorprendido cuando le dije que íbamos a casarnos. Debes de caerle muy bien. No me había presentado a ningún hombre desde hacía mucho tiempo.

–Sabe reconocer a un buen yerno cuando lo ve.

–Sobre todo lo que es sorprendente es que no le haya importado que nos casáramos en Sausalito sin hacer una gran celebración. Normalmente es muy remilgado con cómo se hacen las cosas.

–A lo mejor se alegra de verte felizmente casada –Gavin le acarició un mechón de pelo.

–Supongo. Quizá se ha quitado un peso de encima al ver que ya no seré una solterona amargada que viviría en su casa durante el resto de su vida –sonrió ella–. Prefiero ser una mujer felizmente casada.

–Bueno, pues tu marido felizmente casado tiene que ponerse a trabajar –Gavin se separó de ella.

Al instante, Bree comenzó a echarlo de menos.

–No estoy segura de si voy a soportar estar separada de ti todo el día –frunció los labios y se tapó con las sábanas.

–Podemos comer juntos –Gavin salió de la cama y cruzó la habitación–. Quizá eso sea suficiente para evitar que te sientas abandonada.

–No. Seré fuerte –Bree apoyó la cabeza en la almohada con dramatismo–. Sé que tu trabajo es importante para ti y no quiero ser una distracción. ¿En qué tienes que trabajar hoy?

–Hmm. No estoy seguro. Se me ha olvidado todo lo relacionado con Maddox Communications.

–Será mejor que lo recuerdes antes de que Brock Maddox se dé cuenta. Me alegro de haber conocido a toda la gente con la que trabajas. Así cuando me hables de cómo te ha ido el día, sabré de qué me hablas.

–Sí –Gavin parecía distraído. Probablemente intentaba pensar en el trabajo después de haber pasado un fin de semana salvaje.

Ella no iba a ser una esposa que reclamara la atención de su esposo durante veinticuatro horas al día. Su intención era ser práctica y apoyarlo, y también centrarse en su propio negocio.

Un largo suspiro se escapó de sus labios.

–Creo que pasaré el resto del día fotografiando parejas –sonrió–. Siempre ha sido mi tema favorito. Ahora que yo también soy la

mitad de una pareja, incluso estoy más emocionada con la idea de capturar lo radiantes que están.

–¿Suelen decirte que sí cuando les preguntas?

–Sí. Las que son felices, sí. Las que no lo son no quieren que su imagen quede guardada para siempre.

–Entonces, espero que hoy encuentres un montón de parejas felices.

–Ninguna estará tan contenta como yo, eso seguro.

Bree se quedó en la cama después de que Gavin le diera un beso de despedida y se marchara a trabajar. Quizá después de recorrer las calles con la cámara durante un par de horas iría al laboratorio a revelar. Allí, en la oscuridad, podría mantener una estúpida sonrisa en el rostro y nadie se daría cuenta.

Miró el reloj, ¡eran casi las nueve! Las agencias de publicidad debían de empezar la mañana de manera relajada. Su padre solía estar en la oficina a las siete como muy tarde. Pero la banca era diferente, y la bolsa funcionaba a un ritmo completamente distinto.

De pronto, el sonido de una música llamó su atención. ¿Era el teléfono? Salió de la cama y se puso un batín. La música siguió sonando y cuando llegó al salón vio que había un teléfono inalámbrico sobre el escritorio de Gavin.

¿Debía contestarlo? Estaba en su nueva casa. Pero no era el teléfono de la casa. Gavin debía de tener una línea aparte para el trabajo. Decidió no contestar. Para empezar tendría que explicar quién era, ya que casi nadie sabía que Gavin y ella se habían casado. Lo mejor era esperar a que saltara el contestador.

Mientras dudaba, sonó la voz de Gavin seguida de un pitido. Ella se volvió para salir de la habitación puesto que no era asunto suyo. La voz hizo que se detuviera en seco.

–Buenos días, Gavin, ¿o debería llamarte hijo? –la voz de su padre la dejó de piedra.

¿Estaba llamando su padre? ¿Y por qué no? Se volvió hacia el teléfono para contestar.

–El dinero estará ya en tu cuenta. Un millón de los grandes. He hecho la transferencia hace cinco minutos.

Paralizada, Bree miró el teléfono y frunció el ceño. ¿De qué diablos estaba hablando? El miedo se apoderó de ella.

–Eres rápido. Pensé que te quedarían seis meses de cortejo por delante. Bree es un poco caprichosa en lo que a hombres se refiere pero veo que la has conquistado.

Ella se quedó boquiabierta y con el estómago encogido.

–Ahora podrás abrir tu agencia y darle a Bree el estilo de vida al

que está acostumbrada. Estoy seguro de que seréis muy felices –se rió.

A Bree le temblaban las manos pero no fue capaz de ponerse al teléfono y preguntar qué estaba pasando.

No era necesario. Era evidente lo que había sucedido.

Su padre había pagado a Gavin para que se casara con ella.

Cuando se cortó la llamada supo que aquello no era producto de su imaginación.

Todo era mentira. Cada palabra de amor, cada beso, cada caricia.

Negó con la cabeza y comenzó a respirar de forma acelerada.

¿Dinero? ¿Para qué quería él dinero? ¿No tenía un buen trabajo y un buen sueldo? Ella había conocido a sus compañeros. Aun así, había poca gente a la que no le viniera bien otro millón de dólares.

Un millón de dólares. Ése era su valor. Bastante alto, por cierto.

El llanto se apoderó de ella. ¿Y por qué un millón y no dos? ¿O doscientos mil? ¿O veinte? ¿O un pedazo de tarta de Stella´s?

Se cayó al suelo. Era de madera y se hizo daño en los codos y en las espinillas, pero el dolor no era nada comparado con la agonía que sentía por dentro.

«¿Cómo pudiste ser tan idiota y pensar que él te quería por ti misma?».

–¡Idiota! –gritó, y la palabra rebotó en las paredes.

Al principio había sospechado, pero sus dudas y temores se habían disipado con los besos y las palabras bonitas. En menos de dos semanas él la había seducido para llevarla al altar, y todo por la promesa de una buena recompensa económica.

Bree se acurrucó haciéndose una pelota en el suelo. ¿Qué podía hacer? No podía irse a casa y enfrentarse al padre que la había vendido como si fuera una antigüedad que ya no quería en su colección.

Tampoco podía ir a ver a sus amigas. Las había llamado desde Sausalito para decirles que acababa de casarse. La mayoría se había quedado sorprendida. ¿Y cómo no? Nadie en su sano juicio se casaría con Bree Kincannon a no ser que hubiera un incentivo añadido.

¿Y lo sabría todo el mundo de la oficina de Gavin?

No. Debía de ser un trato privado entre su padre y él. No era el tipo de cosas que interesaba que la gente supiera. Casarse con una mujer por dinero era, como poco, sórdido.

Bree se sentó y se abrazó las piernas. Seguramente ella fuera la única persona que lo supiera, aparte de Gavin y de su padre, por

supuesto.

Las lágrimas rodaron por sus mejillas y, de pronto, recordó que había permitido que Elle la arreglara y la convenciera de que podría atraer a un hombre como Gavin…

¿Estaría ella metida en aquello también? La idea la dejó helada. Se había hecho amiga suya de manera inmediata. ¿Le habría encargado Gavin que convirtiera a su futura esposa en una mujer de la que no tuviera que avergonzarse en público?

Bree se mordió los nudillos. Todo tenía sentido. Gavin le había presentado a Elle y lo había planeado todo. Bree agarró el teléfono y se enfadó al comprobar que Elle estaba grabada en la lista de contactos. Apretó el botón de marcar y se puso en pie, furiosa.

–Elle Linton.

–Soy Bree –dijo con tono serio.

–¿Bree? –Elle parecía sorprendida–. ¿Cómo estás?

–¿Que cómo estoy? –Bree empezó a caminar de un lado a otro–. Veamos. Acabo de descubrir que mi marido se ha casado conmigo por dinero. ¿Cómo crees que puedo estar?

–¿Qué? –preguntó Elle con sorpresa.

–No hagas como si no lo supieras. Ya comprendo por qué pusiste tanto empeño en arreglarme el cabello y en que me comprara ropa. Gavin te lo pidió.

–No tengo ni idea de qué estás hablando. ¿Estás bien? Pareces un poco…

–¿Loca? –soltó Bree–. Sí. Creo que tienes razón. Y no, creo que no estoy bien. De hecho, nunca en mi vida me he sentido peor.

–Espera un momento, por favor.

Bree se contuvo para no colgar el teléfono. Pero por supuesto que no podía colgar, era la vieja Bree y eso era de mala educación.

–Lo siento –dijo Elle momentos después–. Mi mesa está muy cerca del despacho de Brock y no hay intimidad. Ahora estoy en el baño. No tengo ni idea de qué me estás hablando.

–Por supuesto que sabes de qué te hablo. Yo misma te llamé desde Sausalito para darte la noticia.

–Lo sé, y me alegro muchísimo por vosotros.

–¿Por qué? ¿Te llevarás parte del dinero?

–¿Qué dinero? Espera, Bree, no sé de qué estás hablando.

–Del dinero que mi padre le ha pagado a Gavin para que se case conmigo.

Una vez que se lo había contado a otra persona y que lo había dicho en voz alta, la realidad se volvió insoportable. Entró en la habitación donde las sábanas todavía estaban calientes y arrugadas

debido a su último encuentro.

–No puedo creerlo –susurró Elle con sorpresa.

–¿No lo sabías?

–Te prometo que no. Conozco a Gavin como compañero de trabajo, pero no sé nada de su vida privada.

–Tu número está grabado en este teléfono.

–Soy la secretaria de Brock. Él me llama todo el rato para concertar reuniones.

–Así que no sabías nada de todo esto.

–Ni la más remota idea, Bree.

–¿Nunca me has mentido acerca de nada?

Se hizo un silencio.

–No sobre esto. Estaba convencida de que a Gavin le gustabas de verdad. ¿De dónde has sacado la idea del dinero?

–Oh, sólo por el mensaje que le ha dejado mi padre acerca de la transferencia que le ha hecho.

–Bree, lo siento. No tenía ni idea.

–¿Y por qué has dudado tanto cuando te he preguntado si me habías mentido?

–Tengo mi propio secreto. Ojalá no lo tuviera porque está haciendo que la mentira sea parte de mi vida diaria. Tengo una aventura con mi jefe.

–¿Con Brock Maddox? –Bree no ocultó su sorpresa.

–Sí. Desde luego no era mi intención, pero sucedió y ahora todo es muy complicado. Ojalá pudiera contarte más, pero es mejor que no lo haga.

–Estoy segura –Bree negó con la cabeza.

–¿Lo quieres?

La pregunta de Elle la sorprendió.

–No.

–¿Ni un poquito?

–Lo amaba locamente hasta hace cuatro minutos. ¿Te ha quedado claro?

–Uno no puede amar y dejar de amar así como así. Nadie lo sabe mejor que yo –la voz de Elle era de arrepentimiento–. Debes de seguir enamorada de él, de alguna manera, a pesar de la rabia y del dolor que sientes.

–Estoy segura de que así es. Soy así de tonta. Gavin es un buen hombre. Tiene que haber algo más en esa historia. Quizá ese pequeño descubrimiento no tenga por qué arruinarlo todo. A lo mejor sólo es un escollo que se puede superar.

–¿Qué aceptara dinero de mi padre? Eso es demasiado para

superarlo.

–¿Por qué no le das una oportunidad?

¿Podría hacerlo? La posibilidad se encendió como una bombilla en la cabeza de Bree, como las luces del Golden Gate. ¿Podría salvar su relación de todas maneras? ¿Podrían ser felices y abrazarse durante la puesta de sol?

Las lágrimas se agolparon en los ojos y comenzaron a rodar por las mejillas.

–Elle, no lo comprendes. Toda mi vida ha sido así. Siempre he sabido que los hombres sólo estaban interesados en mí por el dinero que heredé de mi madre. Me enamoré de Gavin porque pensaba que era diferente. Pero no es mejor que el resto. Es mucho peor.

–Quizá te quiere de verdad, a pesar del dinero. Cada vez que te mira expresa adoración. Nunca lo había visto así y, como podrás imaginar, no le faltan mujeres alrededor. No te diría esto si no lo pensara, pero creo que te quiere de verdad.

–Supongo que hay una pequeñísima posibilidad de que tengas razón.

–Él gana un buen sueldo e incentivos. Lo sé porque hago los registros. No necesita casarse contigo por dinero. Creo que deberías aguantar y descubrir qué pasa antes de arruinar una buena oportunidad de ser feliz. A veces la vida es más complicada de lo que parece, pero eso no significa que no merezca la pena.

–No sé si puedo filosofar ahora, pero no me apresuraré –Bree frunció el ceño–. Al menos, quiero oír su versión de la historia.

–Quizá vuestra relación se fortalezca después de pasar por esto.

–Lo dudo mucho, pero intentaré mantener la mente despejada –Bree se pasó la mano por el cabello–. No se lo cuentes a nadie.

–No te preocupes. Debido a circunstancias desafortunadas me he vuelto muy buena guardando secretos.

Bree colgó el teléfono, borró el mensaje que había dejado su padre y limpió las huellas como si fuera una delincuente.

Cuando el teléfono sonó de nuevo, contestó, temiendo descubrir más secretos acerca de su marido.

Su marido. La palabra que la había llenado de felicidad momentos antes sólo significaba tristeza y dolor.

La llamada era del hotel de Sausalito. Las fotos de la boda estaban listas y se las habían enviado por correo. Fotos de ella sonriendo como una tonta enamorada, agarrada del brazo del hombre que se había casado con ella por dinero.

La gran pregunta era qué debía hacer cuando él regresara a la casa aquella noche.

Capítulo Siete

El sonido de la llave en la cerradura hizo que Bree sintiera ganas de cerrar los ojos con fuerza durante un instante, pero no quería estropear su maquillaje. Acababa de ponérselo para asegurarse de que no lloraría.

–Hola, cariño –dijo Gavin con ternura.

–Hola –contestó ella, tratando de parecer entusiasmada, como si no tuviera ni idea de que la habían comprado por dinero–. ¿Qué tal tu día?

–Muy bien –Gavin colgó la chaqueta en el armario y se acercó a Bree con los brazos abiertos.

Ella trató de no ponerse tensa, estiró los brazos y se acercó a él.

–¿Qué tal el tuyo? –le preguntó Gavin.

–Bien –comentó, acerca del peor día de su vida–. He hecho lasaña para cenar –se volvió antes de que él pudiera ver la expresión de su rostro.

–Mmm, fantástico. He estado tan ocupado que ni siquiera he comido, así que menos mal que no quedamos.

–¿Algo emocionante en Maddox?

–En cierto modo sí –su tono hizo que Bree se volviera.

–¿Sí?

–Me marcho –dijo con una sonrisa.

Ella se quedó de piedra.

–¿Dejas Maddox Communications? –un millón de dólares no era suficiente para retirarse en San Francisco. ¿Quizá el pensaba vivir de su dinero?

Bree se dirigió a la cocina para vigilar la lasaña. Cocinar la había ayudado a no pensar tanto en Gavin aquella tarde.

–Estás sorprendida, ¿verdad? –Gavin la siguió hasta la cocina. Su presencia llenó la habitación y ella tuvo que luchar contra el deseo que la invadía.

–Sí. Pensé que te gustaba trabajar allí –no lo miró y continuó ocupándose con el plato que tenía en el horno.

–Era un buen lugar para crearme una reputación, pero ahora estoy preparado para montármelo por mi cuenta –se acercó y la rodeó por la cintura.

–Cuidado. Quema –ella trató de retirarse de su lado.

–Entonces no haberte puesto tan irresistible. No es justo que te hayas puesto un vestido así y que no dejes que te toque.

Una ola de excitación la invadió al notar la mano de Gavin en la cadera. El vestido que llevaba era uno de los que había comprado

con Elle.

–No quiero quemarme –«ya me he quemado bastante por hoy».

–Está bien, pondré la mesa.

–Ya está puesta –tenía todo planeado y organizado a la perfección–. ¿Por qué no te sientas? Ya casi está listo –consiguió mantener la calma y parecer animada. Sirvió la comida con una sonrisa. Quería tener buen aspecto para que él no supiera que estaba destrozada por dentro–. ¿Por qué vas a dejar Maddox Communications?

–Para empezar mi nueva empresa –dijo él con una amplia sonrisa.

Bree tragó saliva y se sentó. Todo cobraba sentido.

–¿Qué tipo de empresa?

–Una agencia de publicidad. Boutique, muy creativa y especializada en marcas innovadoras –sus ojos tenían un brillo de confianza que provocó que ella se enfureciera.

–¿No es un proyecto arriesgado? Debe de ser muy difícil ahorrar dinero para una inversión así.

Gavin dejó de sonreír.

–Sí, sin duda lo es, pero tengo muchos años de experiencia y confío en mi capacidad para hacer que funcione –estiró el brazo y le agarró la mano–. Contigo a mi lado no hay forma de que pueda fracasar.

Sus palabras sonaron vacías en el aire. El día anterior la habrían llenado de orgullo. Pero ese día le sonaban falsas. Pura mentira.

Por supuesto, en cierto modo, decía la verdad. Era difícil fracasar si se recibía el apoyo de uno de los inversores más importantes de San Francisco y éste le había dado el dinero como recompensa por haberse casado con su hija.

–¿Y vas a llevarte clientes de Maddox?

Gavin hizo una pausa.

–Me encantaría, pero no lo considero ético.

–No te gustaría hacer nada que no fuera ético –«como casarte por dinero»–. Es mejor hacer las cosas con sinceridad, a la manera de siempre –«como casarse por dinero». Al fin y al cabo, lo que él había hecho no era tan extraño. Bree estaba segura de que todos sus antepasados se habían casado por dinero. Eso explicaría por qué había tanto en su cuenta bancaria. ¿Estaba intentando disculparlo? –¿Y dónde piensas buscar los clientes?

–Hay un par que se fueron de Maddox y a los que tengo intención de ir a buscar. Y desde que dicho que voy a montármelo por mi cuenta, he creado expectación.

–Ah. ¿Hace cuánto tiempo que has ido diciendo que vas a montar tu propia agencia? –quizá llevaba algún tiempo trabajando en ello y en realidad no tenía nada que ver con ella y con su dinero. Quizá fuera rico sin más.

Quizá la amara de verdad.

–Durante los dos últimos días. Llevo planeándolo mucho tiempo pero esperaba a que llegara el momento adecuado.

–Ah –clavó el tenedor en una hoja de lechuga–. Me alegro de que haya llegado –lo miró con frialdad.

Él ni siquiera se dio cuenta y simplemente sonrió.

–Es la culminación del sueño de toda una vida. He querido tener mi propia empresa desde que era un niño. En aquellos momentos no tenía ni idea de que sería de publicidad, pero es lo que verdaderamente me gusta.

A Bree quien le gustaba era Gavin. Su entusiasmo era contagioso. Casi deseaba que su empresa fuera un éxito para poder disfrutar de la sonrisa triunfal que iluminaba su rostro.

–¿Y qué hay del dinero? ¿Irás apurado cuando despegue el negocio?

Gavin dudó un instante y la miró como si le sorprendiera su pregunta. Y ¿por qué una heredera iba a preguntarle al hombre que amaba sobre el dinero? ¿No podía entregarle unas bolsas con lingotes de oro?

Entonces, él se apoyó en el respaldo de la silla y la miró con satisfacción.

–Tengo un buen fondo para comenzar. Suficiente como para alquilar una oficina, pagar a los trabajadores y mantener el negocio durante seis meses aunque me lleve todo ese tiempo encontrar clientes.

–Vaya. Lo tienes todo muy bien planeado.

–Ayuda el hecho de que tener a uno de los mejores directores de arte del país dispuesto a trabajar conmigo. Espera a conocer a Tom, sé que le caerás bien. También hace fotografía, collage sobre todo, y apreciarás su trabajo en cuanto lo veas. Va a traer a un par de personas clave de la agencia en la que está ahora.

–Seguro que no estarán muy contentos.

–La publicidad es un mundo donde hay mucha competencia. Se crean agencias, se fusionan, se ganan y se pierden clientes. Es parte del negocio. Uno es sólo igual de bueno que su mejor cliente.

–¿Y a quién esperas enganchar como mejor cliente?

Gavin ladeó la cabeza y la miró de manera atrevida.

–Te reirás si te lo digo.

–Reírme me sentará bien.

Él dudó un instante.

–No. Deja que te sorprenda cuando lo haya enganchado de verdad.

–Estupendo. Me encantan las sorpresas –él no se percató del sarcasmo que había en su voz. ¿Cómo podía seguir aquel juego con tanta naturalidad? ¿Cómo podía cenar con tanta tranquilidad cuando su matrimonio era una farsa? ¿De veras tenía la intención de pasar el resto de su vida con ella, o no era más que una manera de financiar su negocio hasta que despegara?

Después, probablemente la dejaría tirada en la cuneta y se buscaría una rubia delgada que pudiera mostrar en las ceremonias de premios.

Sin duda, eso era lo que tenía en mente. No iba a pasar el resto de su vida atado a una regordeta insulsa. Y menos cuando ya tuviera su dinero y no necesitara el de ella.

Bree se metió un poco de lasaña en la boca para calmar el flujo de palabras de indignación que llegaba a su boca. Por un lado quería decirle que lo sabía todo y que estaba muy disgustada por que la hubiera engañado para casarse con ella. Durante un momento se imaginó poniéndose de pie y gritándole que se acababa.

Pero el sentido común se apoderó de ella. No podía escupir todo su dolor y vergüenza. Eso le daría a Gavin poder sobre ella. Probablemente le dijera que estaba equivocada y que en realidad la amaba y, con lo tonta que era, ella probablemente lo creyera.

No. Tenía un plan mejor. Jugaría su propio juego.

Le haría creer que todo iba bien. Que su feliz esposa estaba en casa jugueteando con sus fotos mientras él se comía el mundo. Le seguiría el juego, lo apoyaría, fingiría que lo amaba y que lo adoraba tal y como él esperaba.

Entonces, cuando menos se lo esperara, le diría que sabía la verdad y lo echaría de su vida.

–Una lasaña deliciosa, Bree.

–Gracias –forzó una amplia sonrisa–. Me gusta con salsa bechamel en lugar de con ricotta. Me parece más auténtica.

–No puedo creer que aparte de todo lo demás seas una magnífica cocinera también.

–Bueno, me gusta cocinar. Podrías decirme cuáles son tus comidas favoritas para que pueda prepararlas.

Quizá así se enamorara de ella de verdad. Se suponía que la comida era la manera de llegar al corazón de un hombre. Después

del dinero, claro.

La venganza sería dulce si él se enamoraba de ella de verdad antes de que le revelara su secreto.

–Me encanta el marisco –dijo él, con brillo en la mirada–. Y las barbacoas. Tenemos que montar una en el balcón. Me gusta hacer gambas.

–Suena delicioso. Quizá cuando nos compremos la casa nueva podemos montar un comedor exterior –sonrió con dulzura.

–Me encanta esa idea. He sido demasiado perezoso como para invitar a gente viviendo aquí solo. Normalmente salgo por ahí. Pero cuando tengamos una casa de verdad invitaremos a amigos a menudo –se inclinó hacia delante, disfrutando de su idea de futuro con ella.

Parecía divertido. Los amigos reunidos para comer en el jardín. Qué lástima que nada fuera real. Ambos estaban jugando, fingiendo, manteniendo una farsa.

–Este aliño para ensalada es sensacional –dijo él después de meterse un poco en la boca.

«¿Cómo puedes seguir sintiéndote atraída por él?».

–Es el aceite de oliva. Lo compro en Sonoma, a un chico que tiene un huerto. No hay nada que sepa igual.

–Tenemos que ir allí juntos.

–Por supuesto.

–Aun así, no sólo es el aceite, también la mezcla de especias. Tienes mucho talento.

–Oh, tengo todo tipo de talentos ocultos –se tocó los rizos y sonrió–. No tienes ni idea –ella misma se sorprendía de ser capaz de mantenerse con tanta frialdad. Quizá sí que tuviera facetas ocultas que pudiera descubrir con aquel desastroso incidente.

Como la capacidad de organizar la venganza de un hombre que había hecho que su peor pesadilla se convirtiera en realidad.

Esa noche, cuando Gavin comenzó a acariciarle el cuerpo bajo las sábanas, ella cedió ante sus caricias. No le resultó difícil. De hecho, le habría resultado imposible no hacerlo. El deseo seguía albergado en su interior. Un día antes lo habría llamado amor, pero se daba cuenta de que era algo puramente físico.

Lo abrazó y disfrutó del calor de su piel contra su cuerpo. Se había sentido muy sola durante todo el día. ¿Sería malo que disfrutara del sexo antes de empezar a odiarlo de nuevo?

Mientras se movían a la vez disfrutó de ello como si fuera un baile. ¿No había gente que hacia aquello todo el rato sin darle ninguna importancia?

Gavin habría sospechado si ella lo hubiera rechazado. Tampoco es que ella tuviera la fuerza de voluntad para hacerlo.

Cuando él la beso en la boca, ella le devolvió el beso con pasión. Al llegar al clímax, lo agarró con fuerza. «No significa nada», se recordó. «Lo olvidarás».

Al menos, lo intentaría.

Gavin se puso su mejor traje para el día en el que iba a tener reuniones importantes. Por algún motivo, estar casado le daba una mayor estabilidad y le resultaba más fácil salir a comerse el mundo. Había notado que Bree estaba un poco nerviosa en los últimos días. Quizá le preocupaba que él fuera a montar su propia agencia. Con suerte, pronto podría tranquilizarla diciéndole que ya tenía clientes.

Por supuesto, podía tranquilizarla en ese mismo momento diciéndole que tenía abundantes fondos para empezar, pero no estaba seguro de cómo reaccionaría ella ante el trato que él había hecho con su padre.

El sentimiento de culpa se apoderó de él. Deseaba haber podido hacer todo aquello sin dinero, pero no se podía empezar un negocio sin capital.

La compensaría siendo un marido ejemplar.

Besó a Bree después de disfrutar del delicioso desayuno que ella le había preparado a base de huevos, beicon y pan. Por algún motivo, ella iba vestida de punta en blanco, con un vestido verde que acentuaba sus curvas.

–Estás preciosa, como siempre. Te veré en la fiesta de esta noche.

Ella ladeó la cabeza.

–¿Qué fiesta?

–Creí que te lo había dicho. Hay una gran fiesta para celebrar el nuevo contrato de Reynolds Automotive.

–No, no me has dicho nada.

–Hmm. No estaba seguro de cómo reaccionaría Brock ante la noticia de que iba a marcharme. Quizá medio pensaba que él me habría sacado de la oreja a estas alturas.

–Me sorprende que no lo haya hecho –Bree arqueó una ceja.

–Dice que confía en mí. En la agencia han sucedido algunas cosas extrañas últimamente, alguien ha filtrado información a una empresa rival, y yo lo ayudé a solventar los problemas que le han causado. También le ayudé a ganar la cuenta de Reynolds, así que quiere que antes de que me vaya trabaje un poco más.

–Está bien tener un jefe que tiene tan buen concepto de ti.

–Gavin levantó la vista. Le parecía haber percibido cierto sarcasmo en el tono de Bree. No. No podía ser. Su encantadora sonrisa iluminaba la habitación.

–Sí. Estoy seguro que hay gente que opina que estoy loco por haber decidido marcharme, pero tarde o temprano todo llega a su límite natural.

–¿Incluso el matrimonio? Lo miró a los ojos fijamente.

Él esbozó una sonrisa.

–Hasta que la muerte nos separe. Ése es el único límite natural que veo –la besó en la mejilla. ¿Se había puesto tensa cuando él la había abrazado?

Era una lástima que tuviera que marcharse. Tenía una reunión a la hora del desayuno con el director de marketing de Argos Shoes, una cuenta por la que daría casi cualquier cosa para ganarla. Incluso estaba preparado para desayunar dos veces, puesto que no había querido rechazar el maravilloso desayuno con el que Bree lo había sorprendido.

–Sí, supongo que tienes razón –lo miró–. Con suerte, eso queda muy lejos, aunque supongo que nunca se sabe.

–Esta mañana estás un poco negativa.

Ella se encogió de hombros y el vestido verde se pegó a su cuerpo, resaltando sus senos. Gavin tuvo que contener el deseo que lo invadió por dentro.

–Será mejor que salga de aquí antes de que me distraiga y me pierda la reunión. Adiós, amor mío.

La besó y se dirigió hacia el ascensor. Si todo salía bien, la nueva agencia empezaría a funcionar y él podría calmar los temores de Bree.

Bree se apoyó contra la puerta en cuanto Gavin la cerró. Aquella mañana no había sido capaz de ocultar sus emociones demasiado bien. Se había maquillado y se había puesto un vestido bonito, había preparado un buen desayuno y había sonreído como un maniquí, pero no había sido capaz de ocultar el dolor y el miedo que sentía por dentro.

Hacer el amor con Gavin la noche anterior no la había ayudado demasiado. La intimidad sólo le había recordado todo lo que perdería cuando apartara a Gavin de su vida. Había sido feliz sola porque nunca había conocido otra cosa. Sin embargo, a partir de entonces intentaría disfrutar de todos los placeres que

proporcionaba tener pareja y que perdería.

Ali se restregó contra sus piernas.

–Lo sé, princesa, es la hora de tu inyección. Sigues siendo mi primer amor. No debería haber pedido más –el gato la miró como asintiendo–. Y al menos os tendré a Faith y a ti cuando él se vaya –se agachó y le acarició el lomo–. Eso será más que suficiente.

Se quitó los zapatos de tacón que se había puesto para ser doña perfecta. ¿Cómo había permitido que la embaucaran en aquello? ¿Y además tendría que actuar como la esposa perfecta en una fiesta con todos los amigos y compañeros de Gavin? Deseaba llorar.

Quizá eso era lo que debía hacer. No podía sentarle mal. De ese modo, descargaría y podría sonreír durante toda la noche del brazo de Gavin Spencer.

Después de que Bree se comportara de manera extraña aquella mañana, Gavin decidió ir a recogerla a casa para ir juntos a la fiesta. Le preocupaba que ella se sintiera abrumada por su nueva vida, y se sentía culpable por haber anunciado el drástico cambio de profesión tan pronto, después de la boda. Debería haberle dado más tiempo para acostumbrarse. Y teniendo en cuenta que algunos de sus compañeros de trabajo estaban un poco sorprendidos con la noticia, decidió que lo mejor era que fueran juntos a la fiesta para que ella no llegara primero y la acribillaran a preguntas antes de que él llegara.

–Estás preciosa, como siempre –hizo una pausa para mirarla, junto a la puerta de la casa.

Bree se había puesto un vestido largo de rayas blancas y negras muy finas, que se amoldaba a su cuerpo a la perfección.

–Gracias. He ido de compras.

Sus ojos verdes brillaban al mirarlo. O a lo mejor él lo estaba imaginando. Bree parecía más alta que otras veces, y Gavin se fijó en que llevaba unos zapatos de tacón alto.

–Menos más que soy alto, si no, a tu lado me quedaría a la sombra –sonrió.

Ella sonrió también.

–Ahora que estoy casada no tengo que preocuparme por el hecho de que nadie baile conmigo porque sea demasiado alta.

–Un comentario interesante –estaba preciosa. Su altura servía para enfatizar su silueta y su aspecto, sobre todo los magníficos tirabuzones, que le caían sobre los hombros.

De pronto, Gavin se percató de que ella había ido de punta en

blanco en todo momento, incluso para la cena que habían compartido en casa la noche anterior.

–No tienes que ir arreglada en todo momento. Está bien que te relajes y te pongas algo con lo que te sientas cómoda.

Ella ladeó la cabeza.

–¿Crees que debería ponerme el vestido que llevaba cuando nos conocimos?

Él sonrió.

–Bueno, puede que ese no. Pero no quiero que pienses que tienes que ir arreglada todo el rato.

–No pasa nada. Me visto como me gusta –alzó la barbilla.

–Mientras sea porque te gusta, me parece bien –¿quién no iba a querer a una mujer con ese aspecto tan fantástico? No podía comprender cómo nadie se había casado con ella antes que él. Su padre debía de estar loco al pensar que Bree necesitaba ayuda para encontrar marido.

Y ya le había hecho la transferencia. Gavin lo había visto reflejado en la cuenta que había abierto para ello. Un millón de dólares, una cifra de siete números, había aparecido en la pantalla del ordenador. ¿Podía la vida ser mejor?

Le ofreció el brazo a Bree y ella se agarró a él.

–Vamos a comernos el mundo.

El restaurante Iron Grille estaba en la primera planta del edificio donde se encontraba la agencia. La música invadía el local y los camareros servían aperitivos entre los asistentes.

–¡Oh, Gavin!

Gavin puso una mueca al ver a Marissa acercándose a él con sus tacones y su melena rubia.

–Cuéntamelo en secreto, cariño. ¿A qué clientes te vas a llevar?

–Marissa, creo que ya conoces a mi esposa Bree.

Marissa miró a Bree de arriba abajo.

–Enhorabuena por tu gran pesca, cariño –después se volvió para mirar a Gavin–. ¿O debería felicitarte a ti, querido? He oído que Bree es de familia rica.

Bree se quedó boquiabierta. Incluso él se había quedado sin habla.

–Marissa, tienes suerte de ser una diseñadora con talento, de otro modo no te aguantaría nadie.

–¡Cierto! –sonrió ella–. Pero dime, ¿a quién te llevas? ¿O eres tú el espía que todo el mundo ha estado buscando durante todo el año?

Gavin corría el riesgo de perder la calma si no se apartaba de

aquella mujer.

–Bree, vamos a tomar una copa. Empiezo a necesitarla.

Bree parecía asustada, y no era de extrañar ya que Marissa causaba ese efecto en la gente.

–Oh, ve a por tu copa, querido –Marissa se despidió con la mano–. Logan no cree que tú seas el espía. Y él lo sabría.

Al oír el nombre de otro empleado favorito de Maddox, Gavin se detuvo en seco.

–¿Logan? ¿Qué tiene que ver él con esto?

–¿No lo sabías? –frunció los labios–. No es ejecutivo de cuentas. Es un detective privado.

–Eso explica algunas cosas sobre su manera de comportarse –Gavin frunció el ceño–. ¿Brock lo contrató para encontrar el origen de las filtraciones? –no podía creer que se hubiera enterado de aquello por Marissa. ¿Por qué no se lo había contado Brock?

–Ya ves, querido. Y por tu cara de sorpresa veo que no te ha confiado esa información. Debes de haber figurado en su lista de sospechosos –miró a Bree con una sonrisa altanera–. Ten cuidado con éste, cariño. Las apariencias engañan –le guiñó un ojo a Gavin–. Aunque a primera vista no es nada malo.

Se volvió y desapareció entre los invitados.

Bree se quedó mirándola.

–Brock debería deshacerse de ella. Una persona así es peligrosa para la empresa.

–Así que, aparentemente, hay un espía. ¿A qué se refería con eso? –preguntó Bree.

–Alguien ha estado filtrando secretos de la empresa a sus competidores. Lleva pasando algunos meses, y nadie sabe quién es.

–Parece que Brock pensó que pudieras ser tú.

La mirada de Bree indicaba preocupación, ¿o sospecha? A Gavin le invadió una incómoda sensación.

–Supongo que tendría que sospechar de todos nosotros, aunque te aseguro que yo preferiría morir antes de traicionar a mi jefe.

Bree ladeó la cabeza y lo miró con los ojos entornados.

–No. La gente entra y sale de esta empresa todo el rato. Es lo habitual.

Bree puso una tensa sonrisa. ¿De veras pensaba que él era capaz de traicionar a la empresa? ¿Qué pasaba con ella?

–Creo que ambos necesitamos un vino. O incluso champán.

–No puedo estar más de acuerdo.

Gavin pasó el resto de la fiesta convenciendo a la gente de que no tenía intención de robarle clientes a Maddox para su nueva

empresa. Algunas personas se sorprendieron de que estuviera allí. Todo el mundo rumoreaba acerca de que Logan Emerson fuera un detective privado, pero nadie sabía si había descubierto al espía.

En un momento dado, Elle agarró del brazo a Bree y se la llevó. Le dijo a Gavin que iban a tener una conversación de mujeres y que ella la llevaría a casa. Gabin se sintió aliviado, ya que parecía que Bree estaba muy tensa. Aparte del drama de que él dejara la empresa y de los rumores de que había un espía, la fiesta fue agotadora. Media hora después, Gavin se dirigió a las oficinas de Maddox para recoger sus cosas. Estaba preparado para dejar atrás Maddox Communications y comenzar de cero.

Al bajar del ascensor en la sexta planta, sonrió al guarda de seguridad.

–¿Está cerrado? Necesito que me dejes entrar. He entregado mi llave.

–El señor Maddox me dijo que vendría. Está dentro.

–¿Brock está en el despacho?

–Lleva allí toda la noche. Hace un rato me mandó a por su cena, y me dijo que no le molestara nadie excepto tú. También me pidió una botella de whisky –el guarda arqueó las cejas.

Gavin frunció el ceño. ¿Qué estaba pasando? No soportaba tanta intriga. Abrió la puerta que daba a las oficinas.

–¿Brock?

–Estoy aquí –dijo su jefe–. Pasa.

Él cruzó a oscuras hasta el despacho de Brock. Su jefe estaba sentado en su butaca de piel tras el escritorio, y tenía el rostro demacrado.

–No sabía que te afectaría tanto que me marchara –dijo Gavin.

–Créeme, eres el menor de mis problemas.

–Sabes que yo no soy el espía, ¿no?

Brock se pasó la mano por el rostro.

–Sería más fácil si lo fueras.

Gavin cruzó la habitación y agarró una silla.

–¿Sabes quién es?

Brock respiró hondo.

–Claro que lo sé. El detective que contraté ha encontrado pruebas irrefutables.

–Tanta intriga me está matando.

–Es Elle.

–¿Tu secretaria?

–¿Conoces a alguna otra Elle?

–Pero si estaba en la fiesta hace un momento. Bree se ha

marchado con ella –el pánico se apoderó de él. ¿Qué estaba pasando?

–Todavía no le he dicho que lo sé.

–¿Por qué no?

–Somos amantes –Brock agarró un vaso y bebió un trago de whisky.

–¡Cielos!

–¿Qué te sorprende más? ¿El hecho de que tenga una aventura con mi secretaria o que ella sea una espía? –arqueó una ceja y penetró a Gavin con la mirada de sus ojos azules.

–Pero ¿por qué?

–Imagino que preguntas por qué nos ha estado espiando. No vas a creerlo. Es la nieta de Athos Koteas.

Athos Koteas dirigía Golden Gate Promotions, un rival para Maddox en el ámbito de la publicidad.

–¿De veras crees que la han enviado para sabotear tu empresa?

–Lo sé. Y he sido lo bastante idiota como para permitirle el acceso a nuestros archivos, incluso a la información más confidencial, y a mi cama. Ha estado boicoteando nuestras operaciones y dándole a Golden Gate información sobre nuestros mejores clientes durante meses.

Gavin suspiró.

–Imagino que vas a despedirla.

–Ahora no sé qué diablos hacer –sus ojos brillaban de dolor–. Crees que conoces a alguien y entonces…

Gavin blasfemó en voz alta.

–Sabes, le he presentado a Elle a Bree. Incluso han pasado tiempo juntas los fines de semana. Me preocupa que la haya embaucado en algo –eso explicaría por qué Bree estuviera tan tensa.

–No tengo ni idea de cuánto daño nos ha hecho, y siempre pensé… –Brock se calló un momento–. No sé lo que pensé. Mujeres. Será mejor que tengas cuidado, Gavin. Nunca se sabe qué es lo que tienen en la cabeza.

Capítulo Ocho

Bree estaba caminando de un lado a otro del apartamento cuando Gavin llegó a casa, poco antes de la medianoche. Elle había intentado consolarla y convencerla de que Gavin merecía una segunda oportunidad, pero en aquellos momentos ella estaba demasiado dolida como para intentar cualquier otra cosa que no fuera sobrevivir a la noche.

–Hola, Bree –Gavin cerró la puerta.

–Hola, Gavin –dijo con voz temblorosa, forzando una sonrisa–. ¿Qué tal el resto de la fiesta?

Él frunció el ceño.

–Muy interesante. ¿De qué has hablado con Elle cuando os marchasteis?

Bree se quedó de piedra. ¿Elle le había contado a Gavin que ella sabía que había hecho un trato con su padre?

–Te lo pregunto porque Brock ha descubierto que Elle es el espía de Maddox –dejó la chaqueta sobre una silla y se dirigió al dormitorio.

–¿Qué? –preguntó Bree. El puzzle de su nueva vida se estaba rompiendo y ni siquiera tenía todas las piezas.

–Brock tenía a un detective trabajando en la empresa. Ha estado vigilando y siguiendo a los empleados desde hace semanas, haciéndose pasar por un ejecutivo de cuentas. Un pésimo ejecutivo de cuentas, he de añadir. Yo no podía comprender por qué Brock no lo despedía –sacó un refresco de la nevera y lo abrió–. ¿Quieres uno?

–No. ¿Elle es una sinvergüenza?

–No sé si ha incumplido la ley pero, sin duda, ha perdido la confianza de Brook.

–Pero ellos… –sintió que se sonrojaba. Quizá Gavin no sabía nada acerca de la relación íntima que mantenían.

–Están liados. También me lo ha contado él. Quizá ella lo planeó así para que él no sospechara.

Bree se dirigió al sofá y se sentó.

–¿Te ha intentado sonsacar alguna información? –preguntó Gavin, acercándose a ella.

–¿Elle? No creo. ¿Qué tipo de información iba a querer?

–Sobre las cuentas de Maddox, supongo.

–No sé nada acerca de eso. ¿Cómo iba a saberlo yo?

Él se volvió y paseó por la habitación.

–¿Podría ser que ella quisiera información acerca de mi nueva

agencia? También le haré la competencia a Golden Gate. ¿Te ha preguntado algo acerca de mis planes?

–No pero, si lo hubiera hecho, tampoco habría podido contarle nada –dijo con cierta amargura. Él no le había contado ningún plan hasta que no tenía asegurados los fondos para llevarlos a cabo gracias a su matrimonio con ella.

–Cierto –se pasó la mano por el cabello oscuro, provocando que a Bree se excitara–. ¿De qué habéis estado hablando?

–Cosas de chicas –«sobre ti»–. Nada que tenga que ver con el trabajo.

–Supongo que ya es algo –bebió un trago de soda–. Vamos a dejar de lado toda esta intriga y a hablar de cosas importantes.

Bree se quedó quieta, preguntándose a qué se refería.

–Lo primero, no nos hemos besado desde que he entrado por la puerta –se acercó a ella, la tomó en brazos para voltearla y la besó de manera ardiente en los labios.

Cuando la soltó, estaba sonriendo. Bree se movió para que la dejara en el suelo. Tenía el corazón acelerado y la respiración entrecortada. ¿Cómo podía seguir excitándose cuando estaba con él? Sus pezones se pusieron erectos y un fuerte calor se asentó en su entrepierna. Se sentía intranquila y sin aliento.

Y todo por un hombre al que no le importaba ni una pizca.

Él la dejó en el suelo con cuidado.

–La buena noticia es que ya tengo a mi primer cliente. He recibido la llamada mientras estaba en la fiesta. Crieff Jewelers quiere que haga una campaña para ellos que se publicará en las mejores revistas.

–¡Eso es fantástico! –Bree no pudo evitar entusiasmarse. ¿Cómo podía alegrarse por él después de todo lo que se había enterado?–. Has trabajado muy duro para ello –casarse con una extraña era un duro trabajo, después de todo.

–Y me gustaría que tú fueras la fotógrafa.

–Bromeas.

–Ni una pizca. He visto tu trabajo y sé que tienes un gran talento.

Bree pestañeó. ¿De veras admiraba su fotografía o era parte de la actuación? No se arriesgaría a arruinar el trabajo de su primer cliente si pensara que su trabajo no era impecable.

A menos que el cliente no existiera y aquello no fuera más que una excusa para darle coba.

Crieff Jewelers. Probablemente era el joyero más famoso de la zona de Bay. Su joyería era el tipo de lugar al que su padre iría a

comprar unos gemelos. Y eran conocidos por sus llamativas campañas publicitarias.

Pero ¿Gavin quería que trabajara o que simplemente hiciera unas fotos de forma gratuita? Ella decidió ponerlo a prueba.

–Soy fotógrafa profesional. Tendrías que pagarme –sonrió.

Gavin se quedó un poco sorprendido, pero la agarró de las manos y se las apretó.

–Por supuesto que te pagaré. Diez mil dólares por día de rodaje y otros mil por cada hora de trabajo después de las cinco. Es la tarifa más alta de Maddox.

–Entonces lo haré –una sonrisa inundó su rostro. ¿Cómo no iba a entusiasmarse con una oportunidad así? Sería divertido. Algo nuevo e inesperado para añadir a su carpeta y, quizá, una nueva dirección para su carrera fotográfica.

–Somos un gran equipo, cariño –dijo Gavin tras besarla en la boca.

A Bree se le encogió el corazón. Sólo eran un equipo mientras ella pudiera continuar con la farsa del matrimonio feliz. Él dejaría de sonreír en cuanto ella provocara un escándalo pidiéndole el divorcio.

Bree se levantó y se dirigió al baño porque estaba al borde de las lágrimas. Lo peor era que odiaba la idea de hacerle daño, de destrozar sus sueños igual que él había destrozado los de ella. Se limpió el maquillaje con un pañuelo de papel y respiró hondo. «Se supone que tienes que vengarte, ¿recuerdas?».

Bree sonrió con entusiasmo mientras Gavin recibía a los clientes en el estudio de fotografía que habían alquilado para el día. El equipo de Crieff lo formaba un hombre y una mujer. Eran jóvenes y modernos. Le habían enviado a Bree algunas fotos de las piezas y ella les había devuelto los bocetos con sus ideas, que les habían encantado. Había dos modelos sentados al otro lado del estudio, preparadas para ponerse las joyas y vestidas con la ropa negra que Bree había pedido prestada en su tienda favorita. La encargada de la tienda había estado encantada de ayudarla, quizá porque Bree les había comprado montones de ropa para mejorar su nueva imagen.

La nueva secretaria de Gavin les ofreció té, café y limonada casera, mientras comentaban las ideas de Bree. Ella se sentía relajada y totalmente profesional. Tener a Gavin a su lado, sonriente y seguro de sí mismo, no le hacía daño. ¿Por qué diablos tenía que estar tan contento?

¿Y por qué no iba a estarlo? Su sueño se estaba haciendo realidad. Era difícil no compartir su entusiasmo y ella tenía que recordarse continuamente que no era más que un títere de su juego.

Bree preparó a las modelos con la ayuda de una peluquera profesional y de una maquilladora y tomó las fotos. Los resultados fueron fantásticos, sobre todo unas copias en blanco y negro que sacó en papel en lugar de en imagen digital.

–Es un genio. ¿De dónde la has sacado? –el hombre del equipo de Crieff le dio una palmadita a Gavin en la espalda mientras miraban las fotos en un ordenador portátil.

–Soy un hombre muy afortunado. Es mi esposa –sonrió a Bree.

Ella sonrió radiante durante un instante, antes de recordar por qué era su esposa… Para que él pudiera estar allí, recibiendo de sus clientes palmaditas en la espalda.

Hubiera sido mejor que no lo hubiese descubierto nunca, ya que en aquellos momentos se sentiría verdaderamente feliz y disfrutando de su trabajo como fotógrafa profesional junto al amor de su vida.

Maldita venganza. No podía vivir más tiempo aquella mentira. Había llegado el momento de decirle a Gavin que sabía la verdad.

–¡Les han encantado las fotos! –exclamó Gavin mientras caminaban por Market Street después del rodaje.

–Sí. Parecían muy contentos –dijo ella con una sonrisa.

–Tendrías que considerar la posibilidad de dedicarte a la fotografía publicitaria –la estrechó contra su cuerpo. Iban caminando abrazados, como si fueran un matrimonio feliz.

–Puede que lo haga –«pero no contigo».

–Parecía que lo estabas disfrutando de verdad. Hiciste un trabajo estupendo diciéndoles a los modelos cómo conseguir el aspecto perfecto. Eso no es fácil.

–Ha sido divertido. Podría imaginarme trabajando para revistas.

–Creo que esto merece una cena de celebración, así que he reservado en mi restaurante favorito, Iago´s.

Iago´s era un restaurante elegante que Bree había oído mencionar a su padre.

–¿Y por qué no? Parece el lugar perfecto para que vaya a cenar el presidente de una gran compañía de publicidad.

–Eso es lo que pensaba –la sonrisa de Gavin estuvo a punto de conseguir que ella cambiara de opinión respecto a su decisión.

Entonces, las palabras que había oído en el mensaje del

contestador resonaron en su cabeza. Un millón de los grandes. Eso era en lo que consistía su relación amorosa.

Había llegado el momento de poner en marcha su plan.

–Tengo que pasar por casa para cambiarme.

–Está bien, tenemos cuarenta y cinco minutos. Suponía que querrías pasar por casa. Eres tan elegante.

Bree sintió pánico al darse cuenta de que necesitaba que él no estuviera en la casa para poder recoger sus cosas y meter a los gatos en las cajas.

–Gavin, ¿me harías el favor y pasarías a recoger una caja de fotos a casa de mi padre mientras me cambio? –eso le llevaría unos cuarenta y cinco minutos y así no podría pasar por su casa–. Dame la dirección del restaurante. Nos veremos allí.

–Claro. Toma –sacó una caja de cerillas del bolsillo y se la dio.

Bree miró la dirección. Podría aparcar en el aparcamiento público que había cerca de allí.

Respiró hondo y dijo:

–Es una caja de plástico azul que está a la izquierda de mi escritorio. No puedo creer que me la haya dejado –en realidad no necesitaba la caja para nada, pero era su oportunidad para planificar su huida. Y podía ser que Gavin se encontrara con su padre y se felicitaran mutuamente…

Justo antes de que ella sacara a la luz su plan conspirador.

Gavin entró detrás de ella en el restaurante más elegante de la ciudad. Todas las mesas estaban decoradas con flores y los clientes iban muy elegantemente vestidos. La luz del atardecer entraba por los ventanales con vistas al agua. Él la guió hasta la mesa que tenía la mejor vista de todas, en un pequeño balcón que sobresalía sobre la bahía.

–Debes de conocer a alguien para haber conseguido esta mesa –susurró ella.

–Sólo quiero lo mejor para mi bella esposa.

Bree sintió un nudo en el estómago. Aquel lugar de ambiente refinado no era el lugar para montar un numerito. Quizá debería esperar a llegar a casa antes de enfrentarse a él.

No, lo tenía todo planeado. El coche cargado y los gatos esperándola en sus jaulas, junto a la medicina de Ali y la comida especial de Faith.

¿De veras podía hacer aquello? ¿Marcharse sin más? El pánico se apoderaba de ella por momentos.

Respiró hondo, provocando que sus senos se hincharan bajo el vestido verde que había elegido para la ocasión. Quería que Gavin la recordara muy guapa antes de poner en marcha su plan.

Gavin le retiró la silla para que se sentara. Ella se acomodó y se colocó la servilleta en el regazo. El camarero les sirvió una copa de champán y les explicó las recomendaciones del menú.

–Hoy has estado fantástica –Gavin la miró a los ojos con ternura. Te has comportado con mucha naturalidad con los clientes. Hay gente que se pone muy nerviosa con ellos.

–Me entrenaron desde muy joven –como heredera, había aprendido a conversar con todo el mundo, desde los miembros de la realeza hasta los empleados–. A veces viene bien.

–Y estabas tan tranquila, incluso a pesar de que sabíamos que sólo teníamos un día para el rodaje.

–Sabía que lo terminaríamos.

–Ojalá hubiera más fotógrafos como tú –sonrió y levantó la copa.

¿Por qué tenía que ser tan atractivo? La sonrisa que puso Bree debía de haber sido falsa, pero no lo era. No podía evitarlo. Gavin era muy tentador.

–¿Para contratarlos a ellos en lugar de a mí? –ella arqueó una ceja y le guiñó un ojo.

–¿Por qué iba a hacer tal cosa si todo puede quedar en familia? –le agarró la mano–. ¿No te parece perfecto?

–Sí, demasiado perfecto.

La mirada de Gavin brillaba con entusiasmo, por su nuevo negocio, no por la pasión que sentía por ella. Todo era demasiado bonito para ser real.

Porque, por supuesto, no lo era.

El camarero les sirvió los aperitivos. Bree agarró el tenedor pero no tenía hambre.

«Ahora. Díselo ahora».

Pero ¿cómo iba a decírselo si él sonreía con cara de felicidad? Era ella la que solía calmar los ánimos y los problemas de los demás. Prefería consolar y hacer que todo el mundo se sintiera bien, aunque fuese a su costa. Era Bree, la chica buena con la que siempre se podía contar.

O al menos, así solía ser.

Antes de que sus sueños se convirtieran en realidad y quedaran destrozados de la manera más cruel y dolorosa posible en menos de una semana. Se le puso un fuerte dolor en el pecho que hizo que entrara en acción.

–Gavin, ¿cuándo supiste que te habías enamorado de mí?

–Hmm, interesante pregunta.

–¿Fue cuando me viste por primera vez, con aquel vestido gris, sin maquillaje y el cabello alborotado? –lo miró tranquila–. ¿Cuando estaba tan nerviosa que apenas podía hablar?

–No, no creo que fuera entonces.

–¿Y por qué me sacaste a bailar?

–¿Por qué no?

–Bueno… –tragó saliva–, es que los hombres sólo me sacan a bailar cuando están interesados en mi dinero –lo miró muy seria–. Estoy acostumbrada a eso. De algún modo, contigo parecía distinto.

–Porque era distinto. Me siento atraído por ti, no por tu riqueza –bebió un sorbo de champán–. Me atraes por cómo eres.

El dolor que sentía Bree se hizo más intenso. ¿Cómo podía mantener esa expresión tranquila cuando la estaba mintiendo?

–Pero te sientes mas atraído por mí desde que cambié de imagen.

–No diría tal cosa –sonrió–. Bueno, puede que sí. Estás tremenda cuando te arreglas, Bree.

–Ahora lo sé. Aunque todo el mérito es de Elle. Fue ella la que me transformó como si fuese mi hada madrina. E incluso al final conseguí un príncipe también.

Gavin frunció el ceño.

–¿Elle te transformó? ¿Y cuál era su intención? Desde que Brock me contó que era la espía, sé que busca algo más de lo que aparenta. Debes de tener cuidado con ella. A saber qué intenta sacar de ti. No le has dado ninguna información financiera, ¿verdad?

–Por supuesto que no –«no, no queremos que ponga las manos sobre tu dinero». Las lágrimas inundaron sus ojos, pero consiguió contenerlas. Ya tendría tiempo para llorar más tarde–. Pero me cae bien. Y confío en ella. Soy una persona confiada o, al menos, solía serlo –le tembló la voz.

–¿Has perdido la confianza en ella?

–En ella no, en otra persona.

Gavin frunció el ceño.

–¿En quién? –se inclinó hacia delante–. Dímelo y lo solucionaremos. No quiero que nadie te haga daño –la miró fijamente a los ojos.

–En ti.

Las palabras salieron de su boca y permanecieron en el aire unos instantes.

Gavin frunció el ceño.

–No lo comprendo.

–¿No? A lo mejor lo comprendes mejor si te menciono cierto número con seis ceros.

Gavin dejó el tenedor sobre la mesa, continuó mirándola fijamente y se pasó la mano por el cabello.

–Oí un mensaje que mi padre te dejó en el contestador agradeciéndote que te hubieras casado conmigo, a cambio de una cifra importante, por supuesto, ya que nadie querría quedarse a mi lado a cambio de nada.

–Él me ofreció ayuda para iniciar mi negocio. Simplemente es una inversión por su parte.

–No me mientas –alzó la voz–. Oí lo que dijo. Estaba sorprendido por el hecho de que hubieras podido seducirme en tan poco tiempo. Normalmente soy más sensata que eso –se quitó el anillo de compromiso y el de boda–. He tenido muchos hombres interesados por mi dinero y fingiendo interés por mí, así que suelo detectarlos a una milla de distancia. Tú eras diferente. Y mucho más atractivo, por otro lado.

Lo miró un instante y pensó que podía haber besado y fotografiado aquel rostro durante toda su vida, si no hubiese sido el rostro de un traidor.

–Soy diferente. No estoy interesado en tu dinero.

–Pero lo aceptaste, ¿no es así?

–El dinero de tu padre. Sí, lo acepté. Porque quería montar mi negocio. Llevaba mucho tiempo esperando y había sufrido varios contratiempos que me impidieron hacerlo hasta que tu padre me ofreció la oportunidad…

–De aprovechar la oferta y llevarte a su hija solterona –pestañeó para contener las lágrimas–. Ahora sé por qué tenías tanta prisa por casarte. Por qué no querías un noviazgo largo que se anunciara en los periódicos, o una boda de verdad. Nada de eso te importaba porque no se trataba de nosotros. Sólo se trataba de dinero. Bueno, pues no estoy dispuesta a que me vendan, ni siquiera por un millón de dólares –su voz sobresalió del murmullo que había en el elegante restaurante cuando se levantó y le tiró los anillos a Gavin. Rebotaron en el mantel y desaparecieron mientras su silla se caía al suelo.

Bree corrió hacia la puerta, chocándose con una mesa y tambaleándose sobre sus zapatos de tacón. Jadeando, y con lágrimas en las mejillas, corrió por las escaleras de emergencia hasta que llegó a la calle.

Gavin no salió tras ella. ¿Esperaba que hubiera corrido tras ella

para convencerla de que todo había sido un gran error?

Su romance de cuento de hadas era una farsa y su sueño nunca volvería a convertirse en realidad.

Cuando llegó a la calle estaba prácticamente oscuro. Se dirigió a su coche y buscó las llaves en el bolso. Le temblaban las manos, pero Ali y Faith la saludaron con un maullido.

–Estoy aquí. Nos escaparemos juntas.

Se sentó en el asiento de cuero y arrancó el motor. Cuando se dirigió hacia la autopista, sintió que se le encogía el corazón.

Había terminado.

Con un poco de suerte no volvería a ver a Gavin nunca más. Quizá, incluso llegara a olvidarlo algún día.

No. Nunca lo olvidaría. ¿Cómo iba a olvidar a alguien que la había engañado para comprometerse con ella?

¿Cómo iba a olvidar la seguridad de sus abrazos? ¿El poderoso roce de sus dedos contra la piel o la pasión de sus besos?

–¡Maldito sea! –golpeó el volante con el puño. ¿Por qué tenía que haberle dado placeres que nunca podría tener? Debía pagar por ello.

Y lo haría. Aunque se formara un gran escándalo.

Su padre le pediría que le devolviera el dinero. No iba a pagar un millón de dólares por un matrimonio que había durado menos de un mes. Elliott Kincannon era un inversor demasiado astuto para eso.

No. Gavin tendría que devolverlo todo, arruinaría su negocio y tendría que suplicarle a Brock Maddox para que lo contratara de nuevo.

Un sentimiento de culpa se apoderó de ella. En el fondo, deseaba que él tuviera éxito y fuera feliz. ¿Y por qué no? Era así de idiota.

Soltó un gritó de angustia, repartiendo su dolor por el aire.

Había sido estúpida al pensar que alguien podía llegar a amarla por ser como era.

Capítulo Nueve

Gavin miró los anillos mientras rebotaban en la mesa y caían al suelo. Después, se agachó para recogerlos. Las palabras de Bree reverberaban en su cabeza.

Encontró el anillo de diamantes que su abuela le había dejado y se levantó, aliviado.

–Bree…

Se había marchado. Miró por el restaurante pero no la encontró. Se puso en pie con el anillo guardado en la mano.

–¿Puedo ayudarlo, señor? –un camarero se acercó deprisa.

–¿Dónde se ha ido?

–¿Su acompañante?

–¡Sí!

–Me temo que no la he visto –se acercó–. Quizá esté en el lavabo.

Gavin frunció el ceño.

–No creo. Será mejor que pague la cuenta.

–Los entrantes no tardarán, señor.

–No, pero tengo que irme –la gente lo miraba y él sacó tres billetes de cincuenta dólares del bolsillo.

De pronto, se acordó del otro anillo y se agachó para buscarlo. La alianza de oro grabada con las iniciales de ambos estaba junto a la pata de la mesa. Lo recogió y lo guardó en un bolsillo.

–¿Hay algún problema, señor? –el maître se acercó a él.

–No, ninguno. Sólo que me ha surgido un imprevisto –se aclaró la garganta y le entregó los billetes–. Quédese el cambio.

Una vez en la calle, miró a ambos lados. No había ni rastro de Bree. Una sensación de angustia lo invadió por dentro. ¿Por qué se había disgustado tanto? ¿Era tan grave que él hubiera aceptado dinero de su padre?

Se pasó la mano por el cabello. Por supuesto que era grave. Bree pensaba que se había casado con ella sólo por el dinero.

Se sentía culpable y avergonzado. ¿Cómo reaccionaría el padre de Bree? Gavin se preguntaba si Elliott Kincannon sabía que ella lo había descubierto. A lo mejor él podría convencerla para que no provocara un escándalo. No sería bueno para ninguno.

Y si ella rompía el matrimonio, Kincannon podía pedirle que le devolviera el millón de dólares.

Gavin se detuvo en medio de la calle. Un coche pasó casi rozándolo y se subió a la acera. Ya se había gastado parte del dinero en el alquiler de la nueva oficina. Y había dado un depósito para

reformar la sala de conferencias. Ni siquiera tenía el dinero para devolverlo.

Se dirigió hacia el apartamento caminando. No había llevado el coche al restaurante porque no quedaba demasiado lejos. A Bree y a él les gustaba regresar paseando después de ir a cenar. Ella sabía muchas cosas de la arquitectura y la historia de la ciudad y siempre le mostraba cosas interesantes en las que él no había reparado. La ciudad había cobrado vida para él desde que había conocido a Bree.

Sintió un fuerte remordimiento. Era terrible que ella se hubiese enterado de esa manera. Podía imaginarla escuchando el mensaje. Debía de haberse quedado destrozada. Si pudiera encontrarla y explicarle que estaba interesado en ella y no en el dinero.

El ascensor que lo llevaría hasta su apartamento subía demasiado despacio. ¿Y si ella ya se había marchado? Tendría que ir a buscarla a casa de su padre y no le hacía ninguna gracia tener que ver a aquel hombre si ya se había desatado el escándalo. La encontraría, le diría que la amaba de verdad y que todo saldría bien. O eso esperaba.

Llamó a la puerta de apartamento. Al fin y al cabo también era su casa y no quería interrumpirla si estaba llorando.

No obtuvo respuesta. Sacó la llave y abrió la puerta.

–¿Bree?

El apartamento estaba a oscuras. Encendió la luz y esperó a que aparecieran los gatos, pero no fue así.

–¿Faith? ¿Ali? ¿Dónde estáis?

Sintió mucho miedo. Los gatos tampoco estaban en la casa. Bree no podía haber tenido tiempo de pasar a buscarlos así que debía de habérselos llevado con ella desde un principio. Se dirigió a su armario y lo abrió. Para su sorpresa descubrió que todavía estaba lleno de ropa, casi toda nueva y con la etiqueta puesta.

Así que no se había marchado para siempre. A menos que hubiera decidido abandonar su nuevo aspecto también.

Gavin se dirigió al garaje. Tenía que ir a la mansión de los Kincannon y recuperar a Bree. Y tenía que llegar antes de que el padre de Bree se enterara por otra persona de la discusión que habían tenido en público.

Bree conducía despacio por la autopista y la lluvia caía en el cristal cuando sonó su teléfono.

Era probable que fuera Gavin. No pensaba contestar. Dejó que siguiera sonando y que saltara el buzón de voz. Entonces, comenzó

a sonar de nuevo. Y una vez más saltó el buzón de voz. Pero continuaron llamando y Ali comenzó a maullar a modo de protesta.

–Tranquila, cariño. Pararé para decirle a ese cretino que deje de molestarnos –se detuvo en una gasolinera y contestó la llamada.

–Deja de llamarme, no quiero…

–Bree, soy yo, Elle.

–¿Qué quieres? –preguntó con tono tenso. La idea de que Elle fuera una traidora hacía que viera a su amiga de un modo completamente diferente. ¿Vas a decirle a Gavin dónde voy?

Bree le había contado a Elle cuál era su plan después de la fiesta. Antes de descubrir la verdad acerca de Elle.

–Sigo pensando que deberías replanteártelo todo –dijo Elle–. ¿Cuándo pensabas marcharte?

–Ya me he ido. Estoy en la carretera.

–¿Vas hacia Napa?

–Me arrepiento de haberte contado mi plan desde que me he enterado de que eres una espía.

–¿Qué?

–No finjas que eres inocente. El detective de Brock te ha descubierto.

Elle se quedó en silencio.

–Y me pregunto si Gavin te pidió que me hicieras cambiar de imagen para que quedara mejor a su lado cuando se casara conmigo por dinero.

–Él no tuvo nada que ver con eso. Lo prometo. Estoy de acuerdo en que fue un poco interesado por su parte aceptar dinero de tu padre, pero es un hombre, ya sabes.

–Pues no lo necesito. Hasta ahora me ha ido muy bien sin un hombre a mi lado. Y también me voy a quitar estas malditas lentillas verdes –se quitó la del ojo izquierdo y la tiró al asiento de atrás. De pronto, lo veía todo nublado y conducir así podía ser peligroso.

Abrió la guantera y sacó su par de gafas de repuesto. Se quitó la segunda lentilla y la tiró al suelo antes de ponerse las gafas.

–Creo que las mejoras que he hecho en mi vida últimamente no han servido de nada. ¿Y en qué estabas pensando cuando te liaste con Brock Maddox? Bastante contraproducente es que fuera tu jefe pero, ¿que además lo espiaras?

–Es complicado –susurró Elle–. Ojalá pudiera explicártelo, pero…

–Ahórratelo. Ya tengo bastante con mis problemas –se acarició el cabello–. Lo peor de todo es que me siento culpable –no podía

evitar compartir sus sentimientos con Elle.

–¿Por qué?

–Porque voy a arruinar el sueño de Gavin de montar su propia agencia. Mi padre le pedirá que le devuelva el dinero.

–No me preocuparía mucho por Gavin. Pondrá los pies en la tierra. Las personas inteligentes siempre lo hacen.

–Pareces experta en el tema.

–Confía en mí, lo soy. ¿Qué vas a hacer?

–Ni idea –y aunque lo supiera no se lo contaría a Elle. Creía que había encontrado a una buena a miga y resultaba que era peor que su propio marido.

Marido. Vaya palabra.

–Lo primero que voy a hacer es anular el matrimonio. No creo que sea la primera novia de California que se levanta un día preguntándose cómo ha podido casarse con un hombre así.

–Sigo pensando que te equivocas si vas a dejar a Gavin.

–Elle, lo que más he temido desde que era pequeña era que un hombre se casara conmigo por dinero. No es algo que pueda perdonar.

–Supongo que todos tenemos nuestras pequeñas cosas.

–Tienes muchísima razón.

–Pero no te olvides de ponerte mascarilla en el pelo –dijo Elle con una pizca de humor–. ¿A que se nota la diferencia?

–Admito que sí. ¿Pero me ha hecho más feliz? –soltó una risita–. Creo que estaba mejor con el pelo seco. Por cierto, tengo que seguir mi camino y dar de comer a mis gatos.

Colgó el teléfono antes de que Bree pudiera protestar y lo apagó. Gavin no la había llamado. Probablemente no le importaba lo bastante como para que fuera a buscarla. Era posible que estuviera tratando de ver cómo podía salvar su dinero, puesto que eso era lo que quería en realidad. Habría ido a casa de su padre y estaría intentando darle la vuelta a la tortilla. Y quizá hasta le funcionara el plan. A su padre siempre le había importado más el dinero que ella.

Bree se secó una lágrima que corría por su mejilla y limpio las gafas empañadas antes de regresar a la carretera. Al menos en Napa estaría alejada de todos y todo, y podría pensar qué hacer después. Quizá se mudara de San Francisco. Todo el mundo se reiría de ella una vez que se corriera la voz. Antes ya le parecía bastante malo ser una sosa heredera. Pero ser la mujer que había sido engañada por un cazafortunas era más de lo que podía soportar. Quizá se fuera a vivir a las montañas como una ermitaña.

Los ermitaños podían tener gatos, ¿no?

Gavin aparcó el coche en la misma calle de la casa de la familia Kincannon. Se fijó en que había luz en las ventanas del piso de abajo, pero en las de arriba, donde antes vivía Bree, todo estaba oscuro. Pero quizá estuviera abajo hablando con su padre.

Se acercó a la puerta de la mansión. Estaba nerviosísimo y no podía quitarse de la mente las ganas que tenía de abrazarla. Deseaba explicarle que no era tan malo como ella pensaba, que de veras estaba interesado en ella y no en el dinero.

Se abrió la puerta y se sorprendió al ver a Elliott Kincannon vestido con esmoquin.

–Ah, Gavin –lo hizo pasar–. ¿Qué tal con Bree?

O sea que no lo sabía.

–Me temo que no muy bien –Gavin se enderezó–. Ha descubierto lo de nuestro trato.

–¿Y se ha disgustado? –Elliott Kincannon lo guió hasta el recibidor principal–. Estoy seguro de que se recuperará pronto.

Gavin respiró hondo. La actitud de aquel hombre lo irritaba. Entonces, se enfadó consigo mismo. ¿No había asumido también que la encontraría y la convencería de que cambiara de opinión enseguida? Y ni siquiera había sido capaz de encontrarla. El pánico se apoderó de él.

–¿Está aquí?

–¿Aquí? –Elliott Kincannon arqueó una ceja–. Por supuesto que no. Vive contigo. Pensaba que estaba cómodamente instalada en tu palacio de cristal.

Gavin frunció el ceño al oír la extraña referencia a su apartamento. Era evidente que aquellos que poseían mansiones miraban con desdén a aquellos que no las poseían, aunque supieran que eran millonarios.

–Estábamos cenando en Iago´s y me contó que había descubierto la verdad y se marchó. Estaba muy disgustada –Gavin se metió las manos en los bolsillos. De pronto, odiaba estar allí perdiendo el tiempo. Bree podía haberse marchado a cualquier sitio.

Kincannon lo miró fijamente.

–¿Se marchó de Iago´s? Espero que no montara ningún numerito.

–Me tiró los anillos –Gavin se lo dijo con satisfacción. El comentario de Kincannon era demasiado–. Después, se marchó de allí.

–La gente debió de ver la escena.

–Estoy seguro.

–Correrán rumores. El nombre de la familia saldrá en prensa.

Santo cielo. ¿Cómo había podido sobrevivir Bree con aquel hombre durante los veintinueve años de su vida?

–Esperaba que estuviera en el apartamento, pero se ha marchado y se ha llevado los gatos. Pensé que podría estar aquí.

–Pues no está. Y si regresa no será bienvenida. Una mujer casada debe de estar con su marido. Debes de encontrarla enseguida, antes de que comience el escándalo.

–Lo estoy intentando. ¿Tienes idea de dónde puede haber ido? –la idea de que Bree estuviera en cualquier sitio, enfadada y dolida, era como una herida abierta–. ¿Dónde suele acudir para escapar?

–Bree nunca se va a ningún sitio –Kincannon se terminó una copa de whisky–. Se queda con sus gatos o se entretiene con las obras benéficas. Por eso tuve que ir yo a buscarle marido. Tiene casi treinta años y la gente comenzaba a rumorear.

–Bree es una mujer muy especial –contestó Gavin indignado ante el comentario que aquel hombre había hecho de la mujer a la que amaba.

Sí, amaba, No había otra palabra para describir la poderosa emoción que sentía.

–Encuéntrala y soluciona el problema antes de que la prensa se entere. Puedo imaginar lo que dirán si la gente supiera que he pagado para que se casen con mi hija.

–Aunque lo hicieras –Gavin se puso furioso. Tenía ganas de tirarle el millón de dólares a la cara.

Pero no era el momento. Tenía que encontrar a Bree antes de que se fuera demasiado lejos. Con los medios ilimitados de los que disponía, podía tomar un avión a cualquier parte del mundo.

–Te llamaré cuando la encuentre –se volvió y se dirigió hacia la puerta.

–Será mejor que la encuentres esta noche. Si mañana veo algo de esto en los periódicos…

–¿Qué? –Gavin se volvió y lo fulminó con la mirada–. Bree es quien importa en todo esto. Está disgustada, y con motivo. Ha sido culpa mía y tengo intención de solucionarlo.

Si es que podía encontrarla.

Pero no la encontraba. Había desaparecido entre la neblina de la costa. Gavin había llamado a todo el mundo que conocía y a

algunas personas que no conocía. Tras cuatro días, empezaba a desesperarse.

Phil Darking, un amigo de la universidad, era editor en un periódico local. Gavin fue a verlo por si había oído algún rumor al respecto.

Phil tuvo el valor de echarse a reír.

–¿Tu esposa ha huido y estás llamando a la prensa para averiguar dónde está? ¿No se supone que debería ser al revés? ¿Y si mañana te saco en los titulares? Es un día de pocas noticias, ya sabes.

–Sólo quiero saber dónde está. He hablado con todo el mundo. Estoy muy preocupado, Phil.

–¿Crees que podría saltar desde el Golden Gate Bridge?

–No, es demasiado sensata para eso –¿por qué a la gente le parecía divertido?–. La quiero, Phil. Ella no lo sabe y necesito decírselo.

–¿Te has casado con ella sin decirle que la querías?

–Por supuesto que se lo he dicho, pero no me cree. Piensa que me he casado con ella por dinero.

–Algo que sería comprensible. ¿Te haces idea de la fortuna que tienen los Kincannon?

–No me importa que sean ricos. No me importa nada excepto recuperarla. Ni siquiera me importa la maldita agencia que estado planeando durante toda mi vida. Lo echaría todo por la borda con tal de tenerla a mi lado, y no bromeo.

La idea lo sorprendió. El sueño de toda la vida no era nada comparado con la idea de pasar el resto de sus días sin Bree. Sólo llevaba fuera cuatro días. Cuatro mañanas sin su sonrisa. Cuatro tardes sin sus besos. Cuatro noches sin sentir sus brazos alrededor del cuerpo. No podría soportarlo mucho más tiempo.

–Estás loco por ella.

–He contratado a un detective, he llamado a todos lo que creo que pueden conocerla, y he ido a visitar a sus parientes. La he buscado por sus lugares favoritos de la ciudad, pero ha desaparecido. Nadie tiene ni idea de dónde está –suspiró y miró a su amigo–. Haría cualquier cosa por recuperarla, Phil.

–¿Cualquier cosa? –preguntó Phil con curiosidad.

–Cualquier cosa.

TE QUIERO. VUELVE CONMIGO.

Las letras mayúsculas de la portada del *San Francisco Examiner*

se veían en todos los quioscos de la ciudad. Gavin sentía una mezcla de vergüenza y emoción mientras caminaba por una calle concurrida. Había recibido la llamada de un famoso programa de televisión que quería que contara su historia. Para su sorpresa, aceptó rápidamente.

Había hecho la entrevista aquella mañana.

–Sí, me temo que sí acepté dinero del padre de mi esposa. Lo consideraba una inversión para mi nuevo negocio –se aclaró la garganta y miró el micrófono que llevaba enganchado a la corbata. Los focos habían hecho que rompiera a sudar y las tres cámaras que lo enfocaban no ayudaban demasiado.

–Sin embargo, no le contaste nada a tu esposa –la rubia periodista se inclinó hacia él de forma que sus pestañas casi le rozaron la mejilla.

–No, nunca se lo dije. Y en eso es en lo que me equivoqué. Es mi esposa y deberíamos confiar el uno en el otro en todos los aspectos.

–Y cuando lo descubrió se sintió muy dolida.

–Estaba destrozada. Después de enterarse de lo del dinero, decidió que sólo me había casado con ella por eso, y que no me importaba nada.

–¿Es cierto?

Gavin enderezó los hombros.

–Nada más lejos de la verdad. Quiero a Bree. Me cautivó desde el primer momento en que la vi. Es una mujer divertida, encantadora, inteligente, dulce y con talento, y quiero compartir el resto de mi vida con ella.

–Hablas como un hombre enamorado –la voz del hombre que ayudaba a presentar el programa llamó la atención de Gavin–. ¿Y es cierto que has devuelto el dinero?

–Sí. Cada centavo –se llenó de orgullo. El día anterior había ordenado la transferencia para devolver el dinero. Había tenido que emplear gran parte de sus ahorros para cubrir el dinero que ya se había gastado en la agencia. También le había enviado a Elliott Kincannon una nota personal, disculpándose por el papel que desempeñaba en aquella conspiración y por la subsiguiente publicidad. Aunque, en realidad, pensaba que aquel hombre se merecía todo aquello.

–Soy un hombre lo suficiente trabajador y ambicioso como para mantener a Bree sin ayuda. Eso lo sé ahora. Independientemente de que pueda montar mi propia agencia o tenga que trabajar para otra persona, seguiré ofreciendo lo mejor a mis clientes. Desde que conocí a Bree, he cambiado mi perspectiva de todo. El trabajo sigue

siendo importante para mí, pero he descubierto la alegría de tener una compañera. Nunca he sido tan feliz en mi vida como lo he sido durante las últimas semanas con Bree. La echo muchísimo de menos.

–Eres adorable –la presentadora le dio una palmadita en la pierna–. Me casaría contigo si no te hubiera pescado esa chica afortunada –se volvió hacia una de las tres cámaras que los enfocaba–. Bree, volverás con él, ¿verdad?

Pero no había vuelto.

A Bree le dolían ligeramente los músculos desde que había llegado a Napa. Quizá porque pasaba mucha parte del día caminando por las montañas, tratando de no pensar en cierto hombre.

Faith se estiró en la cama junto a ella.

–Buenos días, cariño –acarició al gato. El sol se filtraba por la persiana de la ventana e iluminaba las paredes de la bonita habitación. Hacía años que no iba por allí, pero, por supuesto, cuidaban la casa en su ausencia, como el resto de las propiedades de la familia. A su madre le encantaba ir allí los veranos cuando ella era pequeña y a menudo iban allí a ver los viñedos. Por lo que ella recordaba, su padre nunca había estado allí, ni siquiera una vez. Era una de las más de treinta propiedades de la familia, y él apenas era consciente de su existencia. Eso la convertía en un buen lugar para esconderse.

Pero a pesar de que hacía un tiempo maravilloso, de que los alrededores eran preciosos y de que había toda la paz que alguien podía desear, se sentía horrible.

Y todo por culpa de Gavin Spencer.

Oyó un ruido en la otra habitación. Como un golpetazo.

Salió de la cama y fue a ver qué pasaba. En la alfombrilla de la puerta de la cocina había un paquete. ¿Correo? No le había contado a nadie que iba a ir allí. Excepto a Elle, pero ella no iba a enviarle cartas. Quizá la gente se había percatado de que había alguien viviendo en la casa y la habían incluido en la lista de correo del vecindario.

Era el sobre de plástico de una conocida mensajería. Lo abrió y encontró un periódico doblado. En la portada había una nota pegada que decía: *Pon las noticias de la televisión*.

Bree frunció el ceño. Despegó la nota de la portada y leyó el gran titular:

TE QUIERO. VUELVE CONMIGO.

Sintió un nudo en el estómago y un montón de mariposas revoloteando en él.

Capítulo Diez

«No te dejes llevar». Bree se regañó después de ver las letras borrosas del titular del periódico. «No es como si Gavin estuviera hablando contigo».

Aun así, se volvió para buscar las gafas con una mezcla de miedo y esperanza. Cuando las encontró en la mesilla de noche, le temblaban las manos.

Se las puso y miró la portada, boquiabierta.

San Francisco está revolucionado con la desaparición de Bree Kincannon, una heredera recién casada.

¿Desaparición? Parecía que le hubiera sucedido algo malo. ¿Estaría Gavin metido en un lío?

Nadie la ha visto desde el pasado jueves, cuando se marchó después de decirle a su marido que había descubierto que le habían pagado para que se casara con ella.

¿Cómo se habían enterado?

Al parecer el padre de Bree estaba tan decidido a buscarle un buen esposo a su hija que pagó un millón de dólares al joven ejecutivo para que se casara con ella.

Bree se estremeció. Ya era bastante malo lo que le había sucedido como para que se enterara todo el mundo.

Las lágrimas afloraron a sus ojos. ¿Quién sería tan cruel como para mostrarle aquello?

Entonces recordó la nota en la que le decían que encendiera la televisión para ver las noticias. Cierto impulso interior le decía que no lo hiciera. ¿También quería ver cómo se mofaban de ella en la televisión?

Miró de nuevo el periódico.

Desde que se marchó, Gavin, el esposo de Bree está destrozado. Y desesperado por encontrar a su esposa se ha dirigido a los periódicos en busca de ayuda.

Bree se quedó boquiabierta y cerró el periódico. Por supuesto que estaba destrozado. No quería perder el millón de dólares, así

que tenía que encontrarla y convencerla de que volviera a su lado antes de que su padre le pidiera el dinero.

Respiró hondo y tiró el periódico al suelo.

El titular:

TE QUIERO. VUELVE CONMIGO se veía de manera distinta bajo la perspectiva de que hubiera un montón de dinero de por medio. La mayor parte de la gente se mostraría públicamente por un millón de dólares y, evidentemente, Gavin no era distinto a los demás.

Su padre debía de estar clamando al cielo. Odiaba la publicidad. Era de los que pensaban que el nombre de un hombre sólo debía aparecer en los periódicos tres veces en su vida, en el anuncio de su nacimiento, en el anuncio de su boda y en la esquela de su muerte. Bueno, y quizá ocasionalmente tras cerrar una importante operación financiera. Desde luego, no en un artículo que hablaba de que había pagado dinero para casar a su hija.

Bree se habría reído, pero las lágrimas no paraban de rodar por sus mejillas. Ali se restregó contra su pierna y ella se agachó para acariciarla. Entonces, vio la nota que se había caído al suelo.

–No quiero ver la televisión, Ali. Sería peor. ¿Por qué no pueden dejarme en paz?

Bree se dirigió hacia una pequeña habitación donde había una televisión.

–Debo de ser masoquista. O idiota –dijo en voz alta mientras la encendía–. Estoy segura de que están pasando cosas más interesantes por el mundo aparte de que una heredera infeliz se haya escapado.

En el primer canal había anuncios publicitarios, en el segundo, un campeonato local y en el tercero un anuncio de anillos de circonita.

–¿Lo ves? Tengo un sentido exagerado acerca de lo importante que soy. Nadie se preocupa por mí.

«Excepto Gavin», pensó.

–Él el que menos –comentó en voz alta.

Entonces, se le ocurrió una idea. ¿La habría llevado él el periódico? ¿A quién más le iba a importar que recibiera el mensaje? Quizá estuviera allí fuera, escondido entre los viñedos, preparado para acercarse a ella y convencerla de que regresara a su cama.

Nunca.

Se cruzó de brazos. No volvería a acercarse a Gavin Spencer.

Mientras el anuncio de los anillos continuaba en la pantalla, ella se preguntó si el anillo que Gavin le había regalado lo habría heredado de su abuela en realidad o lo habría comprado por

televisión. Cuando uno se casaba con alguien por dinero, no tenía sentido regalarle nada valioso.

Sin embargo, era un anillo bonito. Recordó cómo lo había tirado al suelo del restaurante, entre las migas. No podía creer que hubiera tenido valor de hacer aquello. ¡Y sin planificar! Estaba demasiado enfadada y ni siquiera pensó en el numerito que estaba montando. Probablemente tenía tanta culpa como él de que los periódicos hubieran publicado la historia.

La oferta de anillos continuó con la de un aspirador. Y después comenzaron las noticias.

«¡Apágalas!», pensó, pero no se movió.

–La heredera Bree Kincannon sigue en paradero desaparecido, cinco días después de la dolorosa ruptura con su marido –en la pantalla apareció una foto horrible de ella. ¿Y por qué siempre tenían que referirse a ella como la heredera, y no como la fotógrafa Bree Kincannon, o la ciudadana…?

De pronto, Gavin apareció en la pantalla, igual de atractivo que siempre y vestido con un traje oscuro.

Ella no pudo evitar suspirar.

–Sí –dijo Gavin junto al micrófono–. Estoy preocupado. Lleva fuera casi una semana. Nadie sabe nada de ella, por supuesto que estoy preocupado.

–¿Cree que es más vulnerable por el hecho de que sea una heredera?

Gavin parecía confuso.

–¿Cree que pueden haberla secuestrado? –preguntó el periodista.

–No creo, pero… –frunció el ceño–. Supongo que no podemos aventurar nada hasta que regrese. Por eso estoy tan desesperado por saber dónde está –se pasó la mano por el cabello–. Bree, por favor, estés donde estés, llámame. No sé qué hacer sin ti. Eres todo para mí.

La imagen se difuminó y se convirtió en un reportaje sobre pingüinos en el zoo. Bree permaneció mirando boquiabierta al televisor.

Tenía la sensación de que Gavin hablaba en serio. Notó que su corazón se aceleraba y parecía que estaba a punto de estallar.

–¡No dejes que te haga esto! –exclamó en voz alta. Pero ¿y si de verdad pensaba que la habían secuestrado? No quería que se preocupara por ella.

A lo mejor debía llamarlo y dejarle un mensaje en el contestador.

Un mensaje en el contestador. Así era como había comenzado

todo aquello. ¿Por qué todo tenía que ser tan complicado?

Cuando llamaron al timbre se sobresaltó. No podía abrir con el rostro lleno de lágrimas. Aunque fuera el cartero, podía haber visto las noticias. No podría salir ni a comprar huevos sin que todo el mundo la mirara. Apagó el televisor.

Llamaron de nuevo a la puerta, con insistencia.

–Vete –susurró.

–Bree –una voz grave invadió la estancia.

Era Gavin.

Bree sintió que le flaqueaban las piernas.«No hables. Él no puede verte. Se marchará».

Pero en el fondo deseaba abrir la puerta.

–Bree, ¿estás ahí? Soy Gavin.

Ella cerró los ojos y trató de no respirar.

–Te echo muchísimo de menos. No he podido dormir desde que te fuiste.

Ella tampoco había dormido apenas. Le resultaba difícil dormir sola cuando estaba acostumbrada a tener a un hombre musculoso a su lado.

–He devuelto el dinero.

Ella alzó la barbilla. ¿Sería verdad?

–No lo quería. No puedo creer que lo aceptara. Estaba tan obsesionado con la idea de montar mi propia agencia que ni siquiera pensé en lo que significaría para ti.

–Porque pensabas que no lo descubriría –dijo ella, antes de poder contenerse.

–¡Estás ahí! –movió la manilla de la puerta–. Déjame entrar, por favor. Tengo que disculparme por miles de cosas.

–¿Y si no quiero oír tus disculpas? –dijo ella, conteniéndose para no abrir la puerta y lanzarse a sus brazos.

–Me alegro de que estés bien.

Bree no pudo contenerse más y se acercó a la puerta. A través de los cristales opacos podía ver la silueta de Gavin. Se detuvo un instante. Si abría la puerta y lo miraba, dejaría de pensar con claridad.

–¿Mi padre te pidió que le devolvieras el dinero?

–No. Me exigió que hiciera lo posible por recuperarte. No es un hombre que se plantee la opción de fracasar.

–Supongo que por eso estás aquí, entonces.

–¡No! Estoy aquí porque quiero que vuelvas a mi lado. Te necesito, Bree. Nunca imaginé que pudiera depender tanto de otra persona para ser feliz. Desde que te marchaste he sido un

desdichado. Por favor, abre la puerta. No creo que pueda sobrevivir ni un instante más sin ver tu rostro.

Bree sintió que se le encogía el corazón. Entonces recordó que había llorado, que estaba despeinada, que llevaba una camisa de cuadros que había encontrado en un armario, un pantalón de chándal y unos calentadores.

–No creo que vaya a gustarte lo que te vas a encontrar.

–Créeme, si eres tú, me gustará.

–No estoy arreglada.

–Mejor. Tanto glamour era un poco agotador –se rió.

Bree se acercó despacio a la puerta y cuando agarró el pomo dudó un instante.

Gavin estaba allí, al otro lado. Podía ver su silueta a través del cristal opaco y casi sentir el calor de su piel.

–Abriré si prometes no tocarme.

Temía el poder que él tenía sobre ella. Era demasiado atractivo y encantador y podría convencer a cualquiera de todo lo que se propusiera.

–No sacaré las manos de los bolsillos. ¿Te parece bien?

Bree tragó saliva y contestó.

–Sí –giró el pomo despacio, movió la llave y abrió.

Gavin llevaba una camiseta blanca que resaltaba la musculatura de su torso. Tenía las manos en los bolsillos de su pantalón oscuro. Ella se fijó en su rostro y en su boca sensual.

Sus ojos grises brillaban. Su cabello oscuro estaba alborotado. Y estaba más atractivo que nunca. El deseo de lanzarse a sus brazos era desbordante…

Pero lo resistió.

–Mi padre y tú tramasteis todo esto antes de que ni siquiera me conocieras, ¿verdad?

–Cierto –dijo él, bajando la vista.

–¿A quién se le ocurrió?

Gavin respiró hondo.

–Me temo que a él. Al principio pensaba que estaba bromeando. Me lo presentaron en la gala y estuvimos hablando sobre mis ambiciones. Entonces, me hizo un montón de preguntas sobre mí… De dónde era, dónde había estudiado, cuál era mi meta en la vida…

–Sin duda estaba asegurándose de que tus orígenes no mancharían el nombre de la familia Kincannon.

Él esbozó una sonrisa.

–Sin duda. Creo que le gustó que descendiera de una familia de generales de la armada.

–Los Kincannon eran gente belicosa. Hay quien dice que todavía lo son –contuvo una sonrisa–. ¿Así que te preguntó si te casarías conmigo por ese dinero?

–Sí. Como te dije, pensé que estaba bromeando. Después nos presentó y nos llevamos bien. Cuando tu padre y yo volvimos a hablar aquella noche, me aseguró que hablaba en serio y que yo tendría asegurado un buen comienzo.

–¿Tienes idea de lo humillante que esto es para mí?

–Ahora me doy cuenta de que me equivoqué completamente, pero en ese momento… No sé, me parecía algo de la vieja escuela. Del estilo de tu padre.

–Una especie de dote –Bree entornó los ojos.

–Sí. Algo así. Supongo que la idea de tener todo ese dinero para comenzar mi negocio hizo que no valorara otros aspectos de la situación –suspiró–. Lo siento mucho. De veras.

–No lo hagas. No eres el único hombre que se habría sentido tentado de casarse conmigo por un millón de dólares. Supongo que debería sentirme afortunada porque, al menos, mi padre escogió a uno atractivo.

–Lo tomaré como un cumplido –dijo él, medio sonriendo.

–Oh, vamos, ya sabes que eres muy atractivo. Por eso estabas tan seguro de que te saldría bien. Debes de tener montones de mujeres dispuestas a comer de tu mano.

Gavin se miró las manos que tenía en los bolsillos.

–Ahora no.

–Déjalas ahí. Esas manos son peligrosas –se cruzó de brazos–. Pero me alegro de oír la verdad. Estoy segura de que te sorprendiste cuando me conociste. Probablemente esperabas que fuera una rubia con un vestido negro ceñido.

–Me alegro de que no lo seas. Prefiero a las morenas con curvas.

Bree sintió que se le aceleraba el corazón.

–¿De veras pensaste aquella noche que te saldría bien?

–No pensé demasiado. Simplemente disfruté del baile y quería verte otra vez.

–Te diste mucha prisa. Me volviste loca.

–No eras la única que estaba volviéndose loca. Enseguida supe que eras especial.

Ella tragó saliva.

–Prefiero la verdad.

–Es la verdad. Aunque no sé cómo hacer que te la creas después de todo lo que ha pasado. Lo único que puedo decir es que he devuelto el dinero porque me he dado cuenta de que no significa

nada si tú no estás a mi lado.

–¿Y tu negocio? ¿Tendrás que cerrarlo?

Él se encogió de hombros.

–Es posible, pero no disfrutaría de él si para ello tenía que perderte.

Bree arqueó una ceja.

–De algún modo, eso es cierto. Apuesto a que mi padre te habría exigido que se lo devolvieras.

–Puede ser. No lo quiero. Nunca aceptaré dinero de él, o de otra persona, a menos que me lo haya ganado de forma honesta –su expresión sincera provocó que a Bree se le encogiera el corazón–. Me he avergonzado de mí desde que me percaté del daño que te había hecho. Fui idiota, y sólo espero que puedas perdonarme de corazón.

–Ni siquiera sé dónde tengo mi corazón. Ha sido una semana muy estresante.

–Para mí también. He sido un desdichado sin tenerte a mi lado.

–Oh, vamos –soltó una carcajada–. Seguro que has estado demasiado ocupado con tus negocios como para llorar por mí.

–He estado muy ocupado corriendo de un lado a otro para tratar de encontrarte como para pensar en los negocios. Empezaba a pensar que te habías ido al extranjero. Es mucho más difícil encontrar a una heredera que a alguien que tiene un trabajo normal al que tiene que acudir por obligación.

Ella suspiró.

–Sí, pobre niña rica que no ha dejado de llorar en su lujoso escondite de Napa Valley. Supongo que es normal que la prensa se riera de mí.

–Nadie se ha reído de ti, pero muchos estaban preocupados. He recibido llamadas de todas partes del mundo, y algunas nada agradables. Tienes muchos amigos.

–¿Yo?

–Sin duda. Un chico de Colombia estaba tan enfadado que pensé que iba a amenazarme.

Ella sonrió.

–Pedro. Estuvimos juntos en el grupo de teatro de la universidad. Es un encanto.

–Y una chica de Nueva York me regañó muchísimo y me dijo que era un canalla.

Ella se rió.

–Esa es Lacey. Es muy lanzada.

–Y tu tía Freda… –suspiró–. Ella tampoco se queda corta con las

palabras.

–Así que no puedes esperar para llamarlas y decirles que no se preocupen, que me has encontrado y que todo está bien.

–La verdad es que no me importan nada –la miró fijamente–. La única que me importa eres tú –movió las manos en los bolsillos como si estuviera deseando sacarlas–. Eres la persona más importante del mundo para mí.

Ali se movió entre las piernas de Bree.

–Ten cuidado, estás poniendo celosa a mi gata. No creo que vaya a dejarte pasar.

Gavin miró al animal.

–Vamos, Ali, dame un respiro.

Ali movió el rabo y se metió en la casa.

–Hmm. Esa respuesta podría interpretarse de muchas maneras.

–Creo que quería decir: entra.

–Eso o: piérdete –sonrió Bree.

–Supongo que no podría culparla por pensar eso último, pero espero que tú seas más comprensiva –se miró las manos– Y quizá dejes que saque las manos de los bolsillos.

–Está bien, pero ten cuidado dónde las pones.

–Me comportaré. Aunque te advierto que están desesperadas por acariciarte.

Bree se mordió el labio inferior para disimular su sonrisa.

–Yo también te he echado de menos un poco.

–¿Sólo un poco?

Ella juntó el dedo índice con el pulgar.

–Quizá todo esto.

–Yo te he echado tanto de menos que todavía me duele, a pesar de que estoy aquí contigo.

–Puedo darte una aspirina.

–Un abrazo sería mejor –su sonrisa cautivadora la hizo sonreír.

–Será mejor que pases. No quiero que los vecinos te vean merodeando.

Gavin miró por encima del hombro. No había ninguna casa a la vista.

–Buena idea. Puede que haya moros en la costa.

–No queremos que le cuenten nada a la prensa –le ardía el cuerpo de pensarlo. La presencia de Gavin hacía que la habitación pareciera pequeña. Él olía de maravilla, a aire fresco mezclado con una pizca de sudor.

A ella le gustaba hacerlo sudar.

–Supongo que esperas que te perdone.

Él la miró a los ojos.

–No te pediré tal cosa. Prefiero continuar hacia delante. Te quiero, Bree. Sé que puede que no lo creas después de lo que ha pasado, pero perderte ha servido para asegurarme aún más de ello. Te necesito igual que necesito respirar. Los días no tienen sentido sin ti. Ni siquiera el trabajo me parece interesante si no puedo compartirlo contigo.

Bree respiró hondo.

–El rodaje de fotos fue muy divertido –«aunque me estuviera volviendo loca tratando de disimular mi dolor».

–Todo lo que hicimos juntos fue divertido. Ir a tomar café y caminar por el parque, o quedarnos en la cama viendo salir el sol. Quiero ver salir el sol contigo, Bree. Mañana y todos los días de mi vida. Si me dieras otra oportunidad.

–Siento haber tirado al suelo el anillo de tu abuela.

–No pasa nada. Lo tengo –metió la mano en el bolsillo–. Y me encantaría que te lo volvieras a poner.

Ella se fijó en que él todavía llevaba su alianza.

Gavin se dio cuenta de que ella le miraba la mano izquierda.

–Nunca me lo he quitado. Sé que nuestro matrimonio comenzó de una manera extraña, Bree, pero sigo creyendo en nosotros. Creo de corazón que estamos hechos para estar juntos.

–¿Estás diciendo que mi padre era adivino? –no pudo evitar bromear.

–Puede que lo sea. En el mundo de las finanzas lo llaman el gurú. Quizá tenga poderes para hacer algo más que adivinar en qué negocio debe invertir.

–Ha debido quedarse horrorizado con los medios de comunicación.

–Estoy seguro de ello –se encogió de hombros–. Pero no me importa. Sólo quería encontrarte. Siento si la prensa te ha avergonzado, pero quería que todo el mundo supiera que te estaba buscando.

–Has sido muy listo al enviarme el periódico para ablandarme el corazón.

Él frunció el ceño.

–No te envié el periódico. Sólo vine hasta aquí y me acerqué a tu puerta.

–¿Cómo sabías que estaba aquí?

Gavin tragó saliva.

–Elle.

–¡Le pedí que guardara el secreto! Claro que eso fue antes de

descubrir que tenía un lado oscuro. No puedo creer que te lo haya contado.

–Le di lástima. Y le estoy muy agradecido.

–Ha debido ser ella la que envió el periódico. Cometí el error de decirle en qué pueblo estaría. Parecía muy interesada en que volviéramos juntos. ¿Por qué puede ser?

–Quizá piensa que somos perfectos el uno para el otro –la miró fijamente–. Y no sería la única.

Bree se fijó en su rostro lleno de deseo y esperanza.

–Perfectos el uno para el otro. Eso es mucho decir. Aunque es cierto que encajamos muy bien. Algunas piezas del puzzle están un poco astilladas, pero supongo que podríamos encajarlas bien.

–Se me ocurren maneras muy creativas de hacerlo –dijo él con una sonrisa.

–Estoy segura de ello –arqueó una ceja–. Promesas, promesas –el deseo se apoderó de ella. Estar cerca de aquel hombre era peligroso. Pero era un tipo de peligro al que no quería resistirse.

Dio un paso adelante. Gavin la miró como si quisiera devorarla. Incluso sin maquillaje estaba sexy e irresistible.

–¿Puedo tocarte? –preguntó con la voz entrecortada.

–Está bien.

Capítulo Once

De pronto, Gavin posó los labios en los de ella y Bree lo abrazó como si no fuera a soltarlo nunca.

Los días de soledad y sufrimiento desaparecieron mientras se acurrucaba entre sus brazos. Gavin la devoró besándola de manera apasionada, como un hombre hambriento. Sus dedos le acariciaron el cabello y las curvas de su cuerpo mientras la abrazaba con fuerza.

Cuando se separaron, ambos estaban jadeando.

–Nunca me he sentido tan mal en mi vida como en los días que he pasado sin ti –dijo Gavin–. Sabía que estaba loco por ti, pero no sabía cuánto hasta que te perdí.

–Todavía me da vueltas la cabeza –Bree apoyó la mejilla en el hombro de Gavin–. Todo ha sucedido tan deprisa desde que nos conocimos. He estado tan feliz y tan triste en tan poco tiempo…

–Creo que es hora de ir más despacio y saborear el momento –le agarró una mano y se la besó–. En la cama.

Bree se rió.

–Me gusta cómo piensas –señaló con la cabeza hacia el dormitorio donde momentos antes se había estado escondiendo de él.

Atravesaron la casa mientras Gavin le desabrochaba los botones de la camisa de cuadros. El deseo oscurecía su mirada mientras le retiraba la camisa y dejaba al descubierto su sujetador más feo.

–Estás preciosa. Y tus ojos son mucho más bonitos sin las lentillas verdes. Son más cálidos y… –suspiró–. Me gustas tal y como eres, al natural.

Le acarició la piel como si fuera una pieza de arte delicada. Bree sentía mucho calor. Bajo la mirada de Gavin se sentía muy guapa. Toda la vida se había sentido poco atractiva, hasta que lo conoció a él. Bajo su mirada se había convertido en una mujer segura de sí misma, consciente de su atractivo.

Durante unos días, todo eso se había desvanecido. Sí, había mantenido la confianza en sí misma como persona independiente, capaz de cuidar de sí misma y de sobrevivir sin nadie que la cuidara. Pero con las manos de Gavin acariciándole los senos y el vientre, se convirtió de nuevo en la mujer deseable que él había despertado.

Gavin tenía cara de cansado pero la pasión llenaba su mirada. Ella metió la mano bajo su camiseta para sentir el calor de su piel.

–Pensaba que no volvería a hacer esto nunca más –se le encogió el corazón–.

–No podía contemplar esa opción –Gavin llevó la mano hasta la cinturilla de su pantalón de chándal–. Nuestra cama estaba tan fría y vacía sin ti. Sólo podía pensar en encontrarte y llevarte a casa.

–Ya me has encontrado.

–Pero de pronto, llevarte a casa no me parece tan urgente –la besuqueó en el cuello–. Porque en donde tú estés me sentiré como en casa.

Bree suspiró.

–Sé lo que quieres decir. Yo nunca me había planteado dejar la casa en la que me crié. Siempre había sido mi santuario, el lugar donde cultivé mis recuerdos felices e incluso donde me escondía del mundo. Cuando te conocí, eso ya no me importaba. Sólo quería estar contigo, vivir contigo y compartirlo todo.

Bree llevó la mano hasta el botón de los pantalones de Gavin y lo desabrochó antes de bajarle la cremallera.

Gavin le desabrochó el sujetador y se lo quitó para cubrirle los senos con la boca. La sentó en la cama y la acarició con la lengua hasta que su piel ardía de excitación. Ella le quitó los pantalones y, juntos, terminaron de desnudarse.

Él gimió de placer al sentir sus senos presionados contra su torso. Estaba muy excitado y su miembro erecto rozaba el muslo de Bree, provocando que ella también se excitara.

Estaban besándose de manera apasionada y Gavin estaba tumbando a Bree sobre la cama cuando sonó su teléfono.

–Oh, no –dijo Gavin–. Voy a ignorarlo.

–Podría ser importante –dijo Bree–. Tienes un negocio en marcha.

–O podría ser la prensa –Gavin puso una mueca–. Especulando acerca de tu paradero.

–La heredera desaparecida –se rió ella–. Supongo que podríamos decirles que me has encontrado. Aunque me gusta ser misteriosa.

–Pues ya está –la estrechó contra su cuerpo–. Olvídate del resto del mundo. Nada importa más que tú y yo.

El teléfono dejó de sonar y Gavin rodeó a Bree por la cintura. Ella se acurrucó contra su cuerpo.

Entonces, llamaron de nuevo por teléfono.

–¿Cómo voy a contestar en estas condiciones?

–Si no contestas, puede que nunca dejes de estar en esas condiciones –Bree se fijó en su miembro erecto–. Podría contestarlo por ti –dijo ella–, pero estos días no quiero contestar tu teléfono.

Gavin arqueó una ceja.

–Prefiero que lo contestes mientras estoy aquí para que podamos

hablar. No quiero que vuelvas a disgustarte y a marcharte de mi lado cuando menos me lo espere.

–Bueno, si lo pones así… –Bree se agachó y buscó el teléfono en el pantalón de Gavin. Con el corazón acelerado, contestó:

Una voz femenina habló al otro lado de la línea.

–Hola, llamo de parte de Lazer Designs. Necesitamos la dirección para poder enviar el contrato.

–Un momento –Bree se lo contó a Gavin.

–Dales la del apartamento.

Bree les dio la dirección.

–Estupendo, y si puede decirle que nos gustaría contratar todo el paquete, fotografías, radio y televisión.

–Se lo diré. Gracias –se volvió hacia Gavin–. Lazer Designs quiere el paquete completo.

–¡Sí! –exclamó el con alegría–. Les conté mi situación acerca de que había devuelto el dinero y que tenía que reducir el ritmo con el que iba a comenzar el negocio. También les conté que tenía que dejar el alquiler de mi oficina, y por eso han llamado para pedir la dirección. Supongo que de todos modos han decidido seguir conmigo.

–Saben que eres el mejor –dijo Bree con orgullo.

–Con ese contrato podré continuar adelante a todo tren. Es una empresa de muebles que tiene tiendas en las quince ciudades más grandes. Me mantendrán ocupado y podré financiar otros proyectos durante al menos seis meses –se volvió hacia ella con una sonrisa–. Y todo sin un centavo de tu padre.

–Lo ves. No lo necesitabas. Lo único que necesitabas era confiar en ti mismo.

–Y tenerte a mi lado.

–Literal y figuradamente –permanecieron piel con piel sobre la cama–. Y creo recordar que estábamos en medio de algo antes de que me interrumpieran.

–Te pido disculpas por la interrupción –Gavin la besó en el cuello–. A partir de ahora, el placer irá antes que los negocios, al menos por hoy. Te quiero. Y estoy loco por ti.

–Ya lo veo –susurró ella contra su cuello–. Yo también estoy loca por ti. He de estarlo para aceptar estar contigo después de todo lo que ha pasado.

–Te compensaré por ello –le mordisqueó el cuello–. Empezando ahora mismo.

La acarició y la besó mientras ella se retorcía en la cama. Cuando estaba a punto de gemir por la intensidad del deseo, Gavin

la penetró, despacio y con cuidado.

–Bienvenido a casa –susurró ella–. Te he echado de menos.

–No vuelvas a dejarme –Gavin ocultó el rostro contra el cuello de Bree–. No podría soportarlo.

–Yo tampoco –susurró ella–. Quizá podríamos quedarnos aquí para siempre.

Se movieron al unísono, disfrutando de sus cuerpos hasta que el sol se ocultó. Entonces, descansaron un rato para cenar algo antes de continuar dándose placer.

Pasaron dos días antes de que decidieran regresar a San Francisco.

–Supongo que la flexibilidad horaria es una de las ventajas de tener tu propio negocio –dijo Bree mientras metía la maleta en el coche–. Puedes tomarte días libres cuando quieras.

–Siempre que estés conmigo –Gavin la besó y cerró el maletero–. Odio que tengamos que volver en dos coches. Iré detrás de ti todo el camino.

Ella se rió.

–Parece que me estás retando a que te dé esquinazo.

–Inténtalo. Esta vez no permitiré que pase. Además, necesito que tomes las fotos de mi nuevo cliente.

–Bueno, si es por un compromiso profesional tendré que comportarme.

Gavin frunció el ceño.

–No has vuelto a ponerte el anillo de boda.

–¿Eso hace que sea mala esposa?

–Indudablemente. Pero puesto que la última vez te presioné para que te los pusieras, te daré los anillos para que hagas lo que quieras con ellos –metió la mano en el bolsillo y sacó los dos anillos.

–Quiero ponérmelos –dijo ella con convicción–. Me alegro de ser tu esposa y quiero que todo el mundo lo sepa –se puso los anillos y se mordió el labio–. Tengo que hablar con mi padre. Quizá pensaba que intentaba ayudarme, pero no está bien que se haya entrometido así.

–Quizá no nos hubiésemos conocido si no hubiera pasado esto.

–Lo sé, pero me trata como a una niña. ¿Por qué no podía habernos presentado y esperado a ver qué pasaba? –entornó los ojos–. ¿O habrías estado menos interesado sin el incentivo inicial?

–No –Gavin la miró fijamente–. Supe que tenías algo especial desde el momento en que bailé contigo.

Bree puso una amplia sonrisa.

–La sensación fue mutua.

–Y tienes razón. Tu padre no debería inmiscuirse en tu vida. Eres una mujer adulta. Iremos a verlo esta misma tarde.

Bree tragó saliva.

–No tenemos que enfrentarnos a él…

–Sí. Tienes que hacerlo. Y yo también. Ha de saber que lo que hizo estuvo mal. Que no debería meterse en la vida de los demás. ¿Quién sabe lo que podría intentar en otra ocasión? Intentará dirigir nuestro matrimonio desde su despacho.

Bree se mordió el labio.

–Tienes razón. Tiene muy claro cómo deberían hacerse las cosas. Intentará elegir nuestra vajilla y exigirá que nuestros hijos tengan el nombre de los antepasados de mi familia. Es una tradición familiar. Yo me llamo así por Briony Kincannon MacBride, nacida en 1651. Hemos de detenerlo antes de que insista en que llamemos Elliott a nuestro hijo.

Gavin sonrió.

–Eso es un asunto muy serio. Vamos a ello.

Una vez en la ciudad, dejaron las cosas en casa y se dirigieron a la mansión de los Kincannon. Gavin quería ir allí antes de que Bree se pusiera nerviosa y se echara atrás. Llamaron al ama de llaves y confirmaron que su padre estaba en casa, trabajando en el estudio. Bree le dijo que no le dijera nada acerca de la visita.

–Estará muy enfadado por lo de la prensa –dijo Bree mientras subían los escalones hasta la mansión.

–Se recuperará –Gavin le acarició la espalda–. Sé fuerte.

Lena, el ama de llaves, abrazó a Bree y estuvo a punto de llorar de felicidad al verla.

–Estábamos tan preocupados. Los periódicos decían que habías desaparecido –miró a Gavin–. Has de tener más cuidado con Bree.

–Tranquila, lo haré –dijo él. Lena le dedicó una sonrisa y los guió al piso de arriba.

Bree llamó a la puerta del despacho de Elliott Kincannon y entró con la barbilla bien alta cuando él dijo:

–Adelante.

–Hola, papa –Gavin notó que Bree dudaba un instante.

–Has regresado –Kincannon frunció el ceño, se puso en pie y rodeó el escritorio–. Me alegro de que estés bien –miró a Gavin y éste se forzó para permanecer callado.

Ella miró a Elliott fijamente.

–¿Por qué necesitabas pagar a alguien para que se casara

conmigo?

–Quería verte cómodamente asentada.

–¿Y creías que eso no sucedería nunca sin un incentivo económico? –Bree ladeó la cabeza.

–Tienes veintinueve años. Empezaba a preocuparme.

–De que me convirtiera en una vergüenza para ti. De que la gente comentara que Bree Kincannon se estaba haciendo mayor y que nadie quería casarse con ella.

–Por supuesto que no. Yo… –su padre se quedó sin habla por un momento.

–Me habían hecho propuestas, papá. Varias. Algunas de hombres que apenas conocía. Cuando uno tiene dinero hay todo tipo de gente que quiere casarse contigo para poder poner las manos en él. Si hubiese querido que alguien se casara conmigo por dinero, podría haberlo hecho por mí misma –respiró hondo–. Estaba esperando para casarme con alguien que quisiera casarse conmigo sin que quisiera mi dinero. Alguien que estuviera interesado en mí.

Kincannon miró a Gavin y volvió a mirar a Bree.

–Imagino que el valiente gesto del señor Spencer de tirarme el millón de dólares a la cara, te demuestra que es un hombre de ese calibre.

–Eso ayudó. Nunca sabremos qué habría pasado si no le hubieras ofrecido el dinero, pero al menos sé que él me quiere al margen del dinero –Bree dio un paso hacia Kincannon.

–Papá… –le agarró una de las manos–. Quiero creer que tu intención era buena. Que querías que me casara con un buen hombre y fuera feliz. No te culpo por tratar de manipular la situación, puesto que así es como acostumbras a hacer las cosas –tragó saliva–. Pero por favor, en el futuro, deja que tome mis propias elecciones en la vida como yo quiera.

Kincannon asintió con el rostro nublado por la emoción.

–Haré lo que pueda. Aunque no me resultará fácil –puso una irónica sonrisa–. Como ya sabes, estoy acostumbrado a dirigir el cotarro.

–Bueno, Gavin y yo dirigiremos nuestra vida a partir de ahora. Estaremos encantados de que nos apoyes, pero también nos gustaría solucionar las cosas por nosotros mismos.

–Comprendido –su expresión era una mezcla de ternura y orgullo. Era evidente que respetaba a Bree por haberse enfrentado a él.

Gavin se aclaró la garganta. Había llegado el momento de que él hablara.

–Pido disculpas por mi papel en todo esto. Debería haber rechazado tu oferta desde el primer momento. Eso me lo decía mi instinto pero, igual que tú, veía cierta simetría en la propuesta. Quizá sea que los hombres tendemos a convertir cualquier situación en un asunto de negocios. En cualquier caso, me arrepiento de haberle hecho daño a Bree, sobre todo porque desde el primer momento supe que era la mujer adecuada para mí, con dinero o sin él.

Miró a Bree y vio que las lágrimas inundaban su mirada. Notó una fuerte presión en el pecho y se contuvo para no estrecharla entre sus brazos.

–Para demostrárselo, tendré que pasar el resto de mi vida con ella.

–Tengo la sensación de que se lo vas a demostrar muy bien –Elliott Kincannon se acercó a él y agarró la mano de Gavin entre las suyas–. Me caíste bien desde el primer momento. Aunque he de reconocer que he cambiado de opinión en alguna ocasión –arqueó una ceja–, pero mantengo mi opinión inicial acerca de que serás un esposo excelente para mi hija. Os deseo un matrimonio feliz y duradero. Más duradero que los pocos años que compartí con la madre de Bree. Nunca conocí a otra mujer que mereciera la pena.

Bree comenzó a llorar.

–Oh, papá. Yo también echo de menos a mamá todavía. Nunca hablabas de ella.

–Me temo que todavía me hace mucho daño –acarició el brazo de Bree–. Un amor así sólo aparece una vez en la vida. Soy afortunado por haberlo disfrutado cuando lo hice –miró a Gavin–. Confío en vosotros para que me deis nietos, por supuesto.

–Lo imaginábamos –Gavin le guiñó un ojo a Bree–. Pero nosotros elegiremos los nombres.

–¿Bree te ha contado lo de la tradición familiar?

–Me temo que sí, y pretendemos crear nuestras propias tradiciones –se le ocurrió una idea–. Me gustaría invitaros a cenar para celebrar el nuevo comienzo para todos.

–Estupendo –contestó Bree con una amplia sonrisa.

Gavin se volvió hacia Elliott.

–Muy bien –Kincannon arqueó una ceja–. ¿Pero estás seguro de poder permitírtelo? Los Kincannon tenemos gustos muy caros.

–Yo no –se quejó Bree–. Nuestro restaurante tailandés favorito no es nada caro. Estoy segura de que a ti también te gustaría, papá, si te atrevieras a probarlo.

–Quizá es hora de que amplíe mis horizontes.

–Entonces, vamos –Gavin rodeó a Bree con el brazo.

Ella sonrió y lo abrazó también.

–Y esta vez vamos a permanecer todos juntos. Sin secretos ni sorpresas.

–Lo prometo –Gavin bajó la cabeza para besarla. El aroma de su piel se apoderó de él, provocando que deseara tenerla entre sus brazos para siempre.

Elliott Kincannon se aclaró la garganta e interrumpió el momento romántico.

–Guardaos los cariños para luego, chicos.

–De acuerdo, papá. Haremos lo posible. Hemos estado separados casi una semana, así que tenemos que recuperar el tiempo perdido.

–Estoy seguro de que lo haréis.

–Sí, lo haremos –Gavin miró a Bree a los ojos–. Tenemos toda una vida por delante para disfrutar el uno del otro.

Cuando Kincannon se adelantó para abrir la puerta, oyeron que decía:

–Sin duda. Pero sinceramente creo que merezco un poco de respeto.

Pero ellos estaban demasiado ocupados besándose como para contestar.

Epílogo

–Casi sospecho que intentas mantenerme alejada de nuestra casa –Bree miro a su marido con suspicacia. Después de casi seis meses de matrimonio él todavía la intrigaba en ocasiones. Habían estado paseando por San Francisco toda la tarde, desde el Presidio, a través de Fisherman´s Wharf, y él seguía encontrando nuevos lugares para ir.

–¿Yo? Sólo pretendía comprarte un par de pendientes. ¿Es un delito? –Gavin la miró divertido.

–Ya me has comprado un vestido nuevo, un par de zapatos, lencería provocativa y medias de seda con liga de encaje. Cualquiera pensaría que intentas vestirme para una ocasión especial.

–Me gusta ir de compras a veces. El negocio ha ido tan bien últimamente que ¿por qué no disfrutar de los beneficios?

–Agradezco la generosidad, y estoy muy orgullosa de tu éxito, pero estoy preparada para volver a casa –en su nueva casa quedaban muchas cosas por hacer pero ya se había convertido en un santuario para ellos. En lo alto de una colina, con un jardín pequeño y una vista incomparable de la bahía, prometía ser el lugar perfecto cuando terminaran la reforma.

–Bueno, si insistes –Gavin sonrió de forma misteriosa.

Bree se detuvo de golpe.

–¿Me das permiso para ir a casa?

–Claro, ¿por qué no? –sonrió–. Podemos ir y relajarnos con una copa de vino. Mañana es domingo.

–Uf –Bree se recolocó una bolsa en el hombro. Gavin llevaba las otras tres–. Empezaba a pensar que me ibas a hacer caminar todo el fin de semana por la ciudad.

–Pero primero una cosa. Tenemos que pasar por mi oficina de camino.

Bree suspiró.

–Sabía que habría algo más.

–He olvidado un papel importante –el brillo de su mirada la hizo sospechar–. Pero no te preocupes, tomaremos un taxi.

Gavin le dijo al taxista que esperara en la puerta del edificio donde tenía la oficina en la tercera planta. Una vez dentro, Bree se sorprendió al encontrar una botella de champán enfriándose en una cubitera.

–¿Quién ha puesto esto aquí? –tocó las gotas de agua que escurrían por el cubo–. Está helado.

–¿Y qué más da? –Gavin abrió la botella y sirvió dos copas–. Bebamos.

Bree miró a su alrededor. Todo lo demás parecía igual. Aceptó la copa y bebió un sorbo.

–Mmm, está delicioso.

–Estoy de acuerdo. Es lo que recomienda el médico después de un largo día de compras. Ahora, cámbiate de ropa.

–Estás muy mandón de repente. ¿Qué pasa?

Gavin se encogió de hombros.

–Llevaré las bolsas a la sala de conferencias para que tengas un poco de intimidad –agarró las bolsas y las llevó.

–¿Intimidad? –Bree frunció el ceño–. Estamos casados.

–Lo sé. Dímelo si necesitas ayuda con la lencería –con una pícara sonrisa, cerró la puerta y la dejó a solas con las compras.

Bree salió luciendo su vestido nuevo de color verde y él puso una gran sonrisa.

–Me habría quedado mejor con unos pendientes, pero no está mal.

–¡Pero bueno! –ella puso las manos en sus caderas–. ¿Qué pasa? ¿El taxi sigue esperándonos abajo? Si es así, vamos a tomarlo antes de que se vaya. No estoy segura de que pueda caminar ni dos pasos con estos zapatos.

–Entonces, vamos –Gavin la agarró del brazo y la guió escaleras abajo.

A pesar de que Bree le hizo un interrogatorio durante el trayecto a casa, no consiguió que le contara nada. Se detuvieron frente a la casa y ella no vio nada sospechoso.

–¿Por qué voy tan elegantemente vestida?

–¿Y por qué no? –Gavin pagó al taxista–. Vamos dentro a relajarnos –subió los escalones hasta la puerta y ella lo siguió–. Uy, me he olvidado la llave. ¿Tienes la tuya?

–Claro –frunció el ceño y buscó la llave en el bolso.

Gavin nunca se olvidaba ni perdía nada. Eso hacía que ella sospechara aún más. Metió la llave en la cerradura y la giró. Al empujar la puerta, un haz de luz la deslumbró y después vio que el salón de su casa estaba lleno de gente.

–¡Sorpresa!

Bree podía haberse caído por los escalones si Gavin no hubiera estado detrás para sujetarla.

–Es la celebración de nuestra boda –le susurró al oído–. Algunos meses más tarde, pero más vale tarde que nunca.

–Oh, Gavin –las lágrimas se agolparon en sus ojos al ver a sus

amigas del instituto y de la universidad. ¡Incluso estaban su antigua niñera y compañeros de la guardería! Toda la gente que habría invitado a la boda si hubiese tenido tiempo de anunciarles que se iba a casar.

Su padre dio un paso adelante y la besó en la mejilla.

–Estás preciosa, cariño.

–Gracias. Todo es culpa de Gavin –se secó una lágrima y levantó la vista–. ¡Las paredes están pintadas!

Gavin y ella habían estado pintando, emplasteciendo, lijando y barnizando durante varios fines de semana. Él había insistido en hacer casi todo el trabajo y no permitió que ella pagara por nada. Como resultado, la reforma parecía que iba a tardar una década en terminarse. De pronto, todo parecía perfecto.

Gavin la abrazó y dijo:

–Hoy he traído a un equipo. Quince chicos en total. Me prometieron que terminarían todo en una tarde, y parece que han cumplido con su palabra –guió a Bree hasta el salón, donde las paredes tenían un color amarillo pálido tal y como ella quería.

–Es precioso.

Saludaron a los amigos y hablaron, rieron, bebieron y comieron. Después, bailaron en la terraza hasta que sol empezó a salir por el horizonte.

Gavin la agarró y la volteó. Después la abrazó con fuerza.

–¿Me perdonas por haberte tenido toda la tarde desconcertada?

–Te perdono, mi amor. Te perdono por todo.

La risa y las lágrimas se mezclaron en un beso apasionado que los trasladó a su mundo particular.

En el Deseo titulado *Más que una secretaria* de Leanne Banks, podrás continuar la serie

SE ANUNCIA UN ROMANCE

